EL EX-ABRUPTO

DE

DON CÁNDIDO

POR C.

Imprenta, Litografía y Encuadernacion de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES
San Martin 96, 98 y 100

LA PLATA
Calle 10 entre 54 y 55

1886

En preparacion otra obra del mismo autor

EL EX-ABRUPTO

DE

DON CÁNDIDO

POR C.

Imprenta, Litografía y Encuadernacion de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES
San Martin 96, 98 y 100

LA PLATA
Calle 10 entre 54 y 55

1886

INDICE

I	El baile de máscaras.....	pág.	5
II	Los dos amigos.....	"	29
III	Don Nicomedes.....	"	41
IV	Don Cándido.....	"	59
V	Detalles necesarios.....	"	85
VI	Conferencia en que se demuestra que los viejos son los jóvenes..	"	93
VII	El proyecto de D. Cándido.....	"	113
VIII	Plan de D. Nicomedes.....	"	123
IX	Exámen frenológico y su resultado	"	131
X	La música.....	"	141
XI	La literatura.....	"	149
XII	La astronomía.....	"	167
XIII	La filosofía.....	"	177
XIV	La física: el secreto del movimiento perpétuo.....	"	195
XV	La medicina y sus peligros.....	"	209
XVI	De cómo una vez en su vida, D. Cándido dejó sin habla á D. Nicomedes.....	"	219

I

EL BAILE DE MASCARAS

Para el caso de que, al lector, pudiera ocurrírsele vituperarnos por el hecho de encontrarnos callejeando á deshoras, circunstancia que, con razon ó sin ella, suele dar lugar á malignas sospechas; le diremos, desde luego, que esta es la última noche del año en que se festeja ese periodo de alegria y locas diversiones que se llama Carnaval y creemos que este simple dato bastará á disculpar, por lo menos, nuestra escursion nocturna; tanto mas, cuanto que, para lograrlo, podríamos apelar, si necesario fuese, á tradiciones antíguas, á costumbres inveteradas, y, sobre todo, á numerosísimos ejemplos, malos tal

vez, pero que, no por ello, inducen menos á la imitacion.

Sin embargo, ya que hemos hablado de tradiciones, no nos limitemos á una mera invocacion y no las pasemos por alto.

En efecto, en los primeros albores del cristianismo, y con ocasion de ciertas festividades, se celebraba una de ellas llamada fiesta de los locos; tolerada, segun se dice, por los obispos de aquel tiempo para facilitar laconversion de los paganos y como medio de transicion de una religion á otra.

Consistía esa fiesta en pantominas burlezcas y bufonadas, en las que se remedaban ceremonias sagradas y en que hacian uso del disfraz, los que tomaban parte en ella.

Este parece haber sido el orígen de nuestro Carnaval.

Carnaval, palabra derivada, segun los etimologistas, de las dos latinas *carne* y *vale*, significa tanto como decir: Adios carne! y su práctica tiene en el fondo, cierta semejanza con esa antigua fiesta de los locos; porque el Carnaval de ahora, á imitacion de ella, parece asi mismo consti-

tuir un periódo de transicion á fin de que los buenos cristianos se preparen á pasar las mortificaciones y tristezas de los dias de vijilia que le siguen; es decir, divertirse mucho para en seguida rezar mucho y comer bien para ayunar mejor.

Son los dias de exhibicion del célebre buey gordo, que en algunas partes, se hace pasear triunfalmente por las calles.

Soberbia prevision, en verdad, encierran estas prácticas!

Con tanta mayor buena voluntad ayuna y reza un cristiano, cuanto mas harto y fatigado está por varios dias de abusos omnímodos; y, es muy natural que, despues de un lapso de tiempo consagrado á las opíparas cenas, se encuentre mas resignado para emprenderla con los duros garbanzos y los escuálidos bacalaos.

Aun mas; es, á la manera de las abluciones mahometanas, hasta higiénico semejante proceder.

Está visto; pues, digámoslo de paso, que todo esto de carnestolendas y cuaresmas está bien organizado, bien coordinado y nosotros, al querer dar tambien, á nuestro

modo, un pequeño adios á la carne, observando aquí y allí-como se divierten los demas, no hacemos mas que seguir la costumbre, casi diríamos observar un precepto y es por tal razon que, sin mas preámbulo y convencidos de que, con el pequeño exordio que precede, se habrán desvanecido los escrúpulos que pudieran haber predispuesto el ánimo del lector, si es que su ánimo es susceptible de tales escrúpulos, le invitamos á que nos acompañe.

Muy pronto tendremos ocasion de distraernos.

Acabamos de llegar á un paraje en que el incesante vaiven de personas de todas edades y aspectos, los carruajes que esperan en largas filas, las ofertas de los revendedores de contraseñas y otros mil indicios, nos revelan la proximidad de uno de los teatros que, en esta época del año, son los recintos en que tienen lugar, por lo general, esas diversiones públicas que se llaman bailes de máscaras.

Demos algunos pasos mas y nos hallaremos en el vestíbulo.

El teatro, ante el cual nos encontramos,

es uno de los que gozan de mas fama en la localidad para esta clase de reuniones, por la numerosa concurrencia que á él asiste; y, el característico rumor que llega á nuestros oidos, mezcla confusa de voces humanas y de acordes musicales, nos indica que esta noche, como las anteriores, hay un lleno completo.

Adquiramos, pues, las contraseñas de entrada de uno de esos revendedores que nos ofrece su mercancía á vil precio. (Es el único medio que nos queda para poder entrar en virtud de haberse cerrado la boleteria, ya por la hora avanzada, ó ya por haber renunciado á competir en la venta con esos boleteros de segunda mano) y, luego, avanzemos resueltamente.

Simples curiosos y no guiándonos ningun espíritu de conquistas, que á menudo suelen redundar en perjuicio de tercero y originar querellas, nada tenemos que recelar.

Recibiremos, es verdad, algunos empellones y codazos al querer franquear la puerta de la sala que se halla obstruida por personas que entran y salen en confuso tropel;

pero replicando nosotros con codazos y empellones, mas ó menos estrujados, penetremos en el recinto.

En sitios de esta clase, no puede usarse de muchos miramientos y, si de algo hay que cuidar, es del reloj y de la bolsa que bien pudieran ir á parar á otras manos por medio de un hábil escamoteo.

No hay tiempo que perder, es ya algo tarde y aunque este momento sea uno de los de mayor animacion, se aproxima la hora reglamentaria de clausura y el baile toca á su fin.

Echemos una mirada sobre el cuadro que se nos ofrece.

Los palcos estan llenos de vistosas damas, todas con antifaz y acompañadas con sus correspondientes caballeros. Este es el público principal bajo el punto de vista de público observador; pues, poco de los que lo componen toman parte en el baile, asistiendo alli como curiosos y para recrearse Aun se nota que algunas de esas señoras afectan cierta indiferencia y hasta cierto desden por el espectáculo que presencian desde lo alto.

¿Las habrán traido á la fuerza ó son gazmoñerias?...

Al verlas así, estaríamos tentados de modificar aquel adajio de *Dime con quien anda y te diré quien eres;* dándole esta otra forma: Dime *donde* andas y te diré quien eres; pero como en todas las reglas que se quieren formular hay que tener en cuenta las escepciones, é, ignorando si en el presente caso son muy numerosas, juzgamos mas acertado el dejar esa modificacion en suspenso.

Pero, atencion!

En este instante la orquesta hace resonar de nuevo sus alegres cadencias y ejecuta una cuadrilla en boga.

Examinemos el salon de baile.

Sorprendente en extremo es su aspecto y propio para exaltar el ánimo á la par que inducir á la reflecxion al que llega allí en carácter pasivo.

¿Qué hacen esos bultos de forma humana y colores abigarrados que saltan y hacen piruetas, ajitándose con tanto ahinco? podríamos preguntarnos al ver de repente

tan singular espectáculo ¿qué significa esa descabellada pantomina? . . .

Pero, ya lo sabemos.

Esos bultos son, por mas que algunos no lo parezcan por sus trajes, personas de buen humor que vienen á resblandecer sus articulaciones bailando el *can-can*, ese célebre baile que algunas púdicas gentes no se atreven á nombrar siquiera.

Y, á fé que lo hacen de una manera que no deja nada que desear.

Seguros estamos de que los mas exijentes no se atreverian á pedir mas.

Y ¿qué clase de gente se esconde bajo esos trajes? . . . .

¿De qué se compone esa multitud que baila, que mira, que vá y que viene, atropellándose? . . . .

Individualidades de todas clases y de todas categorías se encuentran allí.

Entre esa muchedumbre compacta, evolucionan maridos que buscan á sus esposas y esposas que huyen de sus maridos, hombres á la pesca de mujeres y mujeres á la pesca de hombres, mocitos imberbes, verdaderos aprendices de bochincheros y tier-

nas jóvenes, aprendices de cortesanas que hacen allí sus primeras armas: los unos armando algun escándalo y las otras dejándose conquistar.

Pero, en su mayor parte, trasformados y aparentando ser otros.

Hay hombres disfrazados de mujeres y mujeres disfrazadas de hombres, jóvenes disfrazados de viejos y viejos disfrazados de jóvenes, personas sérias disfrazadas de personajes ridículos y personas ridículas disfrazadas de personajes sérios.

Es una trasformacion general que parece obra del capricho de las hadas; pero que, al fin, no es tan esclusivamente carnavalezca como parece.

Porque, pensándolo bien, nada hay de muy estraordinario en ese afan general de disfraz, en esas trasformaciones de los dias de Carnaval. Estravagantes en alto grado, á primera vista, no lo son tanto en el fondo; pues, en cierto modo, son una continuacion y pueden simbolizar las costumbres humamanas, puestas en uso en todas las épocas.

Meras variedades de los disfraces cotidianos son los que estamos viendo. En épo-

cas normales, cada cual trata de aparentar algo de lo que no es ó de lo que no tiene á los ojos estraños, lo mismo que en Carnaval; y, no por ser de carton ó de seda, son mas eficaces las caretas que se usan en este caso que las caras de circunstancias, verdaderas caretas sociales que disimulan la intencion y detras de las cuales los pensamientos mútuos juegan al escondite.

Aun mas, casi podria decirse que en Carnaval el disfraz es menos riguroso que durante el resto del año; porque, en Carnaval, las caretas se levantan, se caen, y por fin se tiran; pero, en la sociedad, no; el disimulo persiste.

Pero, no nos distraigamos con reflexiones intempestivas y sigamos observando.

Exaltados los concurrentes como lo están por la música y otras causas tendentes á un mismo fin, bailan y saltan todos á mas y mejor y hacen esfuerzos por sobrepujarse recíprocamente en agilidad y desenvoltura.

Estos bailes principian como todos los demas, con cierta pausa y mesura; pero, poco á poco, comienzan á hacerse los movimientos con mas soltura, ó con mas des-

parpajo; llega el turno de las cuadrillas y, con ellas, á su apojeo el baile. Cada cual obra como mejor le parece y el can-can se acentúa.

La Diosa Tersícore debe, en verdad, sonreirse de gozo en su olímpica mansion, al ver el entusiasmo que reina entre sus adoradores y puede cerciorarse, al verlos, de que, desde las mitológicas danzas acá, el celo de los que profesan su culto, lejos de disminuir, ha ido aumentando considerablemente.

En efecto, en el siglo XIX el arte de bailar ha llegado á su colmo; es imposible ir mas allá. El can-can es el *non plus ultra* en su género; y, todo lo que el hombre puede hacer en ese sentido, en él se hace.

El mas ágil, el mas desencuadernado, es el que se lleva la palma y son de ver los esfuerzos que hacen algunos con el fin de sentar su reputacion; porque la ambicion del hombre es omnímoda

Las parejas giran, corren y se cruzan sin cesar, jadeantes ya, y forman un torbellino de séres.

Algunos de ellos forman los contrastes

mas raros, los anacronismos mas inauditos.

La Diosa de los cascabeles preside al acto y la confusion de los trajes con sus multicolores atavíos forma un conjunto indescriptible.

Lo racional, lo posible, las tradiciones, las costumbres, y si bien es cierto que no es sitio para mucho exijir, hasta las exijencias sociales se hallan sacrificadas en áras de la fantasía y de lo disparatado.

Lo estravagante es lo natural en el presente caso; es indispensable y reina en soberano manifestándose en los trajes, en las palabras y en los ademanes y dando lugar á una sucesion ininterrumpida de incidentes tambien estravagantes, difíciles de reproducir.

Aquí, en un grupo de danzantes, un orangutan está haciendo vis á vis á una Vénus y un astrólogo baila con la luna.

Allí, un oso blanco del polo está dando la pata á una reina africana negra como el azabache y una marquesa á la Luis XIV galopa sostenida por los brazos de un arlequin.

Mas allá, en los asientos de descanso, un bebé de veinticinco años pide papita á una nodriza de veinte y lloriquea con el fin de que esta le tome en brazos. La nodriza, riéndose, le rechaza, tratando de hacerle comprender que es ya demasiado crecido para disfrutar de semejantes comodidades; y, por fin, ya era de suponerse, la cuestion se resuelve amistosamente bajo la condicion de que la nodriza hará bailar al nene; é inmediatamente, dando cumplimiento á lo pactado, la nueva pareja corre alegremente á confundirse entre las demas que se encuentran en actividad.

Un poco mas léjos, se pasean dos octogenarios de ambos sexos y de blancos cabellos que se divierten á su manera, recordando sus mocedades y criticando en alta voz la juventud del dia por la clase de diversiones á que se entrega; pero, el andar de esos dos ancianos, revela que no tienen de caduco mas que las apariencias y que su paseo no es mas que una tregua dada á sus fatigados cuerpos. Hace un momento que les veíamos brincar como el que mas en medio de la sala.

De repente, un individuo disfrazado de perro se pone á correr en cuatro patas atravesándose en el camino de las parejas y esforzándose por ladrar correctamente; pero, como algunas de esas parejas, creyendo ó aparentando creer, que es un verdadero perro el con quien tienen que habérselas, le arriman unos cuantos puntapiés; nuestro individuo, para continuar desempeñando dignamente su papel, convierte sus ladridos en aullidos, volviendo no obstante á adoptar luego la perpendicular, convencido, por esperiencia propia, de que no todas son flores en la vida de loscanes.

En seguida desemboca una bulliciosa pandilla de monos que recorre la sala y los corredores á la fila, cojidos de la cola y haciendo muecas y contorsiones. El que va delante es chiquitin y abre paso á los demas amenazando arañar y morder. Como la fila es larga, esta invasion produce interrupciones y remolinos en las cuadrillas haciendo renegar á muchos; pero como ven que los monos son numerosos y parecen bravos, nadie se atreve á estorbarles el paso de una manera decidida.

—Dónde está mi chica?—grita de súbito una voz avinada que domina la bulla, quien me la ha robado?... pues, estamos frescos: ahora que ya le pagué la cena, se me escabulle; que venga la autoridad y no se deje salir á nadie!

El que profiere estas palabras está ébrio y un color rojo subido, que revela el abuso del vino, y algunos girones de traje de payaso, son los únicos atavíos que, por el momento, caracterizan su disfraz.

La autoridad interviene en efecto: pero, no para devolverle su chica, sinó para hacerlo salir á él en medio de las carcajadas de los que presencian su desventura. En cuanto á la chica, no da señales de vida y es de suponerse, por aquello de *Donna e movile*, que haya encontrado como suplantar al payaso con ventaja.

Pero, que nuevo barullo se oye por ahí?

Se ha formado un corrillo y, en el centro, hay dos individuos que se dan de trompadas, incidente algo comun en estos sitios.

Averiguemos la causa que ha originado este pugilato.

Uno de los adversarios, disfrazado de rey é impelido por el ardor del baile, aplastó con el suyo el pié de un pseudo marino, cuyo pié, para mayor goce de su dueño, estaba sin duda provisto de su correspondiente surtido de escrecencias supernumerarias, de esas que reclaman la intervencion del pedícuro; porque, al recibir el pisoton, no pudo reprimir un grito de dolor.

—Vuestra magestad debe ser el rey de los burros, voto al diablo!...porque tiene la pata muy fuerte!—esclamé entónces furioso, dirigiéndose al monarca, al mismo tiempo que se restregaba con la mano la parte damnificada.

El rey, ofendido por ese irreverencioso apóstrofe atentatorio á su dignidad real; juzgó sin duda que debía obrar con energía para castigar la osadía de ese súbdito insolente y, como acto de reprension, le administró, sin más demora, un tremendo bofeton.

El marino tambaleó un poco al recibir el inesperado choque y se inclinó un tanto hácia estribor; pero, volviendo luego á

ponerse en equilibrio, descargó, á boca de jarro, sobre la proa del monarca una andanada de puñetazos tan nutrida y certera, que, cual los fragmentos de una granada que estalla, volaron al instante por el aire la corona y los atavíos reales hechos trizas.

Inmediatamente nueva intervención de la autoridad (esta es la hora en que mas que hacer tiene) que se interpone entre las partes beligerantes y los conduce, bajo segura custodia, al cuerpo de guardia mas cercano; y, acto continuo, vuelven á reanudarse las cuadrillas interrumpidas por un momento.

De vez en cuando se divisa entre la multitud algunas máscaras del género femenino, engalanadas con vestidos tan exíguos y diáfanos que, mas que tales, parecen álas de mariposa; y, á la verdad, poco tienen que envidiar á ese insecto por la ligereza con que ejecutan sus revoleteos!

Entre esas ligeras damas, suelen encontrarse bailarinas de profesion que van allí á ostentar sus dotes artísticas con entera libertad, emancipadas de la *batutta* del di-

rector de orquesta que les marca el paso en los dias de representacion.

Uno de sus entretenimientos favoritos consiste en voltear con el pié el sombrero de alguno de los curiosos que se hallan á su alcance; y, como es costumbre que se ría el dueño del sombrero, aunque se lo magullen y pisoteen, cuando no desaparece por completo, de buena ó mala gana, se rie, bajo pena de que se le arme una silva si se le ocurre enfadarse.

Por todas partes escenas animadas y grotezcas que revelan la mas loca alegría y la mas absoluta despreocupacion

Saltos, volteretas, apóstrofes y el infalible: adios mascarita! se suceden sin interrupcion.

Algunas de las parejas se ingenian en la manera de estrecharse, como si quisieran aumentar en lo posible los puntos de contacto entre sí y se enlazan tan artísticamente que, á pesar de que ambos cuerpos se amoldan el uno al otro de una manera que parece debiera impedirles guardar un buen equilibrio, bailan con toda desenvoltura y sin que les incomode en lo mas mí-

nimo en sus evoluciones la íntima union en que se hallan. Cuestion de práctica!

Cuadros de tal naturalismo se ven allí que, al intentar su descripcion, se entorpece nuestra pluma y solo disfrazándolos un poco es que se puede dar una ligera idea de ellos.

Algunos de los que asisten á esos bailes por primera vez, se asombran de que los demás no se escandalicen; pero, luego echan de ver que lo que presencian es moneda corriente y no asombra á nadie y concluyen por no escandalizarse ellos tampoco. ¿De qué serviría? Al fin han venido con el fin de distraerse y no con el de moralizar ni á desempeñar el papel de mojigatos. Y desde ese momento, los bailes de máscaras cuentan con un nuevo iniciado, cuando no con un nuevo afiliado activo.

Son tan contagiosos ciertos ejemplos y los hombres tienen tantos puntos de similitud entre sí, en cuanto á gustos y placeres!

Algunos de los partidarios del disfraz lo entienden y se arreglan á su modo.

Exhiben durante el carnaval lo que

esconden durante el resto del año; se tapan la cara y muestran las piernas.

Siquiera á esa ostentacion de formas, se limitasen ciertos séres bien dotados y en los cuales la naturaleza parece haberse esmerado, menos mal sería; siempre agrada una bella obra, sea cual fuere su género; pero, es necesario confesar que suelen exhibirse algunas de esas formas que no han sido creadas para ver la luz del dia ni la de la noche.

Tambien, esas trasposiciones de vestimentas, producen, como consecuencia legítima, un cambio en la localizacion del pudor. Como todo el afan se concreta á disimular las facciones, se abandona á menudo lo demás á las miradas indiscretas; pero, lejos de que esto llame la atencion y para que se vea lo caprichoso del ser humano, en tales circunstancias, se produce así mismo una especie de reaccion en la curiosidad, y son precisamente esas facciones que se esconden, las que quisieran verse antes que todo.

Es tambien interesante el ver la promiscuidad que alli impera, considerando á

cada cual por lo que representa; pues la práctica del principio igualitario ultrapasa todos los límites.

Dioses, hombres, demonios y brutos se rozan, se tutean y se estrechan confusamente.

Es una especie de parodia de democrácia universal absoluta que todo lo abarca, si es que esto puede significar algo.

Animales de todas clases tienen allí sus representantes.

Hay individuos disfrazados de lobos, de tigres, de pájaros y hasta de cocodrilos.

Al ver esto, no puede uno dejar de preguntarse cual puede ser la causa que engendra el particular gusto que parece esperimentar una multitud de gente en disfrazarse de animales inferiores; y, en estos tiempos en que predomina la manía de las teorías, por poco que se halle uno imbuido de las de Lamark ó de Darwin, se siente un tanto inclinado á formular la de que las fiestas carnavalezcas constituyen un evidente testimonio de que el hombre, por mas que aparente lo contrario, no olvida su humilde orígen; pues que, como

obedeciendo á un impulso instintivo natural, encuentra cierto placer en volver periodicamente, por medio de una trasformacion artificial, á los estados que precedieron su forma actual en los tiempos prehistóricos!..

Mas, no profundicemos tanto las cosas.

Esta es una academia poco aparente para filosofar y todo lo que conseguiríamos, contaminados por el ejemplo, sería talvez disparatar.

Además lo que vemos allí, es al rey de la creacion que se divierte, y, como tal, tiene derecho de hacerlo sin que nadie tenga en ello que ver.

Todos los concurrentes han hecho provision ámplia de buen humor y están ocupados en gastarlo. No dejan de tener razon.

El buen humor, en cuanto á prodigalidad, es el polo opuesto del dinero.

Cuando se tiene, hay que gastarlo sin miramientos; pues, no produce interés y se desvanece pronto aunque no se haga uso de él; fuera de que, el uno y el otro, son dos cosas que no pueden permutarse. La alegría no se compra, desgraciadamente.

Tal vez los que, apesar de encontrarse allí, no se diviertan mucho, son los músicos de la orquesta que, cansados de tocar durante varias noches consecutivas y hastiados de espectáculos de esta naturaleza, sienten mayores deseos de irse á dormir que de ver contorsiones; y es probable que en el mismo caso se encuentren los guardianes del órden y de la moral pública, que lo han mirado todo impasibles y con la satisfaccion del deber cumplido.

Pero, no permanezcamos por mas tiempo en el radio que abarcan las parejas en sus evoluciónes; pues, nos apercibimos de ello otra vez, no es prudente abstraerse en reflecciones muy prolongadas hallándose en semejantes circunstancias.

Es tal el empuje de los bailarines, que estamos espuestos á ser atropellados á cada instante y una pequeña distraccion podría sernos fatal.

Prestemos atencion á fin de evitar cualquier mal encuentro y dirijámonos hácia uno de los grupos laterales que forman los que no bailan y que se llaman vulgarmente los mirones.

Allí vemos, entre otras, á dos máscaras masculinas revestidas de dominós, las cuales se encuentran absortas, como ha poco nosotros, en el animadísimo espectáculo que presencian y que no toman parte en el baile.

Hagamos alto á su lado y, como pasatiempo, tratemos de escuchar su conversacion. En carnaval es permitido ser indiscreto.

II

LOS DOS AMIGOS

Uno de esto individuos se mantiene constantemente tieso é inmóvil.

A raros intérvalos, solamente, vuelve la cabeza para contestar á las observaciones que le hace el que le acompaña.

Este, lejos de seguir el ejemplo de su compañero, revela tanto por su actitud y sus movimientos, como por ciertas exclamaciones de entusiasmo que deja escapar cada vez que ocurre algun incidente risible ó que la animacion del baile toma ciertas proporciones, que no le desagradan en manera alguna las evoluciones atrevidas de las parejas; y aun, llegan momentos en que

deja traslucir vehementes deseos de aumentar con sus persona el número de los bailarines.

—¿Qué os parece D. Nicomedes?—dijo en tono alegre á su acompañante al finalizar la cuadrilla—aquí se baila con libertad eh?... Qué cosas se ven en estos bailes, D. Nicomedes; mirad aquellos como saltan aún!...

—Ya veo, ya veo, D. Cándido—contestó el interpelado con cierto ademan de espanto un tanto afectado—pero, no me nombrais tan alto, ya os lo tengo recomendado y solo con esa condicion y la de que me guardareis secreto, he consentido en complaceros viniendo aqui esta noche. Reclamo el cumplimiento de lo pactado, pues no me agradaría el que me conocieran. Este no es mi lugar D. Cándido.

—Es verdad, D. Nicomedes; ah! siempre me olvido; pero, es que estoy algo mareado con este espectáculo y no atino á nada bueno. Y ¿quién nos podría reconocer entre tanta gente y disfrazados?.... Además, aunque asi fuera, salvo vuestra mejor opinion, D. Nicomedes, no sería cosa

mayor. Nada tiene de particular, á mi juicio, el que personas libres como nosotros vengan á recrearse un momento.

—¿Cómo, nada de particular?...¿Considerais acaso propio de mi carácter y profesion el asistir á bailes de máscaras desenfrenados como este?....¿Y mi reputacion, D. Cándido, y mi reputacion?....

—Es verdad; no tenía presente; pero en todo caso, hay otros muchos que se encuentran en las mismas condiciones. Mirad á nuestro alrededor y vereis á varios conocidos nuestros que poco se preocupan del que dirán. Y, por cierto, veo algunos á quienes nunca hubiera creido hallar aquí. Tonto de mí que abrigaba recelos en venir. No somos mas que unos de tantos; y, á mas de eso, ¿no os parece que se pasa un buen rato con tanta animacion?....

—Un buen rato...Segun las personas, D. Cándido, segun la manera con que se miren las cosas. Para practicar estudios antropológicos, prosopográficos; para estudiar las costumbres y poder estudiar la humanidad bajo todas sus faces, no niego que un hombre como yo pueda encontrar

aliciente para asistir, una vez que otra, á estos bailes, como observador y bajo un punto de vista puramente científico; pero, por el mero gusto de contemplar esas posturas?... Hum!... Me parecen un poco libertinas y mas propias para excitar los nervios que la admiracion.

—No sé que estudios son esos, D. Nicomedes; y, sin embargo, confieso que todo esto me divierte. Hay momentos en que seinto tentaciones de hacer como los demás y tomar parte en el jaleo. Lo que me pesa es no saber bailar como ellos!

—Pues, lo dicho, D. Cándido. Teneis indudablemente un temperamento sanguíneo, ardiente y este espectáculo os excita. Siempre he dicho que estos bailes eran una tentacion diabólica para los hombres que se respetan y ahora me ratifico en mi opinion... Dominaos D. Cándido; no os dejeis contaminar por el ejemplo y conservad intacta vuestra dignidad.

—En todo caso, otros muchos la habrán perdido antes que yo; veo hasta hombres casados aquí. Tambien he oido decir que era muy saludable para el cuerpo un ejer-

cicio como este. ¿Qué os parece, D. Nicomedes?...

—Tal vez; pero pervirtiendo al mismo tiempo el espíritu y las costumbres; y, si quereis seguir mi consejo, vámonos cuanto antes. Aquí se respira una atmósfera que embriaga y ya hemos visto bastante. No nos dejemos influenciar por mas tiempo y partamos, D. Cándido; sobrepongámonos á vulgares tentaciones. Permanecer aun mas aquí, sería indigno de personas que se estiman.

—Bien, partamos, D. Nicomedes; de todas maneras ya son las tres de la mañana y no se baila mas. Recien me apercibo de que hace mas de tres horas que estamos aquí parados. Siento debilidad en las piernas y vacío en el estómago; y, si os parece bien, iremos á cenar antes de retirarnos.

—Como gusteis; pero, son ya las tres?... Válgame Dios! Cómo pasa el tiempo! No sé como he podido permaner tanto aquí sin reparar en ello. Salgamos, D. Cándido, que ya me pesa el haber venido.

—Pues á mí no me pesa, porque os con-

fieso que, desde que ví representar la zarzuela de Pascual Bailon, quedé con la curiosidad de ver ese célebre can-can que tanto ruido mete. No será esta la última vez que venga, y aunque no sea mas que para mirar, como lo he hecho ahora, volveré en otra ocasion. Me divierte mucho el ver tanta gente alegre y bailando de ese modo. Salgamos, D. Nicomedes; vamos á cenar.

Pronunciadas estas últimas palabras, los dos amigos se retiraron en efecto, y nosotros, para no ser estrujados por segunda vez, retirémonos tambien antes de que se aglomere la muchedumbre á la puerta de salida.

La música ha cesado, algunas de las luces han sido apagadas para dar la señal de partida y ya no tenemos nada que ver en el interior del teatro.

Como última etapa de nuestra escursion, podemos presenciar aun, una vez fuera, el desfile tumultuoso de esa gente que parte en todas direcciones, lo cual nos dará ocasion de notar que las parejas que salen, hablándose por lo bajo muchas de ellas,

son mas numerosas que las que hubiéramos visto entrar si nos hubiéramos encondo en observacion á la hora oportuna para verlas llegar.

Esta diferencia numérica que existe entre las parejas que salen y las que han entrado, estriba en que muchos de los que vinieron solos, se van ahora acompañados.

Porque los bailes públicos de máscaras, entre otras particularidades y atractivos que constituyen su razon de ser, por decirlo así, y hacen que sean tan concurridos, tienen además la condicion de ser una especie de féria del amor; pero del amor ya esperimentado que ha corrido, poco ó mucho, la venda de sus ojos; pues el que mas, el que menos de los asistentes, ha quemado ya algunos cirios en holocausto al Dios Cupido.

De ello resulta, pues, que, encontrándose los que asisten á esos bailes fuera del período del amor platónico, son, como ya lo hemos dicho, hombres que van á la pesca de mujeres y mujeres que van á la pesca de hombres; y no se estrañará que, en semejante condiciones, siendo unos y otros

pescadores á la vez que pescados, los anzuelos no se retiren sin su presa.

Por el contrario sucede que, esceptuando aquel que no ha tenido buena carnada, á cada uno de esos anzuelos (representada en este caso por el brazo del pescador) sale prendido un pez, ya de larga cabellera y blanco cútis, ó ya de pelo corto y bigotudo.

Porque, no sería fácil saber quién ha pescado á quién y averiguar cuál de las dos personas que forman una de esas parejas es la que se lleva á la sarten, es decir, la que ha sido pescada; pues es sabido que el bello sexo ha pasado á ser maestro en el arte.

No solo puede competir en esta materia con el sexo feo, sinó que le sobrepasa á pesar de contrarias apariencias, pues, sin que esto obste á que los hombres crean ser casi siempre los iniciadores y se sientan ufanos por sus conquistas, son muy á menudo las mujeres quienes, por medio de disimuladas artimañas y maniobras sábias y coquetas, y aun que se lo callen, han diri-

jido todas las operaciones y conseguido el triunfo.

Pero no tratemos de desengañar á nadie.

Dejemos á cada cual que, con ilusiones ó sin ellas, vaya á descansar en paz y hagamos otro tanto nosotros.

Nuestra permanencia aquí sería inoficiosa. Ya no van quedando mas que los porteros y los guardianes del órden que principian á mirarnos de reojo.

Ya las estrellas palidecen en el firmamento y, por poco que nos retardemos, el crepúsculo de la mañana nos sorprenderá en la calle; cosa que no debe acontecer á ninguna persona de costumbres regulares y honestas.

El que se ande vagando de noche, sobre todo cuando es noche de carnaval, pase: puede tolerarse; pero, de dia, no; es cosa de muy mal tono, yendo en traje de baile, á pié y con sueño.

¿Qué dirian los que comparten nuestro, domicilio si nuestra entrada en casa coincidiera con la salida del sol!. . . . ¡Serian capaces de figurarse que hemos dormido

en el cuerpo de guardia, por haber cometido alguna informalidad!

Diremos sin embargo, antes de separarnos, que la conversacion que hemos escuchado en el baile, nos ha infundido cierta curiosidad, cierto deseo de conocer mas íntimamente á los personajes que la tuvieron; pues, hemos vislumbrado, gracias á las pocas palabras que hemos alcanzado á oirles, que, debajo de esos dominós, se escondian dos seres un tanto originales; y declaramos haber formado el propósito de practicar las investigaciones y dar los pasos necesarios para quedar satisfechos, si es posible

Además, como hemos entrado en confidencias con el lector, y para el caso de que se haya despertado tambien su curiosidad, no haremos las cosas á medias y prometemos comunicarle todo cuanto logremos averiguar sobre la posicion social, los caractéres y el *modus vivendi* de nuestros personajes.

Cuando menos se piensa, se cae sobre una buena pista y no hay que perder las oportunidades.

Desocupados por algunos dias; y estando

probado que la holgazanería es la madre de todos los vicios, no se estrañará que, de puros holgazanes, nos inmiscuyamos en asuntos del prójimo, averiguando vidas agenas.

III

DON NICOMEDES

Don Nicomedes es un vejezuelo con visos de sábio, sábio de veras, segun algunos, cuya ocupacion favorita, en las horas en que le deja libre su profesion, es leer, hojear, clasificar y acomodar libros de toda especie que colecciona sin cesar, en cuanto se lo permiten sus recursos, á la verdad, un tanto escasos.

Es seco, apergaminado y anguloso como alguno de sus tomos; lo cual es cosa comun entre los bibliómanos.

Los libros nunca han engrosado á nadie; y, por el contrario y como si tuvieran cierto poder de asimilacion, tienden á absorber al hombre que abusa de ellos.

A la larga, concluye por verificarse una especie de diseccion en el que padece bibliomanía; una cosa así como un principio de momificacion *in anima vili.*

D. Nicomedes se encontraba en este caso y no sin razon; pues, no se crea por un solo momento, que se limitaba á aglomerar los tomos en su biblioteca, ignorando su contenido, costumbre bastante general si se quiere, no: como hombre prudente á quien le es indispensable conocer la clase de gente que tiene en casa, no habia colocado ni numerado á ninguno de esos tomos sin antes haberlo leido desde la primera pájina hasta la última.

Y no solo los habia leido, sino que tambien los habia, por decirlo así, correjido y aumentado; por cuanto, D. Nicomedes, cuando encontraba en alguna parte un párrafo cuyo significado no le dejaba satisfecho, ó alguna idea que, á su juicio, y tomando por base sus opiniones particulares, mereciese alguna rectificacion, ponía sus anotaciones privadas al márgen y, solo despues de haber pasado bajo esas horcas caudinas de nueva especie, podía

una obra ser admitida en la coleccion del sábio.

Sucedía á menudo que D. Nicomedes encontraba ancho paño que cortar y, como las márgenes no eran suficientes para contener sus enmiendas ó sus amplificaciones, se veía obligado á agregar una ó varias hojas suplementarias que pegaba entre las del libro; y con este artífice, que no carecía de ingenio, podía dar á sus críticas toda la latitud que el asunto requería.

—De esta manera—decía él para sí—cuando se lea alguno de mis libros, se verá que no soy de los que comulgan con ruedas de molino y que toman como verdades inconcusas todo lo que ven escrito con letras de molde. Ninguna obra entrará á formar parte de mi biblioteca sin que yo la examine y corrija; porque, el no hacerlo así, podría intepretarse como una aprobacion tácita por mi parte de las ideas de su autor, y solo Dios sabe la cantidad de disparates que se encuentran en todas las obras.

Luego, en mérito de esa costumbre de escudriñar libros incesantemente, podrá

juzgarse fácilmente de la inmensa cantidad de nociones y de cosas que se habian alojado en el entendimiento de nuestro hombre y de la vastísima estension de sus conocimientos; y no se estrañará tampoco de que, envejecido en el estudio, tuviera la pretension de ser erudito cual ninguno.

Por otra parte, una circunstancia coadyuvaba á que fuera tal erudito y era la de que tenia muy buena memoria.

Si bien los libros le habian absorbido un tanto á él; él, en revancha, habia absorbido á los libros; era una especie de biblioteca ambulante y su erudicion lo abarcaba todo. Asi es que era de ver como acudian á consultarle los que le conocian, cuando ocurría alguna divergencia de opiniones en cualquier materia y con que profusion de citas y ejemplos y con que elocuencia resolvía las cuestiones, colocando las cosas en su verdadero lugar.

Esto, naturalmente, daba lugar á que se formase una alta opinion de sí mismo; y como reviste cierto aire que le es característico, cierta tesura, algunos, sin duda por envidia, atribuyen esto á fatuidad ó petu-

lancia; pero nosotros, mirando la cuestion con imparcialidad, estamos muy distantes de formarnos un juicio tan aventurado como ese; pues no es creible que en tan ilustrado varon, puedan tener cabida esas debilidades humanas que son engendradas generalmente por la ignorancia y la nulidad.

D. Nicomedes era un verdadero almacen de conocimientos, el polo opuesto del ignorante, y, por lo tanto, esa opinion de algunos encerraba una anomalía.

¿Cómo podrian encontrarse reunidas en un hombre esas incompatibilidades?

Bien es verdad, si queremos llevar las cosas al estremo, que un hombre puede saber muchas cosas, ser muy erudito y adolecer al mismo tiempo de ciertas flaquezas; pues, los ejemplos de esa naturaleza no son tan raros como pudiera creerse, y aun hay quienes se atreven á decir que hay sábios tontos: pero, á pesar de eso, nos guardaremos mucho de aplicar á D. Nicomedes adjetivo vejatorio alguno y dejamos al vulgo asumir la entera responsabilidad de sus apreciaciones.

Simples narradores y no críticos, nos

consideramos exentos de la obligacion de emitir juicio al respecto.

D. Nicomedes, á falta de otros medios de subsistencia ejerce la tan meritoria como generalmente mal recompensada profesion de educacionista, y da lecciones en varios ramos á domicilio y en su casa.

Por desgracia, el número de sus discípulos era algo reducido, y por lo tanto, reducidos tambien sus honorarios.

Esta circunstancia de tener pocos discípulos, no provenía de que D. Nicomedes fuera incompetente para la enseñanza; al contrario, era, por decirlo asi, sobrado capaz para ello y esto mismo era lo que le perjudicaba en sus intereses; porque, en lugar de limitarse á inculcar á sus discípulos esas nociones vulgares de la educacion comun, esa enseñanza rutinaria propia solamente á formar mentecatos, como él decia, y puesta en práctica por la generalidad de los maestros, él queria educarlos por el método que habia adoptado y que, á su modo de ver, era mas adecuado, racional y eficaz que todos los demás.

Como este método estaba basado prin-

cipalmente en las ideas avanzadas que tenía el sábio, trataba, antes que todo, de emancipar la inteligencia de sus discípulos de todas las ideas y creencias que estuviesen en desacuerdo con el sano criterio y rechazadas por la ciencia.

Lo primero que hacía, al recibir nuevos discípulos, era interrogarles sobre los libros de educacion que les habian dado sus anteriores maestros y cuya lectura y estudio les habian sido prescritos; y, si por acaso figuraban entre ellos algunos que no eran de su agrado, les ordenaba que los quemasen sin tardanza; y esto había dado ocasion algunas veces á que les dijera, por ejemplo, que el catecismo era un disparatorio y que la bíblia y la historia sagrada eran novelas indecentes y estúpidas.

Así es que, en la mayor parte de los casos, los parientes de los discípulos, que sin duda no participaban de las opiniones de D. Nicomedes sobre esas obras santas, ponian el grito en el cielo y no volvian á mandarlos; y algunas abuelitas hubo que, escandalizadas al oir repetir á sus nietos las palabras del profesor, se persignaron y

aconsejaron que se llevase á confesar á las criaturas.

De todo esto resultaba, como hemos dicho, que su profesion le producía poco y esa deidad terrible que llamamos pobreza y cuyo principal rol es impedir que se llene nuestra bolsa, suele asediarle con teson.

Pero, á Dios gracias, tiene amigos generosos compadecidos de su situacion y prendados de su saber á cuyos bolsillos golpea con franqueza cuando se vé muy acosado por su inexorable enemiga; y, de esta manera, consigue algunas veces ahuyentarla de sus lares.

Contra semejante calamidad todos los argumentos son vanos; y, lo mismo que para el diablo agua bendita, para la pobreza dinero.

Este es el verdadero talisman para el caso y el mejor antí doto que se conoce. D. Nicomedes, estaba convencido de ello y apelaba á él directamente.

Sin embargo, y á pesar de que las circunstancias lo exigiesen imperiosamente, causará tal vez estrañeza el ver que un

hombre de la talla de D. Nicomedes echaba mano de semejantes medios; mas, ¿qué medio le quedaba si, á pesar de toda su ciencia, no habia podido encontrar la manera de aumentar sus rentas?...

Sobre todo, los amigos deben servirnos de algo; pues que, á no ser así, no habría para que tenerlos.

¿Acaso ellos no acudian tambien á solicitar el concurso de sus luces cada vez que lo necesitaban? ¿Qué estraño era que él acudiese á su dinero en igualdad de condiciones?

Además, él veía que, para su buena marcha, el mundo social, como todas las cosas, debía estar equilibrado; y, lejos de abrigar triviales preocupaciones creyendo que fuera indebido proceder el de solicitar auxilios pecuniarios del prójimo, lo reputaba justo y aun necesario; puesto que, de ese modo, lo que sobraba ó nó era indispensable á los unos, venía á suplir lo que á otros faltaba.

A su modo de ver, tal procedimiento constituía, bajo cierto punto de vista, un sistema de compensacion.

Era, á su juicio, y lo hubiera demostrado científicamente á cualquiera, una aplicacion del gran principio de la solidaridad humana: principio cuya equidad y justicia él, D Nicomedes, era uno de los primeros en reconocer y proclamar.

Posesionado, pues, de esas ideas de filosofía práctica, era que no titubeaba en descargar sobre su prójimo, bajo forma de empréstitos, el esceso de peso que su mala estrella hacia gravitar sobre él y hacía converjer á su bolsillo algunos de esos pesos que tan complacientes se muestran para los unos y para los otros tan esquivos.

Por lo tanto, no podía ser considerado como un pedigüeño vulgar, de esos que tanto abundan.

Si bien otros muchos pedían, en mérito sin duda de ser holgazanes y aprovechadores, él lo hacia por principio, por conviccion, de un modo científico.

Había pues mucha diferencia.

En resúmen, su situacion pecuniaria era algo tirante, circunstancia que, entre paréntesis, tiende á demostrarnos que en el mundo en que vivimos, no todo estriba en

saber mucho, sino en saber sacar partido de lo que se sepa, aunque sea poco; lo cual bien podría ser otra ciencia disimulada, aunque sobre ella no se escriban tratados.

En cuanto á D. Nicomedes, se consideraba, talvez con razon, como una de las tantas víctimas de la suerte impía que, así como encumbra y colma de bienes al que menos lo merece, deja con lamentable frecuencia en el abandono mas completo al mas acreedor á sus favores.

—¿Dónde está la equidad? ¿Dónde está la lógica?—esclamaba algunas veces —¿Para qué preconizamos la superioridad intelectual? ¿Para qué adquirimos sabiduría si de nada valen en este mundo inícuo?...¿No valdría mas ser como el asno?

—Pero; esto se esplica—continuaba diciendo con despecho.—Si las medianías, los hombres de poco valer, las vulgaridades predominan en este mundo, es porque constituyen la inmensa mayoría; pueden mas que los hombres de talento, se sostienen y ayudan entre sí, rechazando á los que les pudieran hacer sombra. Tienen el monopolio de las cosas que producen y

se colman de honores recíprocamente, dejando arrumbados á los que tienen la desdicha de distinguirse por su capacidad. Es el triunfo de la fuerza bruta; y es por esto que yo, que valgo mas que ellos, me veo pobre é ignorado, mientras que otros imbéciles nadan en el oro y disfrutan de toda clase de comodidades y honores.

Ignorando, sin duda, el sábio, ó no queriendo seguirle, el consejo que nos enseña que, para sea felices, no debemos mirar nunca mas arriba de nosotros sinó mas abajo, no se consolaba fácilmente de su situacion precaria, abrigando en la intimidad de su sér cierto menosprecio hácia este mundo en que se encontraba, en el que tan mal distribuidas estaban las cosas, á consecuencia, como él decía, de una pésima organizacion social; y ese sentimiento solía engendrar en él, á suvez, ciertas ideas de misantropía que le hacian verter amargos conceptos contra los hombres en general y llegaba aun hasta el punto de hacerle decir, despues de profundos solilóquios filosóficos y en via de conclusion: que habia nacido demasiado temprano y que la sociedad

actual, por su egoismo y por su ignorancia era, á todas luces, indigna de contarle en su seno como uno de sus miembros!

Despues de estos desahogos, quedaba un poco mas tranquilo.

Era una especie de revancha que tomaba.

Si bien la sociedad no le daba el lugar que le correspondía, él despreciaba á la sociedad y la trataba como se merecía.

Tambien aquellas apremiantes circunstancias, ayudadas, tal vez, por su índole y predisposicion, habian influido un tanto en su carácter; convirtiéndole en un sér un tanto quisquilloso y maniático con cierta tendencia á la contradiccion.

Pero, en esta parte, no era él una especialidad; pues el mundo de los maniáticos es muy numeroso; y, si mal no recordamos, hubo quien dijo que cada cual tenia la suya, con bastante fundamento; sin perjuicio de que, en tratándose de ciertos sugetos, sería necesario emplear el plural; pues que, algunas las tienen tan numerosas, que llegan á constituir un verdadero surtido.

Hasta manías colectivas hay, como las de la moda y otras muchas.

Sin embargo, rindiendo culto á la verdad, digamos que esos pequeños defectos, si defectos pueden llamarse, no llegaban hasta el punto de convertirle en uno de esos hombres insufribles que á todos fastidian y repelen con su intransigencia y su acritud; pues, antes al contrario, su sociedad era buscada y muchos se complacian oyéndole perorar.

Su conversacion era una crítica contínua, es verdad; pero, la hacia sin esa hiel chocante de que algunos no pueden desprenderse y revela en ellos sentimientos mezquinos y ódio reconcentrado.

En medio de su despecho contra la sociedad, miraba las cosas con cierta altura, como filósofo; y ni sus frases, ni su manera de espresarse, eran hirientes, y solía darles á menudo un carácter festivo.

Ese espíritu de crítica cultivado, entre otras, por la costumbre de las anotaciones y enmiendas que le era peculiar, había llegado á ser en él una especie de arte; y, lejos de ser desprovistas de originalidad

las apreciaciones que hacía de los hombres y de las cosas, eran, por el contrario, amenas, picantes y, á menudo, inéditas.

Dotado de cierta verbosidad acrecentada por el ejercicio y como hombre que conocia el pró y el contra de todas las cosas, siempre se le encontraba dispuesto á disertar sobre cualquier materia.

No habia teoría que, cuando se ofrecía el caso, no fuese discutida y modificada por él; y, una vez iniciada una cuestion, como las olas de un rio que se desborda, brotaban de sus lábios las palabras y las frases en un encadenamiento sin fin.

Tal era D. Nicomedes. El lijero esbozo que hemos hecho de él, bastará para dar una idea de sus cualidades é inclinaciones mas resaltantes.

Sin embargo, para completar mas el cuadro, consignemos otra particularidad. La omision de ciertos detalles puede ser perjudicial al aspecto que debe presentar el conjunto.

D. Nicomedes tiene tambien cierta aficion á la música.

Posee un piano con cuyos armoniosos

sonidos recrea, de vez en cuando, los oídos de los demas habitantes de la casa de inquilinato que ocupa, á la par que se distrae de la monotonía de sus ocupaciones cotidianas.

Su pieza favorita, la que mas suele tocar y cuyo título no recordamos, ha sido compuesta por él mismo; y debe ser muy original esa composicion, pues que, segun se dice, algunos vecinos sueñan con ella creyendo oirla á deshoras; sin embargo de que, algunas malas lenguas han dado en asegurar que no es sueño sino realidad; pues que, D. Nicomedes, cuando se encuentra de mal humor y padece insomnios, se complace en mortificar á sus vecinos levantándose á media noche para tocar su pieza favorita: y con las circunstancias agravantes, agregan, de que el piano es chillon y desafinado y de que D. Nicomedees toca horriblemente.

Pero, en esto se vislumbraba, no solo exageracion, sino tambien cierto espíritu de maledicencia; tanto mas, cuanto que, léjos de limitarse á lo dicho y pasando por alto una infinidad de hablillas y chismes,

á cual mas malicioso, no faltaba tampoco, entre esos vecinos, quien dijera, con el mayor cinismo, que D. Nicomedes era un viejo ridículo!

Pero, son tan habladores los vecinos!....

¿Cómo pudiera darse importancia á lo que dicen de éste ó de aquel, á no ser vecino uno mismo de los de quienes se habla?...

Y, decimos esto, porque, es cosa muy averiguada y fuera de duda, que la cualidad de vecino tiene la propiedad de abrir los oídos y desatar la lengua en proporciones exhorbitantes cuando se trata de cosas que atañen á los demas vecinos.

Conocido, pues, el afan de los vecinos por exagerar las noticias que dán y los sucesos que cuentan, dando pábulo á un sin número de discordias y rencores, con grave detrimento, algunas veces, de reputaciones bien sentadas, no se estrañará que D. Nicomedes fuera el blanco de la procacidad de los suyos.

Pero, él sobresalía de muchos codos sobre esas hablillas y chismes de baja ralea y la consideracion y respeto de que

gozaba, se mantenian incólumes á pesar de la mala voluntad de sus detractores.

La envidia, esa vil pasion que, á no dudarlo, es la que desata y mueve tantas malas lenguas, no veia logrados en el presente caso sus perversos fines.

IV

DON CANDIDO

Entre los amigos de D. Nicomedes que hemos mencionado, figura en primera línea D. Cándido.

Este es un rentista cuya educacion, debido á una imprevision fatal, ha sido un poco descuidada por los autores de sus dias, quiénes, de pocos alcances ellos mismos y creyendo, sin duda, que el poseer dinero era lo suficiente para que negligencias como aquella pasasen desapercibidas, no quisieron violentar la poca disposicion que demostraba tener el niño para el estudio y resolvieron criarlo en familia; y lo que, con otras consideraciones, les hizo adoptar esa resolucion, fué que, entre otras

genialidades, el niño había revelado ser algo caprichoso y testarudo.

Por otra parte, decian ¿qué importaba que no fuera instruido si le dejaban fortuna?...

En este mundo, cada dia mas positivista, la clave de oro abre todas las puertas.

Hoy dia, para la mayor parte, hay una cualidad que dispensa de la carencia de las demás y esa cualidad es la de ser rico.

Aun mas, no solo suple á otras, sino que tambien basta por sí sola á disculpar antecedentes y defectos que, en un pobre, serían vituperables y causarían su rechazo.

Cuando se interroga á alguno sobre otra persona, lo primero que contesta, si ésta goza del privilegio de la fortuna, es lo siguiente: Es un ricacho; posée tales y cuales bienes y su caudal se avalúa en tanto —y pospone seguramente á la de su riqueza, la enumeracion de las demás cualidades de esa persona, sean buenas ó malas. Estas se enumeran despues; si es que hay algun interés particular en ello.

Esto lo habian observado los padres de D. Cándido; por que las cosas que se ven

todos los dias, tienen que observarse forzosamente, aun por los que son poco observadores de por sí; y, esta observacion de sus padres, contribuyó á que no reputasen indispensable el dar á su heredero una educacion que, á su juicio, bien podría ser necesaria á un hombre que no tiene mas recursos que su propio valer, pero no al que posée rentas bien aseguradas; y pasaron á mejor vida en esa creencia y recomendándole, en sus últimos momentos, que cuidase mucho de su patrimonio.

D. Cándido, gracias, talvez, á las exigencias y ocupaciones temporarias de su nueva posicion de dueño y administrador único de los bienes paternos, se consoló luego de su horfandad; y, sin mas preocupacion, entró á disfrutarlos de lleno; si bien, andando el tiempo, vino á caer en la cuenta de que la vida que hacía era un tanto monótona

A la fecha raya en los treinta años, es soltero; y, como no tiene obligaciones que cumplir, no estudia y la vulgaridad de sus gustos é inclinaciones no bastan á llenar una vida, le acomete de cuando en cuando

no jaqueca, pues no llega á tanto sú mala estrella, sinó, usando la espresion de que él mismo se se sirve para designar su incomodidad, una especie de aburrimiento; cosa, que como es sabido, tiene la particularidad de prolongar las horas y los dias indefinidamente, segun el grado de intensidad con que se apodera de su víctima.

Esto ha hecho nacer en él repetidas veces el deseo de invertir fondos y acometer alguna empresa lucrativa, con el fin de tener algo en que ocuparse y en que pensar, además de los beneficios efectivos que le pudiera reportar.

Y no faltaba seguramente, quien le indujese á obrar en ese sentido.

Algunos hombres de buena voluntad, viendo, sin duda, que sería prestarle un servicio dar giro á su capital, se habian ofrecido como intermediarios ó agentes, y aun como sócios industriales haciéndole entrevecr píngües ganancias.

Pero, como nuestro hombre no era de los que fian sus pesos á cualquier eventualidad; y, aunque poco versado en historia sagrada, sabía que, como el cuervo del arca,

se van muchas veces para no volver; no bien creía llegada la ocasion de llevar adelante sus proyectos y, despues de haber combinado un plan de operaciones, sugerido por aquellos mediadores de buena voluntad, corría presuroso á consultar sobre el particular á D. Nicomedes, en quien tenía la mas absoluta confianza y cuyos consejos eran para él como los de un oráculo.

Seguramente, esas ocasiones y esos planes, debieron parecer poco halagadores á los ojos del sábio; pues, cada vez que esto sucedió y que D. Cándido le hubo esplicado el asunto de que se trataba, aquel, despues de haber escrudiñado en su presencia, para dar mas peso á su opinion, algunos tratados comerciales, financieros y económicos que pudieran ser consultados y arrojar alguna luz sobre el particular, demostró al rentista de una manera tan clara y convincente que la empresa era arriesgada á mas no poder y que había noventa y nueve probabilidades en cien de que el capital que en ella emplease había de quedar perdido; como así que los que se la habian sujerido eran unos esplotadores, que el presunto nego-

ciante desistió para siempre jamás de semejantes intentos y resolvió difinitivamente quedarse con su aburrimiento sin comprometer sus rentas.

D. Cándido, es verdad, tenia sus momentos de duda en los que no se esplicaba satisfactoriamente como se hacía que muchos sujetos emprendiesen negocios de la misma naturaleza, mas ó menos, de los que el intentaba emprender sin que, no solo no perdieran su dinero, sinó que, por el contrario, aumentaban su capital con las utilidades que obtenian; siendo así que, segun le decia D. Nicomedes, todas las probabilidades estaban en que èl obtendría un resultado completamente opuesto al que obtenian esos sugetos; pero, concluia por encontrar la solucion de ese enigma en que el sábio le habia asegurado tambien que no tenía disposicion alguua para las finanzas y que, por lo tanto, no esperase hacer nada bueno en ese sentido.

Entonces esas incertidumbres se desvanecian y se afirmaba nuevamente en su resolucion de permanecer en el *statu quo*; viéndose obligado á contentarse con sus pa-

satiempos habituales que consistian en funciones teatrales, paseos, partidas de dominós y, sobre todo, en comer y beber bien; aunque era esto último algo mas que un mero pasatiempo.

Pero no era esto todo cuanto habia mediado entre D. Nicomedes y D. Cándido, en punto á consejos trascendentales.

Este habia manifestado varias veces á aquel los deseos que abrigaba de contraer matrimonio; diciéndole, en confianza, que sentía que le faltaba algo, y creía que ese algo iba á proporcionárselo el matrimonio.

Pero, estaba visto que todos los planes de D. Cándido eran malos en la opinion de su consejero: y, cada vez que este le oía hablar en este sentido le decía que el matrimonio era un asunto tan grave, que todas las medidas precaucionales y de indagacion sobre la mujer con quien pensaba unirse eran pocas: que, en materia tan espinosa, nunca se reflexionaba bastante: que la mujer era cosa muy difícil de manejar y entender, que estaba espuesto á dar con una que le dominaría y llevaría los pantalones en la casa y le decía por fin, que con-

sideraba de todo punto imprescindible, para no comprometer el porvenir de su amigo, que el mismo conociese, tratase y estudiase de cerca la persona en cuestion; lo cual originaba la presentacion de D. Nicomendes en la casa á que ella concurría ó estaba, cosa que, por otra parte, no ofrecía inconveniente alguno; pues, como sábio, era bien recibido en todas partes. Pero, el resultado que dió la observacion y estudio de las cualidades físicas y morales de las presuntas esposas de D. Cándido, fué negativo; pues D. Nicomedes no encontró ninguna que fuera de su gusto, y, por lo tanto, opinaba que no convenian tampoco á su amigo.

Esta—le decia—acepta vuestros galanteos por vuestro dinero; esta otra es demasiado sensible; esta otra no tiene sentimientos; esta otra tiene mal carácter; esta otra es muy pródiga; esta otra es muy coqueta, etc, etc....

En fin, ya fuera por muy alta ó por muy baja; por muy gruesa ó por muy delgada; por muy tonta ó por muy despierta, no se encontraba media naranja aparente para el rentista, y D. Nicomedes, en último término,

robustecia su oposicion diciéndole que era conveniente esperar; pues que, yendo con tiento, acabarian por encontrar una mujer que reuniese las condiciones que él creia indispensables en una persona que, perteneciendo al sexo que habia llevado la estravagancia hasta el punto de usar miriñaques, podría ser capaz de cometer cualquier informalidad, hasta la de ponerle cuernos!.. Y, ante tan aguda perspectiva, D. Cándido retrocedía espantado, como si hubiera visto los cuernos del mismo Belcebú.

D. Nicomedes le decía ademas, despues de haberlo convencido con las razones que daba, y como una especie de paliativo á sus ardores, que, para esperar en mejores condiciones el hallazgo de la que mereciese ser su esposa, tratase de engañar á unas y otras, que bien merecido lo tenian por su inconsecuencia.

El lector habrá observado, tal vez, que semejantes consejos por parte de D. Nicomedes y la menera con que, en general, apreciaba al bello sexo, revelaba en él cierto encono ó rencor contra esa parte del género humano y vamos á dar la esplica-

cion de ello, salvando, al mismo tiempo, una omision sufrida al darle á conocer en el capítulo respectivo.

Allá, por sus cuarenta abriles, mas ó ménos, D. Nicomedes, á pesar de su misantropía y de su ciencia, habia estado á punto de naufragar en los brazos de una viuda, vecina suya, de agraciadas formas y de ojos incendiarios, lo que viene á demostrar, digámoslo de paso, que si no le resguardase su infalibilidad, las mujeres serian capaces de inspirar ideas matrimoniales al mismo Papa.

A fuerza, pues, de ver á esa tentadora vecina, el sábio llegó á creer que podría no estar demás el tener una persona que le hiciera compañía y con quien hablar en la intimidad, aunque no fuera sobre materias científicas.

Y tanto se posesionó de él esa idea, tanto predominó ese pensamiento en su cerebro, que el resultado definitivo fué que, prévias algunas epístolas de seis hojas cada una que hizo llegar á manos de la viuda, á guisa de escaramuzas, quédase todo arreglado y convenido entrambos para un próximo enlace.

Pero, es cosa que horroriza, cuando mejor andaban las cosas, y habiendo ya D. Nicomedes introducido algunas modificaciones y mejoras en su domicilio, adquiriendo algunos muebles indispensables para recibir é instalar dignamente al nuevo huésped, héte aquí que la viuda, cambiando subitamente de parecer, faltando á sus sagrados compromisos y dejando asombrado el mundo de su volubilidad, se casa con el almacenero de la esquina; quien, sin duda por tener algunos años menos y algunos pesos mas que aquel, le había desalojado de sus posiciones de futuro esposo, por medio de un ataque inesperado dirigido al corazon de la infiel, del cual quedó dueño y señor, despues de haber recibido la bendicion nupcial.

Despues de este suceso inaudito, no se estrañará de que el sábio quedara profundamente herido; y, era aun mas acerbo su resentimiento cuando entraba á considerar que, el que le había usurpado sus maritales esperanzas, era un hombre vulgar é ignorante; y desde entónces, las hijas de Eva quedaron grandemente desacreditadas á sus ojos.

De esta historia tenía conocimiento D. Cándido, por habérsela referido el sábio, en confianza, para robustecer con un ejemplo práctico sus apreciaciones sobre la mujer y sus antimatrimoniales consejos: y se la recordaba, con el mismo fin, cada vez que juzgaba oportuno el hacerlo.

Entónces D. Cándido, dócil á los sanos y francos consejos de su amigo, formaba el propósito de seguirlos al pié de la letra, sobre todo el de engañarlas, y se sonreía á la idea de hacer víctimas entre las hermosas que él conocía; considerándose de antemano, como una especie de Tenorio; y quedaban, con esta esperanza halagadora, un tanto calmados sus afanes conyugales.

Con el fin de agradar á esas hermosas, no omitía poner en juego ninguno de los medios que juzgaba de alguna eficacia y usaba corbatas multicolores y alhajas vistosas y resplandecientes, como una batería de cocina bien fregada.

Poseía una gran variedad de perfumes y y otros ingredientes de tocador que empleaba con profusion; y esta debía ser la causa por la cual esas damas solian decirle

que olía á ramillete, cumplimiento que le causaba sumo placer, porque un ramillete, á su jucio, no podia sino ser agradable.

Sin embargo, á pesar de todos esos elementos de seduccion, y debido, sin duda, á un capricho inesplicable de esas damas, es necesario confesar, que aun no se había visto en el caso de poder cantar victoria en sus empresas, y las víctimas que D. Nicomedes le habia aconsejado hiciera entre el bello sexo, por via de pasatiempo, no habian sucumbido todavía á los golpes en falso que daba el amoroso verdugo.

¡Cuéntese, despues de todo esto, con los tiernos sentimientos y amante corazon de la mujer!. . . .

En fin, de esta manera continuaban las cosas sin que se alterase en lo mas mínimo el modo de ser de D. Cándido, cuando un día en que se encontraba fastidiado de todas aquellas distracciones, alguna de las cuales, en verdad, no le distraían mucho, y viéndose acosado de nuevo por su aburrimiento periódico, cruzó por su mente una idea luminosa que hizo asomar á sus lábios una sonrisa de íntima satisfaccion.

Tan luminosa era esa idea que, desde ese momento su fisonomía se iluminó tambien con un tinte risueño.

Pero no adelantemos los sucesos y veamos en primer lugar las causas que contribuyeron al nacimiento y á la elaboracion lenta de esa idea.

D. Cándido, obcecado sin duda por esa malhadada inclinacion que todos tenemos de pretender lo que no podemos alcanzar, é inducido en ese sentido por la audacia que suele dar un bolsillo bien guarnecido, tenia empeño en figurar en la sociedad de una manera sobresaliente y, el que se le tuviera como hombre de ingenio y gran valer, era su ideal.

Pero, á pesar de su afan por imitar los modales de gentes espertas y de frecuentar la sociedad de D. Nicomedes con el fin de retener algunas de las palabras y frases que el sábio tanto prodigaba, para aplicarlas á la primera ocasion; para lo cual, preciso es decirlo, tenía bastante retentiva aunque poco tino, tropezaba en la práctica con algunas dificultades y cometía ciertos

desaguisados que concluyeron por abrirle los ojos, aunque no de par en par.

Desde algun tiempo, y dando muestras en tal caso de bastante penetracion, visto que no era gran ingenio el suyo en la generalidad de los casos, D. Cándido había venido notando, poco á poco, que su falta de instruccion era el principal inconveniente con que tropezaba para el logro de sus fines de preponderancia social; la misma que, á menudo, le colocaba en sérios apuros cuando, en algunas reuniones, versaba la conversacion sobre ciertas cosas de las cuales él no alcanzaba á darse exacta cuenta, como, por ejemplo, cuando se hablaba de ciertos personajes célebres, cuya vida y milagros, si bien parecian todos conocer á fondo, como si los hubiesen tratado, él no había visto ni oído jamás ni sabía que hubiesen existido, segun él mismo decía.

Y no solo le colocaba en meros apuros que esto puede acontecerle á cualquiera, aunque sepa mas historia que César Cantú, y dado que el hombre no puede ser omnisciente ni mucho menos, sino que llegaba hasta el punto de ponerle en ridículo por

la razon de que, si bien él no veía muy clara, era sin embargo evidente y consistía en que, no queriendo permanecer en silencio, cosa que le hubiera sido fácil, los pareceres que daba y las observaciones que hacía tenian, al decir de los que le trataban, de todo menos de oportunas.

Esto como es consiguiente, visto lo malicioso de las gentes de sociedad, daba lugar á cuchicheos é indirectas que, como decía tambien el mismo D. Cándido, le tenian desasosegado y violento, con tanta mayor razon cuanto que pertenecian generalmente al bello sexo las personas que se permitian tales inconveniencias para con él, lo cual le hacia sentir doblemente el aguijon.

No faltaban, es verdad, en los casos en que D. Cándido se habia colocado en una falsa situacion impremeditadamente, algun amigo generoso que trataba de sacarlo de apuros, diciendo que D. Cándido, como hombre entendido y que conocía la manera de pasar la vida lo mejor posible, no se devaneaba los sexos averiguando cosas que, no solo no hacian falta alguna para comer

y dormir á gusto, sinó que, por el contrario, podrían ser mas perjudiciales que favorables á esos fines y que, por lo tanto, no era estraño que no estuviese al corriente de ciertas cosas cuyo conocimiento, al fin y al cabo, no era obligatorio para nadie

Pero, esos comedimientos no solian agradar tampoco, á D. Cándido; porque, no impedian que alcanzase á divisar algunas sonrisas burlonas que asomaban á l os lábios de ciertas damas de corazon empedernido y crueles que eran su pesadilla.

Y lo peor del caso, era que no se limitaban á sonreir y cuchichear, sino que el rentista habia caido así mismo en la cuenta de que habían tomado la costumbre de divertirse con él, maquinándole vejámenes; pues, hasta en los juegos de prendas, se combinaban entre sí para tenerlo en berlina indefinidamente!

Bien habló, en verdad, quien dijo que las mujeres eran el tormento de los hombres, y desde Adan y Eva, no ha pasado un solo dia sin que parezcan tener empeño en patentizarlo cada vez mas por todos los medios posibles; y no era estraño que D.

Cándido, en momentos de sobrescitacion y renegando á solas bajo la impresion del recuerdo de sus desventuras sociales, descargase su animosidad asegurando que el mayor goce que ellas tenían, consistía en martirizar á su prójimo y que se recreaban en jugar malas partidas á sus amigos y enemigos y aun á sus maridos!.....

Mas, tambien es verdad, que en momentos como los en que D. Cándido formulaba sus dicterios, siempre se exajera; y, por otra parte, una opinion no es infalible, mucho menos la suya, pues que, como soltero, en materia de mujeres, debía estar muy poco esperimentado.

Con todo, y á pesar de todas esas contrariedades y rabietas, y cosa muy natural en un hombre de su edad, sentía siempre cierto flaco por ellas, y el recuerdo de sus maldades se atenuaba por otros deseos que le hacian volver de nuevo á la carga.

En resúmen; el juicio que á consecuencia de todas esas observaciones se había formado D. Cándido, era que la manera con que era visto y apreciado en la sociedad dejaba algo que desear; porque, no se

le tributaba todas las deferencias y distinciones á que se juzgaba acreedor como rentista.

No podía creer que el mero hecho de que ciertas gentes le aventajasen en saber y educacion, cuanto se pudiera aventajar, él lo daba de barato colocándose en el estremo, fuera suficiente razon para que usaran con él de cierta manera de tratar que le parecía demasiado lisa y llana, y aun de ciertas bromas que reputaba intempestivas y que herian fuertemente su amor propio; tanto mas cuanto que, en lo que respectaba á caudales, él, D. Cándido, podía sobreponerse á muchos de ellos, y aun muy pocos de esos individuos podian ser incluidos en esa comparacion muy matemática, por la sencilla razon de que, en su mayor parte, decía, no pasaban de ser unos pobretones que no poseian la finca mas insignificante, ni el menor título de renta.

Todas esas consideraciones rebulleron, pues, algun tiempo en el cerebro de D. Cándido; y, como el ejercicio constante del pensamiento, la prolongada refleccion so-

bre una cosa determinada, acaban por producir sus frutos aun en los menos entendidos, cuando no acaban de embrutecerlos, cosa que tambien suele acontecer, engendraron, por fin, la luminosa idea de que hemos hablado

Esa idea, que había nacido en su mente y le había hecho sonreir de satisfaccion, era nada menos que la de instruirse, de aprender, de estudiar algo, en fin, con el objeto de llegar á ser un hombre que descollase en la sociedad y le colocase á la altura en que veía á otros.

Y no se sonría á su vez el lector, porque muchos no la hubieran tenido, en virtud de que, muchas de las cosas que parecen mas sencillas, son á menudo las que mas tarde se llegan á comprender.

¿Cuántos hay que siendo tontos toda su vida, no llegan á sospechar nunca que lo son, ni mucho menos la causa de su tontería?

Si así no fuera, los tontos no serían tontos, ó no lo serian mas que á medias.

D. Cándido no habia determinado con precision lo que habia de aprender y estu-

diar; porque, en razon de su misma ignorancia, no podia hacerlo; pero la idea fundamental existía y ya sabía él á quien consultar sobre el particular.

Ese quien, ya lo habrá adivinado el lector, era nada menos que D. Nicomedes que se le habia aparecido como una tabla de salvacion.

Sin embargo, no era todo el haber tenido esa idea y haber formado ese propósito, sinó que tambien era necesario llevarlo á cabo.

Pero, en todas las empresas, una vez que se ha conseguido lo principal, y de este carácter revestía su idea D. Cándido, pronto se dá al traste con lo accesorio.

Así lo creyó él, por lo ménos; pues en el mismo dia, en el mismo momento en que esa idea le ocurrió, sin mas pensar y sonriendo siempre, tomó su sombrero y su baston y, con paso ligero, se encaminó hácia el domicilio de su amigo y consejero D. Nicomedes.

Iba resuelto á esponerle su situacion y á solicitar su concurso, pidiéndole que, guardando de ello reserva para evitar hablillas,

le admitiese como su discípulo y le instruyese en lo que y de la manera que reputase mas conveniente á la mayor brevedad.

—¿Cómo es posible—iba diciendo por la calle, golpeándose la frente—que esto no se me haya ocurrido antes?...

Y, lleno de grata esperanza y resuelto á revestirse de humildad y obediencia para estimular la buena voluntad del sábio, apresuraba el paso para retardar lo menos posible la entrevista en la cual iba á tratarse de su regeneracion intelectual.

Ya se representaba en su imaginacion el efecto que iba á causar en los salones, una vez que poseyera las aptitudes requeridas para conseguir su objeto.

Se vislumbraba á sí mismo, dentro de poco tiempo, como un objeto de admiracion, como un hombre hácia el cual aspirarían todas las bellas

¿Cómo hubiera podido figurárselo de otra manera?...

Rico, bien vestido, con ropa nueva y de moda, y además, hombre de capacidad, tenía que triunfar inevitablemente de la sociedad y hacía grandes esfuerzos de vo-

luntad para no esclamar por la calle: el mundo es mio!

Porque, hay que tener en cuenta que D. Cándido apreciaba el mérito de los honbres y de las cosas á su manera, ó, mejor dicho, no las sabía apreciar, pues, hay hombres capaces de todo en este mundo.

Aunque se viese pospuesto muchas veces á individuos que poseían el talento ó la habilidad, por tales ó cuales méritos, de atraer la atencion de la concurrencia y formar círculo; y aunque le causáran envidia los que en su calidad de artistas arrancaban aplausos y despertaban el entusiasmo, cosa que originaba en él deseos inmoderados de ser tambien aplaudido y admirado, como suele sucederles á los que menos dotes tienen para conseguirlo, no se le había ocurrido que pudiera ser árdua empresa el llegar á poseer un arte, una ciencia, ó conocimientos bastantes para sobresalir de la vulgaridad y consideraba en muy poco las aptitudes de los que se encontraban en esas condiciones, así como si las hubiesen adquirido en un almacen con

un poco de dinero, ó por haber tenido la mera voluntad de adquirirlas, cuya idea abrigaba él al presente y pensaba llevar á ejecucion fácilmente.

Era uno de esos hombres que jamás han tratado de darse cuenta del trabajo, de los esfuerzos y de la inteligencia que ha sido necesario desplegar para aprender y producir lo mismo que, en otro órden de cosas, sin dejar de aprovecharlos para su uso propio, miran indiferentes los innumerables y maravillosos productos de la industria moderna, figurándose, sin duda, que se obtienen ó recojen, poco mas ó menos, como las bellotas en los montes.

No era, pues, estraño que, en vista de esto, una risueña esperanza le produjese un goce anticipado y le hiciera apresurar el paso al encaminarse, con su gran proyecto á cuestas, hácia el domicilio de su sábio amigo.

Trasladémonos tambien al lugar de esa entrevista, lo cual nos proporcionará la ocasion de trabar mas ámplio conocimiento con ambos amigos; haciendo notar que esto sucedía poco tiempo despues de la noche

en que los vimos por primera vez, presenciando aquel baile de carnaval y en cuya ocasion, entusiasmado D. Cándido y un tanto escandalizado D. Nicomedes, tan diversas opiniones manifestaron sobre lo que allí veían.

V

DETALLES NECESARIOS

Don Nicomedes se hallaba en el tabernáculo de su ciencia, pasando en revista y sacudiendo sus libros con un pequeño plumero que tenía en la mano, cuando oyó los muy conocidos pasos de D. Cándido que se aproximaba á la puerta de su habitacion.

Vaya? dijo para sí el sábio sonriéndose —Tendremos conferencia.

Este nombre daba él, por razones que se verán mas adelante, á las entrevistas que solian tener entrambos.

—Adelante! exclamó en cuanto lé sintió golpear.

D Cándido entró en efecto: y, como se empeñaba siempre en ostentar buena crianza en cada uno de sus actos, dirigió un saludo acentuado al sábio, con toda la pausa requerida por las circunstancias.

Y era un saludo verdaderamente correcto y de buen gusto, que no hubiera dejado de llamar la atencion de cualquiera; pero, aun asi, no faltaban tampoco en esta parte malas lenguas de aquellas que no respetan nada y tienen que hacer con todo el mundo, que susurrasen por lo bajo que D. Cándido había tomado su modelo en los teatros de los galanes de comedia.

Mas, D. Cándido ignoraba esas pérfidas maledicencias, y suerte era que las ignorase, pues que, de otra manera, no hubieran quedado ,tan en silencio las cosas, dado que, en cuestiones de amor propio y cuando lo requerian las circunstancias, era tambien capaz de amostazarse y de adoptar resoluciones enérgicas,

Mucha suerte es, en verdad que, lo mismo que D. Cándido, las personas ignoren casi siempre los que dicen unas de otras; porque, si lo supieran, tendrian que invertir

la mayor parte de su tiempo en pedir explicaciones y sofocar calumnias.

D. Nicomedes que sabía, por su parte, guardar el lugar que le correspondía, contestó á ese saludo desde lo alto de su erudicion de una manera verdaderamente propia de su carácter, que él tanto respetaba, y digna en todo punto de la superioridad marcada que le daban sobre aquel, tanto su edad, como sus ilimitados conocimientos, é inmediatamente, cambiado que hubieron los dos amigos un apreton de manos y los cumplimientos de costumbre, se instalaron como para hablar cómodamente.

Habíase establecido entrambos una especie de convenio tácito, formado por la costumbre, tendente á que durante las visitas que hacia D. Cándido á D. Nicomedes hablase éste de lo que quisiese y escuchase aquel; y, por esto, como hemos visto, el sábio calificaba jocosamente esas visitas de conferencias.

La razon de ese convenio estribaba en que el rentista, á mas de no hallarse en condiciones de poder sostener dignamente una conversacion de cierto carácter con

D. Nicomedes, tenía por principal objeto, y esto constituía, tal vez, el primer gérmen de la luminosa idea que había de desarrollarse con el concurso de otras causas eficientes, imbuirse de los pensamientos que emitía D. Nicomedes y de las frases que empleaba; y éste, que no necesitaba aguijon, desempeñaba el rol que le asignaba aquel convenio de una manera que no dejaba nada que desear.

¿Cómo hubiera podido ser de otro modo? . . .

¿De qué hubiera podido hablar D. Cándido para interesar á D. Nicomedes?. . .

Además, para éste, el hablar era una especie de necesidad, como un desahogo.

Es sabido que muchos hombres, y aun mayor número de mujeres, al llegar á cierta edad, tienden á tornarse esencialmente habladores; sobre todo cuando las condiciones de vida en que se encuentran se prestan y favorecen esa inclinacion.

Necesitan mover la lengua y la mueven lo mismo que, por ejemplo, un jóven vigoroso siente un deseo inmoderado de correr, andar y hacer ejercicio para gastar un poco

de la energía que le sobra y que á ello le impulsa.

D. Nicomedes se encontraba en ese caso y no perdía ocasion de ejercitar su órgano vocal, el cual, sea dicho de paso, sabía manejar hábilmente.

Muchas veces, siguiendo el hilo de sus pensamientos obraba como si se hubiese encontrado solo, como hablándose á sí mismo en alta voz y olvidándose á menudo tambien, de que trataba de cosas inintiligibles para su oyente.

Recorría á su antojo los fértiles campos del saber humano y aun los de su fansasía y D. Cándido permanecia quieto y con el oído atento durante largo tiempo, desempeñando á veces el papel de verdadero paciente, atreviéndose á apenas á formular alguna observacion ó alguna pregunta; las cuales, á decir verdad, eran siempre atendidas con complacencia por D. Nicomedes.

Así es que éste, ignorando el objeto que traía ese dia á D. Cándido y que divisaba la risueña perspectiva de una buena comida que, gracias á su astuta diplomacia, solía ser el coronamiento de esas conferencias,

se preparó á dar rienda suelta á su locuacidad.

La existencia del hombre es una especie de vida doble; una física, la otra moral; y, por mas elevados y poéticos que sean sus pensamientos, no puede independizarse de las vulgares exigencias de su ser material, por mas que esto llegue á parecerle un odioso yugo.

Es por eso, que los placeres de la mesa tiene atractivos para los séres humanos de todas condiciones, mientras se lo permita el estado de sus estómagos; y como las funciones digestivas de D. Nicomedes se habian conservado hasta la fecha en tan buen estado como sus funciones intelectuales, era muy natural que, asi como ejercitaba á éstas continuamente, no perdiese ocasion de hacerlo con aquellas, cada vez que esta se le presentaba, con caractéres de extra y con la chispeante perspectiva de un buen champagne para riego definitivo.

D. Nicomedes sabía que, cuando lograba exitar la admiracion de D. Cándido con sus peroraciones, la invitacion era infalible y

no dejaba perder ninguna de las oportunidades que se presentaban.

De esta manera, ambos se satisfacian; porque, así como D. Nicomedes sacaba vientre de mal año en esas comidas, así tambien el rentista se sentía orgulloso de que se le viera en tanta familiaridad con un sábio.

En estas ocasiones solamente, digámoslo de paso, era cuando D. Nicomedes admitía la posibilidad de que su anfitrion no reconociese en él superioridad; y, aun entre plato y plato, confesaba de plano que, en cuestiones de gastronomía, D. Cándido era un adversario temible.

He aquí, pues, el diálogo que sostuvieron los dos amigos, el cual retardó un poco el que D. Cándido diera cuenta de sus proyectos á su mentor.

Le reproducimos integralmente á fin de que el lector pueda formarse una idea de lo que eran esas entrevistas que el sábio calificaba, sonriendo, de conferencias.

VI

Conferencia en que se demuestra que los viejos son los jóvenes

—Siempre con vuestros libros?—principió D. Cándido, dominado por su idea y tratando de dar á la conversacion un giro que le facilitase la esplicacion de su propósito—¿Mucho bueno debe haber en ellos, cuando tanto os ocupan sin fastidiaros y tanto los cuidais?

—Lo habeis dicho—contestó D. Nicomedes—mucho bueno hay y cuanto mas busco mas encuentro. Tambien hay mucho malo, necesario es confesarlo; pero, lo uno hace resaltar lo otro: la mentira hace que la verdad descuelle mas ostensible-

mente... Por lo que respecta á fastidiarme D. Cándido, lo veo difícil sino imposible. La vida es corta, cortísima para leer todas las obras que debieran leerse. Se encuentran á menudo, como he dicho, ideas falsas, producto de la observacion y de la ignorancia; pero, como no se está obligado á aceptarlo todo sin chistar, la cosa tiene remedio. Y, mirándolo bien, los libros son objetos dignos del mayor respeto, y, así, como tienen un doble carácter, tienen un doble valor y no bastaría todo el oro del mundo, ni mucho mas, para pagarlos. Una biblioteca es una especie de cementerio, un osario, D. Cándido, porque los libros son momias, en cierto modo; son reliquias y venerabilísimas reliquias, mi querido amigo.

—¿Reliquias?... ¿Cómo puede ser eso? —preguntó el rentista algo intrigado.

Como lo habeis oído, D. Cándido.

—Pues, no entiendo D. Nicomedes— repuso éste, sobre cuya imaginacion habian producido efecto los calificativos aplicados por aquel á los libros y á las bibliotecas — y confieso que desde que, cuando niño, di

principio á mis estudios, hasta que, mal que bien, aprendi á leer y escribir; pues no pasé mas adelante, no recuerdo que el maestro me haya dicho cosas semejantes. Me recomendaba, es verdad, que los cuidase mucho porque yo siempre los perdía; pero, nunca me dió á entender que eran reliquias y nunca me lo hubiera imaginado, ni puedo comprender como....

—Pues, es muy sencillo —continuó con benevolencia D. Nicomedes, que ya había encontrado tema para su conferencia. —Un hombre, ó parte de él, puede persistir indefinidamente en un libro, no solo intelectual sinó tambien materialmente, ¿os causa sorpresa?...sin embargo nada hay en esto de estraordinario y se esplica fácilmente, como lo vereis.

D. Cándido se iba interesando en la cuestion de las reliquias, iniciada sin duda, por la fantasía y el buen humor del sábio; porque abrigaba la esperanza de aprender algo nuevo que otros no supieran, lo cual podria el utilizar despues para darse importancia refiriéndolo en alguna reunion; y, olvidándose, por un momento, del obje-

to principal que le habia traído, se dispuso á escuchar.

—Continuad—dijo á su interlocutor—y creed que esto me interesa.

Pues bien prosiguió el sábio—de la misma manera que las ideas de un hombre se encuentran espresadas en los caractéres de imprenta muchos años despues de su muerte; lo mismo, digo, la materia que ha formado su cuerpo, puede servir y sirve para formar el carton y las páginas de su libro; pues teniendo en cuenta la estrema divisibilidad de la materia y la cantidad relativamente enorme de ésta que ha necesitado y empleado en la continua renovacion de su cuerpo como todo sér organizado desde su nacimiento hasta su muerte; es, por decirlo así, imposible que siquiera algunas moléculas de esa materia no se encuentre formando parte de la que ha servido para fabricar el papel y los demás ingredientes necesarios para hacer sus libros. Tanto mas cuanto que, existe otra circunstancia favorable á esta deduccion y es que, así como las materias que constituyen el cuerpo humano son lo que, en

lenguaje científico, se llaman orgánicas, tambien lo son las que constituyen los libros en su casi totalidad. Luego, pues, mi apreciable señor don Cándido, cuando tenemos en la mano un libro de algun autor que en paz descansa desde algunos años, es seguro que, en la mayor parte de los casos, por lo menos, á la vez que parte de sus ideas poseemos tambien parte de sus restos materiales. Y, ahí teneis esplicado como yo, por estension, me he valido de los nombres de osario y de reliquias para caracterizar una biblioteca y los tomos que contiene. ¿No os parece clara y terminante esta deduccion?.... Bien es verdad, podriais decirme, que esta deduccion puede hacerse estensiva á otros objetos que no fueran libros y que, consecuentemente á tales principios, muchas otras cosas serían reliquias segun el calificativo empleado; pero, lo uno no invalida lo otro y siempre resaltan en este caso los objetos de que tratamos, los libros, por constituir además el verdadero panteon de las ideas de ese hombre. ¿No sois de mi opinion sobre el particular?

Don Cándido, que miraba al sábio con admiracion y envidia, hizo un signo afirmativo.

Pero prosiguió D. Nicomedes incitado por la actitud de su oyente —profundicemos aun mas las cosas, si os place; examinemos la cuestion bajo un punto de vista mas general al cual nos conduce naturalmente nuestra primera deduccion. Apliquemos estos principios á los séres animados, á las personas mismas, ¿qué sacamos en consecuencia?... Es muy claro. Sacamos en consecuencia que los cuerpos de las personas actualmente vivientes y de las que en adelante vivirán, son formados y se formarán, en todo ó en parte, con la misma materia de que han sido formados sus predecesores y que, en definitiva, puede dárseles, si se quiere, el nombre de relicarios vivientes y ambulantes ó cualquier otro equivalente. ¿No son formados de restos de otros? ¿No son sus cuerpos un conjunto de moléculas materiales que han ido á parar allí despues de haber ocupado un lugar y desempeñado un papel análogo en los organismos de otra infinidad

de séres?....Me quiero tomar yo mismo por base. ¿Quién os dice, por ejemplo, que mi lengua no contiene algunas partículas de la materia que en *illo tempore* constituía la lengua de Demóstenes ó de Ciceron?....¿Quién podría asegurar que mi cerebro no es una renovacion parcial, una segunda edicion con los mismos elementos, permítaseme la frase, del cerebro de Aristóteles ó de Platon?....Si yo quisiera afirmarlo, como tengo tentaciones de hacerlo algunas veces, por algunas semejanzas que he vislumbrado entre ellos y yo, sea dicho sin falsa modestia ¿quién sería capáz de probarme lo contrario?...Nadie, ¿no es verdad?...Luego entonces, mis conclusiones no son desprovistas de fundamento y si se os ocurre alguna observacion que hacerme; si teneis algo que refutar, estoy pronto á sostener la polémica.

Si el rentista hubiera visto mas claro y, basándose en esas mismas conclusiones, hubiera podido talvez hacer observar la sábio que, consecuentemente á tales principios, las mismas probabilidades que existian, segun éste, para que su lengua y

su cerebro estuvieran formados con los restos de los que habian pertenecido á los varones eminentes que habia citado, existian tambien para que la formacion de esos órganos se hubiera verificado con el contingente de moléculas materiales provenientes de otras creaciones preexistentes, mucho menos elevados que aquellos en la categoría de los séres; observacion que hubiera entibiado un tanto quizá su ardor genealógico; pero D. Nicomedes sabía con quien se las había y D. Cándido, deslumbrado por esas frases y esas palabras, muchas de las cuales no comprendía, lejos de hacer observaciones de esa naturaleza, continuaba aprobando, por medio de signos afirmativos, las conclusiones de su mentor.

Estaba en el Limbo; así es que D. Nicomedes, viéndose dueño absoluto del terreno y no tropesando en sus disertaciones con el escollo de la contradiccion ni de la crítica, siguió profundizando y discurriendo sobre las originales teorías que habia comenzado á desarrollar.

Indudablemente, estaba en un dia de

buena disposicion y D. Cándido, por su parte, trataba de darse cuenta clara de lo que era esa materia tan voluble sin poderlo conseguir y empezaba á conocer que le sería muy difícil, sino imposible, la repeticion de lo que estaba oyendo.

Sin embargo, continuó prestando atencion.

—Mas—continuó pues diciendo D. Nicomedes no vayais á creer que mis observacionas sobre este punto concluyen ahí: no. La cuestion presenta muchas faces consecuentes en estremo interesantes y dignas de estudiarse á fondo. Escuchad. ¿Qué direis, por ejemplo si os asegurase que yo puedo ser, y soy tal vez, mas jóven que vos? . . . .

—¿Mas jóven que yo?—Dijo D. Cándido riendo; pues, creia que D. Nicomedes se chanceaba.

Si, D. Cándido, mas jóven que vos—prosiguió aquel—Y, no solo física, sino tambien moralmente Os hablo con toda formalidad.

Pues, no lo puedo creer—repuso entónces el rentista con ánimo, osando, contra

su costumbre refutar abiertamente la aseveracion de aquel— Y, cualquiera conoce á la simple vista lo contrtrio, D. Nicomedes, sea dicho sin ofenderos. ¿No me habeis dicho vos mismo en cierta ocasion que me llevabais veinte años mas ó menos?.... He oido referir muchas veces, es verdad, historietas en que se veía rejuvenecer á las personas; pero, todos dicen que son cuensos de Hadas y que no debe creerse en ellos. ¿Cómo podría uno quitarse los años?

—De ningun modo —dijo D. Nicomedes, con complacencia; y, en este sentido, teneis razon porque es imposible. Pero, esta particularidad no destruye en lo mas minimo mi anterior proposicion; puesto que ella no tiene por base rejuvenecimientos de ninguna especie, ni se trata del mayor ó menor número de años que pueden constituir lo que se llama la edad de una persona, basada en el tiempo que ha trascurrido desde la fecha de su nacimiénto; dado que, esa manera de mirar las cosas, es, ademas de vulgar y superficial, completamente engañosa y, casi me atrevería á decir, indigna de séres reflexivos é inteligentes; tanto

mas cuanto que, considerando el tiempo en absoluto, los años no son mas que un mito impalpable, una nocion que se escapa cuando se la quiere profundizar. Voy á esplicarme. Sabemos ya que los cuerpos organizados, una vez engendrados, vienen formándose y renovándose incesantemente con la materia ambiente del planeta terrestre. Esa materia es naturalmente la misma, lo repito nuevamente, que ha servido para formar todos los séres desde que séres hubo en el mundo. Pero, mediando la circunstancia de que átomos, moléculas y cantidades dadas de esa materia, han servido para ese objeto durante un lapso de tiempo mas y menos dilatado que otras cantidades determinadas, por haber formado las unas parte de organismos de un modo incesante, ó con pocas intermitencias y las otras solamente á largos intérvalos, por haber permanecido en un estado relativamente inactivo, bajo ese punto de vista, sin formar parte integrante de cuerpos animados; resulta que, sentadas esas bases, podemos decir que hay cantidades de materias que han tenido mas uso que otras, y, como

consecuencia legítima, que hay materia vieja, usada y materia nueva, jóven y aun vírjen, en fin, en el sentido que damos á estas palabras en la presente cuestion. Ahora bien, como esas materias, cualesquiera, que hayan sido sus estados se hallan propagadas indistintamente en la naturaleza, á merced de las fuerzas físico-químicas, verificando una incesante evolucion; puede resultar muy fácilmente que el cuerpo de una persona anciana se encuentre constituido con elementos nuevos y aun vírgenes de otros cuerpos y el de una persona jóven con elementos que hayan tenido ya mucho uso, verdaderamente caducos!. . . . ¿No podría esto esplicarnos el hecho, la razon por la cual hay tantos jóvenes enclenques y enfermizos y, por el contrario, tantas personas de edad madura robustas y sanas cuando debiera ser á la inversa? ¿No podría ser esta una de las causas, de la degeneracion de las especies que se observa principalmente en la humana y que cada dia se acentúa mas?. . . . Pero, no compliquemos las cosas. Despues, si acaso, examinaremos la cuestion bajo el

punto de vista fisiológico patológico. Luego ¿quién os dice que nosotros aquí presentes estamos en disparidad de condiciones materiales el uno respecto del otro?. . . . ¿Cómo me habias de probar que la materia que forma vuestro cuerpo es mas nueva que la que se encuentra en el mio?. . . . Os sería imposible y, por lo tanto, la hipótesis de que un anciano puede ser mas nuevo que un jóven, puede ser formulada con toda lógica y sin que se la pueda tachar de disparatada. Tenemos, pues, establecido que no puede determinarse en absoluto la edad relativa ó uso de la materia que constituye la individualidad material de una persona, sean cuales fueren las condiciones en que se encuentre y los años que tenga, y creo haber dicho lo bastante para demostrarlo. Pasemos ahora á la parte moral, á la parte intelectual: esto nos será mas fácil aun ¿Qué es lo que constituye y puede constituir lo nuevo, intelectualmente hablando?. . . . Son las ideas; son los pensamientos ¿no es verdad? puesto que otra cosa no puede ser. Y, ¿quiénes son los que tienen mas ideas nuevas: las personas lla-

madas jóvenes, ó las personas que tienen ya cierta edad?.... Es indispensable que estas últimas; porque, estando aquellas en un estado de aprendizaje, por decirlo así, solo conciben y disciernen las ideas generales y conocidas, las nociones adquiridas por los demas con anterioridad, de los cuales vánse posesionando poco á poco y en grado progresivo; hasta que, llegadas á cierta edad madura y reflexiva, se hallan en estado de recapacitar y de elaborar ideas propias, formando combinaciones nuevas con el auxilio del mas ó menos talento que puedan tener y ayudados por su imaginacion que, para entónces, y no antes, se halla suficientemente ejercitada y fiscalizada por la razon y la esperiencia y dispone de los elementos que se han ido almacenando en el entendimiento; los cuales van aumentando incesantemente con el tiempo la observacion y el estudio. Luego entónces, si vemos de una manera tan clara y evidente que, para la produccion de lo nuevo, es indispensable lo viejo; que lo moderno se produce solamente sobre la base de lo antiguo, que es la piedra funda-

mental de toda elaboracion intelectnal que se presenta con nuevos caractéres, debemos deducir que esas clasificaciones de jóven y viejo que se dá á las personas y de las cuales venimos hablando, tienen mas de ficticias que de reales y no estriban mas que en una mera apariencia, como otras muchas cosas de este mundo engañoso. En efecto ¿que significa un ser intelectual nuevo, jóven al lado de un hombre maduro, instruido, esperimentado?.... Poco menos que nada; una cosa insignificante; el rudimento de lo que podrá llegar á ser mas tarde. El primero, el jóven, por mas que muchos hallándose en tal condicion, crean lo contrario, en razon de su misma ignorancia y que se apropian, inconscientemente á menudo, ideas de sus predecesores, cuando no lo hacen á sabiendas; el jóven, repito, se ve obligado á recorrer caminos hollados ya por otros y, hasta haber adquirido cierta práctica y conocimiento del laberinto de las ideas y de las nociones humanas, es incapaz de distinguir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo propio de lo ajeno; tomando muchas veces por una ins-

piracion lo que no es mas que una reminiscencia; incapaz de guiarse por sí mismo y, sin quererlo, se agarra de su prójimo, como los chicos á las faldas de su aya, porque le faltan puntos de apoyo para poder proseguir su camino sin tropezar, ó no sabe encontrarlos. El otro: el hombre maduro, por el contrario, avezado ya á superar dificultades, marcha con mas firmeza á traves del mundo de escollos que le rodea; discierne y elabora sus pensamientos con calma: combina, perfecciona inventa, y, dominando la situacion, como el que situado en una altura domina el paisaje que le rodea, paisaje que en este caso se halla constituido por la variedad de las nociones humanas, se encuentra en condiciones de poderse formar ideas propias. Es en resúmen, un aparato intelectual mas perfeccionado por medio del cual pueden producirse cosas nuevas. Es, en fin, á pesar de de la aparente contradiccion, un ser mas moderno. Ahora, si vemos que es indispensable el concurso de los años para obtener este resultado, para modernizar puede decirse, una individualidad moral ¿cómo

puede aplicarse el calificativo de viejo, con la idea de decadencia que el encierra á una persona que se encuentre en las condiciones dichas, como yo, por ejemplo, cuando es precisamente lo contrario, dado que esa persona tiene en sí elementos nuevos que la rejuvenecen cada dia mas, moralmente hablando?.....sería un absurdo. Acaso porque yo tenga algunas canas y me falten unas cuantas muelas, debo ser considerado menos apto y menos útil á la sociedad que cualquiera de esos barbilindos insustanciales y casquivanos que pretenden posponer á las personas entradas en edad como antiguallas y trastos viejos, bajo el pretesto de declararse aquellos partidarios de las ideas nuevas y como si ellos fueran los que la han dado á luz?.....No, mil veces no; y yo que os hablo, me atrevo á decir que soy tan lozano y floreciente como el que mas! ¿Qué valen miserables apariencias ante la realidad de las cosas?.....Estas esterioridades de caducidad que se observan en personas de cierto número de años, persisten únicamente porque no hay aun quien sea bastante hábil para componernos

la máquina una vez que se deteriora; pero, en un porvenir no lejano, las cosas cambiarán; se podrá ingertar muelas, plantar cabellos y planchar arrugas; y entonces, nosotros los viejos, seremos los verdaderos jóvenes en el fondo y en la forma, física y moralmente; y, al nene de veinticinco ó treinta años que se desmande, se le volverá á mandar de nuevo á la escuela primaria con nota de incorrejible, y las cosas estarán en su verdadero lugar. Esto es la verdad, D. Cándido ¿Qué os parece?.....¿Las apariencias engañan eh?.....¿Qué opinais ahora?.....

—Será como decís, D. Nicomedes —contestó D. Cándido á mas no poder, agobiado por la fraseología de su interlocutor— así será: me parece que he comprendido un poco, aunque debo confesar que no he entendido bien lo que significan ciertas.....

—Si quereis, os lo puedo esplicar otra vez, mas detalladamente prosiguió D. Nicomedes sin titubear, habituado que estaba á las repeticiones que tenia que hacer diariamente á sus discípulos—No hay inconveniente alguno si os intere-

sa. Y advertid que merece la pena verdaderamente. No son vulgaridades: no; son de esas cosas que se tienen reservadas; productos del estudio, frutos ópimos de la erudicion y que están vedadas para el vulgo; y muy amarga é intolerable sería esta vida si no se tuvieran ciertos goces íntimos como compensacion. Ah! no en vano se marchita uno sobre los tomos y no deja de sentirse cierta satisfaccion interior considerando que, quieras ó no quieras, uno siempre descuella sobre ciertas gentes que se creen....

D. Cándido había acabado de confundirse completamente con la verbosidad del sábio; había renunciado ya al proyecto de hacerse cargo de sus teorías para poderlas repetir; y, como estaba de nuevo atormentado por le idea que le había traido á casa de éste, no quizo escuchar nueva disertacion, así es que le dijo interrumpiéndole:

—Así será D. Nicomedes; no lo dudo; pero otro dia me lo esplicareis mejor. Para que vais á repetir? En todo caso continuarémos en otra ocacion y, si os place,

pasaremos á tratar del asunto que aquí me trae, que me interesa sobremanera, como no dudo os interesará tambien, vistas las relaciones que nos unen, y voy á tratar de esplicarme.

VII

EL PROYECTO DE DON CANDIDO

Don Nicomedes, al oir espresarse así á D. Cándido, prestó mayor atencion á sus palabras,

Hacía algunos dias que abrigaba la idea de solicitar nuevamente de éste algunos fondos, siempre con el carácter de empréstito, fondos que en ese entonces le hacian suma falta y había vislumbrado en el acto, que, fuese el que fuese el asunto que traía á su amigo, era indudable que requería su ilustrada intervencion y sus consejos; y por lo tanto, la ocasion no podría ser mas propicia para conseguir ese objeto y se prometió aprovecharla.

Además necesitando de él D. Cándido,

en este caso, el empréstito tomaba otro carácter; era como quien dice, un toma y daca, un cambio de valores; y no tenia nada de particular el que, lo mismo que los médicos y los abogados cobraban sus consultas, él tambien cobrase las suyas; pues, aunque de otro género, tambien podian considerarse como tales las indicaciones y consejos, que, gracias á su esperiencia y sabiduría, estaba en condicion de poderle suministrar.

Con qué, os trae un asunto? — preguntó D. Nicomedes.— Pues á él, mi apreciable señor D. Cándido. ¿Porqué no me habeis dicho cuanto antes que teníais algo que evacuar?.... Hubiéramos ahorrado tiempo y, segun algunos, el tiempo es oro: sin embargo de que, por mas que yo no lo pierda, poco oro.... Pero, pasemos de largo sobre lo que me atañe, que á su tiempo vendrá.... tratemos de lo que os interesa y vamos al grano.... Os escucho, pues D. Cándido.... Hablad sin reserva y con la mayor franqueza, cualquiera que sea la causa que os traiga; pues, si es necesario, encontrareis en mí el desinterés de un padre, la solicitud de un hermano; todo

lo que querais y me pongo, desde este momento, enteramente á vuestra disposicion. ¿De que se trata?....¿Teneis en vista alguna otra empresa lucrativa?....¿Habeis encontrado alguna otra jóven que creais digna de hacer vuestra esposa y cuyas cualidades y defectos me sea necesario conocer y estudiar, para saber si podeis casaros con ella sin peligro?....Decidlo D. Cándido....Por lo que á mi toca, estoy pronto á cumplir los deberes que me imponen mi calidad de amigo y consejero vuestro; y, como siempre, contad con mi esperiencia y buena voluntad. No podeis figuraros cuanta satisfaccion esperimento al poderos ser útil en algo, D. Cándido.

Este, para dar á conocer sus planes al sábio, tenía que esponerle lisa y llanamente la situacion especial en que se encontraba, y era la que habia dado lugar á su determinacion.

Con cualquier otra persona no hubiera dejado de esperimentar D. Cándido cierta indecision para ello; pero con D. Nicomedes, no; porque, como cosa que saltaba á los ojos había alcanzado á comprender que

era tal la diferencia de capacidad intelectual que entre ambos existía, y tenia el sábio tan reconocida superioridad sobre él, que hubiera sido un esceso de simpleza de su parte, el pretender disimularle algo de lo que indudablemente, se daba clara cuentá sin que se lo digera.

Esa misma disparidad de condiciones, pues, hacía que el rentista no se viese en la necesidad de hacer sacrificios de amor propio y tiempo ha que se había descartado de todo género de pretenciones en su trato con el sábio.

Así es que, animado, además, por los cariñosos ofrecimientos de D. Nicomedes, guardó un instante de recogimiento durante el cual coordinó un poco sus ideas y comunicó á éste sus observaciones y sus propósitos, espresándose mas ó menos en estos términos:

—Pues bien, mi apreciable señor D. Nicomedes dijo con cierta gravedad que no dejó de llamar la atencion y poner en acecho la sagacidad del sábio voy á daros á conocer el objeto de esta visita... No es ningun negocio nuevo que piense empren-

der, ni cosa de matrimonio lo que aquí me trae, sinó otro asunto importantísimo para mí, como lo vereis . . . Es un proyecto que he formado para cuya realizacion he contado con vuestro concurso, teniendo en cuenta la profesion que ejerceis y vuestra reconocida sabiduría y competencia—Don Nicomedes se inclinó—Sabeis que poseo una regular fortuna que me proporciona una vida desahogada y, á este respecto, no me quejo mucho de mi suerte; pues, si bien es verdad que mi capital no aumenta, prefiero esto á esponerme á disminuirlo ó perderlo en empresas arriezgadas que me darían muy mal resultado en vuestra opinion y como me lo habeis demostrado . . . Pero, en medio de lo que puedo llamar mi buena posicion, y, á pesar de ser bien recibido en en el mundo y estar exento de las preocupaciones y trabajos que otros tienen para poder vivir, como parece que no puede haber dicha completa, segun os lo he oído decir á vos mismo repetidas veces, creo que esa mi buena posicion deja algo que desear, bajo el punto de vista del papel que desempeño en la sociedad; pues, no

se me trata, á mi modo de ver, con la deferencia y distincion con que yo desearía que se me tratase: porque, os lo confieso, D. Nicomedes, yo quisiera, como suele decirse, figurar de una manera mas resaltante en la sociedad y estar en las condiciones de otras personas que descuellan de un modo ó de otro, por tal ó cual mérito . . . Porque, en fin, yo creo que tengo tanto derecho como cualquier otro, para abrigar esas aspiraciones. . . . Bien se que la causa principal de que yo me encuentre en una situacion semejante y que me obliga á desempeñar un rol secundario, es la de que, ya he atinado á comprenderlo, mi educacion ha sido un poco descuidada y es por esto que acudo á vos, D. Nicomedes, con el fin de adquirir la instruccion que me falta para poder lograr mis propósitos. . . . La gente del mundo és tan exigente, y sobretodo, las mugeres son tan solapadas que, para no verme mortificado por sus risitas detrás del abanico, y sus indirectas, tendría que abstenerme de tomar parte en las conversaciones; porque, creo que lo hacen esprofeso, hablan de cosas que no entiendo

bien para tener despues algo que reparar; como si uno tuviera la obligacion de conocer la vida de ciertos personajes, tener conocimiento de lo que ocurre en otros países y saber con que se fabrica el oro. . . . Digo esto porque, una vez que lo pregunté, casi todos se echaron á reir.

Don Nicomedes tambien tenía sus tentaciones de reír, al oír á D. Cándido y al ver que atribuía únicamente á su falta de instruccion incidentes que, á no dudarlo, debian ser originados, en parte, por su poco tino y sus entremetimientos intespestivos, y sabía muy bien que su amigo, no era de esas personas que, sin ser instruidas, tienen la suficiente perspicacia natural para ser oportunas y no meterse en honduras con peligro de empantanarse; pero, á pesar de esas tentaciones, no se departió en lo mas mínimo de su magistral actitud, esperando el fin de la esposicion de aquel.

—Es pues, en virtud de lo que acabo de deciros—continuó el rentista—y de otras circunstancias que no escaparán á vuestra penetracion, que he resuelto em-

prender algunos estudios que me eviten esas situaciones ridículas y me den un poco mas de realce en la sociedad: y, espero que me indicareis lo que debo hacer en este sentido y el plan que os parezca mas adecuado adoptar, para dar los resultados que me propongo obtener. . .Si alguna vez he tenido que felicitarme de contaros en el número de las personas de mi relacion, D. Nicomedes, ha sido ciertamente en la presente ocasion; porque así, como sois uno de los amigos que mas estimo, sereis tambien mi maestro; y no dudo de que correspondereis á mi franqueza, con vuestra buena voluntad, enseñándome en poco tiempo lo que sea conveniente. . . . Haced de modo que pueda lograr mis propósitos y descollar en el mundo de un modo ó de otro y os quedaré sumamente reconocido . . . Ah! si yo pudiera llegar á ser sábio como vos D. Nicomedes, cuanta satisfaccion esperimentaría y que revancha habia de tomar sobre los que me han tenido en ménos y me han mortificado! . . .

Despues de estas palabras, dichas con cierto énfasis, D. Cándido pareció respirar

con mas libertad, como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Vaya—pensó—el primer paso está dado y ya estamos en camino. Veremos lo que me hará estudiar D. Nicomedes... Cualquier cosa que sea, con un maestro como él, haré rápidos progresos y pronto estaré en condiciones de poder afrontar la sociedad y me desquitaré de lo lindo. Me parece que veo desde aquí la cara que pondrán ciertas damas y otros tipos que se complacian en fastidiarme... Entonces, me tocará á mí reír....

Hechas estas reflecciones consoladoras, que le auguraban un risueño porvenir, D. Cándido esperó que hablase D. Nicomedes.

No abrigaba la menor duda de que éste aprobára su resolucion; determinase luego lo que había de enseñarle y, aun, creía muy probable que ese mismo dia le diese la primera leccion.

La recibió, en efecto, D Cándido, la primera leccion; pero, no como él se la figuraba.

VIII

PLAN DE DON NICOMEDES

Como ya habrá supuesto el lector, á medida que D. Nicomedes iba haciéndose cargo de la resolucicon de su amigo, su atencion se avivaba por grados, como era natural que se avivase.

Ademas, su fisonomía iba tomando una espresion que revelaba cierta satisfaccion, caracterizada con cierto matiz de ironía.

Tan cierto era ésto, que, para disimularlo en lo posible, tomó sus gafas que hasta entonces habian permanecidos innecesarias sobre un diccionario enciclopédico que, con aquellas, eran dos objetos que siempre tenia á su alcance, y se las puso con mano febril.

Es que, en verdad, habia motivos para originar en él esos sentimientos que le hacian sonreir irónicamente.

En primer lugar, su interes material entraba en juego porque, con un discípulo como el que se le presentaba, era indudable que sus rentas aumentarian en una proporcion satisfactoria, pues que, D. Cándido recompensaría dignamente sus servicios para estimularle á educarlo lo mas pronto y convenientemente posible.

Y, con tanta mayor razon creía esto D. Nicomedes, cuanto que se encargaba de demostrarle y hacerle comprender toda la gratitud á que es acreedor un maestro para con su discípulo; como así que, por mas generosidad que usara para con él, nunca equivaldría la recompensa dada al servicio prestado.

¿No es el maestro un segundo creador, ó, por lo menos, un auxiliar de éste?....

Los séres humanos nacen ignorantes Su entidad física ha sido obra de la naturaleza; pero, su conveniente formacion y desarrollo intelectual, necesitan la intervencion de otros hombres, sin la cual permanecen en

en ese estado de ignorancia innata, ó poco menos; pues, el hombre aislado, es incapaz de adquirir la esperiencia y sabiduría de que es susceptible sin la cooperacion de sus semejantes que le incitan, le animan, le aconsejan y le demuestran sus errores.

Todo esto se proponía demostrar el sábio á D. Cándido de una manera clara é indiscutible; y, sería necesario suponer á este muy ingrato y desprovisto de raciocinio y buen criterio, para creer que pudieran quedar defraudadas las esperanzas de aquel, en cuanto á remuneracion y agradecimiento.

Y, no era chica empresa, ciertamente, la de cultivar y fecundizar satisfactoriamente una inteligencia como esa.

Era necesario, antes que todo, proceder á una especie de desmonte, como quien ara en tierra vírgen, removiendo y arrancando troncos y malezas silvestres, criadas allí por la incuria y el abandono; y, llevarla á cabo con felicidad, merecía indudablemente mayúscula recompensa.

En segundo lugar, y por lo que respecta á la causa que había originado ese matiz

de ironía de que hemos hablado, era tambien evidente.

¿Cómo era posible que D. Nicomedes pudiera creer que el rentistá llegase á aprender jamas algo de fundamento?....

¿Cómo iba á figurarse D. Nicomedes que semejante hombre llegase á ser erudito alguna vez, es decir, á parecerse á él, que había pasado su vida estudiando y profundizando todas las cosas y que había estendido la órbita de los conocimientos humanos con sus ideas particulares?!....

Todavía resonaban en sus oidos las palabras pronunciadas por D. Cándido, cuando manifestaba deseos de ser sábio como él; y aun, le había picado y calificaba de atrevimiento el que hubiera sentado la posibilidad de que pudiese haber igualdad entrambos alguna vez, en en ese sentido.

—¿Cómo—se decía el sábio un tanto indignado—D. Cándido, instruido, capaz de disertar, cambiar ideas, abrir juicios, desarrollar teorías y sostener polémicas mas ó menos como yo?.... Qué disparate! Ni pensarlo siquiera!....Son pasmosas las ideas que tienen ciertas gentes sobre ciertas

cosas!.... Ahí tenemos á un D. Cándido, á quien Dios perdone, que se figura buenamente que un profesor es como un sastre ó un zapatero á quien, de la misma manera que á éstos se les dice: hacedme un traje ó de par de botas para la semana entrante, se le puede decir al profesor: educadme, enseñadme, hacedme sábio para el mes que viene!.... Y lo dice con la mayor sencillez y naturalidad, como si desasnar á un zote como él, fuera lo mismo que adornar una gorra ó coser galones á un pantalon!! Válgame Dios!.... Pero, en fin, disculpemos la ignorancia: ya pondremos las cosas en su lugar.

No en vano, pues, había esperimentado el sábio cierta satisfaccion al enterarse de los proyectos de D. Cándido; no en vano, tampoco, habia demostrado su semblante cierta ironía.

Pero, como hemos dicho, nuestro hombre trató de disimular sus impresiones para no chocar á D. Cándido.

Si bien usaba de mucha confianza y familiaridad con éste y solía, de vez en cuando, aludir indirectamente á su inferioridad

intelectual, lo hacía de una manera que no hiriese en demasía su susceptibilidad; pues, conociéndolo com ol oconocía, sabía perfectamente que era capaz de rebelarse á un momento dado, circunstancia que, al alejarse de él le privaría de las ventajas que su trato le proporcionaba. Así es que siempre tenia el cuidado de intercalar algunos paliativos para neutralizar el efecto de sus frases cuando eran algo picantes.

D. Nicomedes, pues, bajo la base de esas consideraciones, adoptó el plan de conducta que creyó mas adecuado.

Le enseñaré pensaba algunas generalidades, cosas que todo el mundo sabe sin haberlas estudiado espresamente, lo cual será todo cuanto se pueda obtener de semejante discípulo, y como es muy probable que, vista su ignorancia y su falta de esperiencia en estas cosas, llegue á figurarse que los progresos que hace son muy lentos y que esto proviene de la incapacidad del maestro y no de la suya, como lo suelen hacer muchas intelijencias limitadas y reácias, cuyos poseedores estrañan no convertirse en sábios de la noche á la ma-

ñana, es preciso hacerle comprender, préviamente, las grandes dificultades que se oponen y hay que vencer indispensablemente para pasar de la ignorancia al saber. Tambien, y por si aquello no bastase, y á fin de cortar un poco el vuelo de sus pretensiones, le demostraré, además, que tiene graves inconvenientes y es aun peligroso, el poseer mucha ciencia; con lo cual le haré palpar, de paso, la inmensa distancia que nos separa, la enorme diferencia que existe entre un hombre que, como yo, ha envejecido en el estudio y un mentecato como él que no ha tenido mas preocupaciones que sus goces materiales, ni mas ideas que las vulgaridades rudimentarias que constituyen el patrimonio intelectual de todo ente inculto, que á penas sobresale de la animalidad!....

IX

EXAMEN FRENOLOGICO Y SU RESULTADO

Preparado, pues, asi, pocos instantes despues que D. Cándido hubo terminado su esposicion, participándole sus proyectos, el sábio, parapetado detras de sus antiparras y esforzándose por tomar el aire interesado y grave que requerian las circunstancias, aproximó mas su silla á la de su visitante y en un tono benevolente que nada dejaba que desear en cuanto á naturalidad, le dijo:

He comprendido perfectamente el objeto de vuestra visita, mi apreciable señor D. Cándido, me hago cargo de vuestra situacion y de vuestros propósitos; y, en verdad, me complace sobremanera el que

me hayais tenido presente en tal ocurrencia y, por lo que respecta al rol que me atañe en el asunto, podeis abrigar la seguridad, como no dudo la abrigueis, de que el consejo dado por mi en tan delicada materia será de todo punto el mas adecuado que se os pueda dar, me atrevo á decirlo; pues, conociendoos como os conozco y ejerciendo la profesion de educacionista, me encuentro en mejores condiciones que cualquier otro para hacerlo . . . . . .
Con tanta mayor razon me creo autorizado á decir esto, cuanto que, respecto al interes que os profeso, amigo mio, creo haberos dado anteriormente algunas pruebas como, por ejemplo, vos lo habeis recordado, cuando irreflexivamente, os propusisteis repetidas veces comprometer vuestra fortuna en empresas arriezgadas, mas que arriezgadas, locas; y, Dios sabe, mi querido amigo, cual sería vuestra actual situacion á no haber yo mediado; pues, todos los dias vemos que se desbaratan fortunas inmensas á consecuencia de una mera imprudencia ó por mala administracion. . . .

—Ciertamente, D. Nicomedes, observó

el rentista, asediado por el restropectivo temor de haber estado á punto de quedarse sin un cuarto, lo tengo muy presente y contad con mi gratitud..... Yo, por mi parte, os tengo en mucha consideracion, D. Nicomedes, no lo dudeis vos tampoco.

—Bien, bien—continuó éste—Pero, á que recordar lo pasado?... Ocupémonos del presente y vamos á lo que importa... Como lo habeis dado á entender vos mismo, hace un momento, necesitais complementar vuestra educacion; os hace falta poseer algunos conocimientos que puedan daros algun realce en la sociedad, exigente por demás en nuestros dias; y, no puedo sinó aprobar calorosamente la digna y loable resolucion que habeis tomado, la cual os honra bajo todos los conceptos.... Es algo tiránica y pesada, preciso es confesarlo, la necesidad en que se encuentra uno de estudiar y trabajar con el fin de adquirir ciertos conocimientos y aptitudes que le hagan apreciar por los demás; pero, no hay mas recurso que someterse á ella, bajo pena de ser considerado como un quidam

cualquiera. Tratemos pues, de combinar un plan de operaciones que nos proporcione un triunfo completo sobre vuestra ignorancia. . . . No os disimularé, sin embargo, que, á la edad á que habeis llegado sin haber cultivado vuestra inteligencia, ni ejercitado vuestro espíritu, encontrareis mayores dificultades en vuestra tardía educacion que si os hallárais en otras condiciones; porque, hay una gran diferencia entre la flexibilidad intelectual de un adolescente que se amolda con facilidad á cualquier género de estudio y la especie de resistencia que, para esto mismo, ofrece el entendimiento de una persona de vuestra edad; pues, en esta parte, los hombres se asemejan á los árboles. Estos, cuando son tiernos, se pueden dirigir en todo sentido, sus ramas se adaptan á todas las formas que se les quiera dar; y, á la par que crecen, siguen con docilidad la direccion que les imprime la fuerza que los dirije; pero, cuando han adquirido ya todo su desarrollo y han permanecido algunos años en tal estado, es muy difícil, y aun peligroso, el doblegarlos porque, si se les fuerza, en lugar

de ceder, se rompen. . . . Pero, no hemos de tocar esos estremos; pues, supongo que no quereis llegar á ser un sábio, sinó que, segun he creído deber interpretar vuestros deseos, vuestras aspiraciones se limitan á llegar á poseer alguna ciencia ó arte que conjuntamente con otros conocimientos generales de que careceis, os puedan hacer figurar dignamente en la sociedad como lo ambicionais; y no sería imposible que esa circunstancia allanára mucho las dificultades; pues, bien podría suceder que estuvierais dotado de alguna inclinacion hácia cierto ó determinado arte ó ciencia; de alguna facultad adormecida en vos por falta de iniciativa y que solo espera la ocasion de revelarse. Los ejemplos de esa naturaleza son numerosos en la historia de la humanidad: y, si tuviéramos la suerte de encontrarnos en esas condiciones respecto á vos, solo nos quedaría por hacer una eleccion acertada: solo nos restaría averiguar cual de las ciencias ó de las artes se avendría mejor con vuestra organizacion intelectual para que, como ya lo he dicho, sin perjuicio de ir adquiriendo al mismo tiem-

po conocimientos generales indispensables hoy dia, la estudieis con preferencia.

Don Nicomedes obraba maliciosamente al decir esto; y su objeto era preparar un terreno resbaladizo al rentista, con el fin de hacerle palpar mas fácilmente las dificultades que le había anunciado y restringir al mismo tiempo, sus aspiraciones en justos límites; pero éste, léjos de sospecharlo, habia entrevisto repentinamente la posibilidad de ser un génio ignorado y se llenó de satisfaccion. Se le representaron súbitamente todos los agasajos y distinciones de que eran objeto ciertas personas y su esperanza se acrecentó.

—Eso es D. Nicomedes—dijo calorosamente el rentista.—Me parece bien pensado, porque recuerdo haber oído referir casos de individuos que, de desconocidos que eran, han pasado á ser hombres célebres por haber revelado un talento que no se les conocía.

—Sin embargo—continuó el sábio, haciendo con D. Cándido lo que el gato con el raton—desde que conozco vuestros propósitos, estoy examinando vuestro ángulo

facial y la forma y proeminencias de vuestra cabeza, buscando un indicio que pueda servirnos de guia; pero será necesario que os palpe un momento para hacer las cosas en regla: permitídmelo; pues. A la simple vista, no puedo descubrir nada.

D. Cándido, aunque con alguna sorpresa, pues ignoraba la existencia y el fin de la craneología, concedió la autorizacion pedida por el sábio; y éste, como hubiera podido hacerlo el mismo Gall, comenzó á inspeccionar y á tantear la cabeza de su amigo, en busca de una proeminencia, de un indicio, de alguna particularidad de conformacion cerebral que revelase alguna predisposicion, alguna inclinacion marcada hácia alguna cosa; y D. Cándido, emocionado cual un enfermo de gravedad auscultado por una entidad medical, abandonaba su cabeza al exámen craneológico, anhelante y diciéndose por lo bajo, por modestia, que era imposible que no resultase algun descubrimiento que, aprovechado debidamente, le colocaría muy pronto á la altura que él ambicionaba.

El sábio prosiguió su exámen con toda

la seriedad requerida por las circunstancias; y, al cabo de algunos minutos, su fisonomía dejó entrever que se hallaba bajo la influencia de una impresion desagradable, de una decepcion: y, en tono sentimental, dijo al paciente:

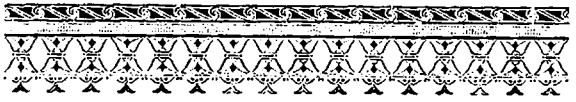
—Debo constatar que, hasta ahora, no he encontrado nada que caracterice una inclinacion determinada, alguna facultad estraordinaria, alguna predisposicion utilizable. Solo he observado aquí dos pequeñas escrecencias que entrambas parecen indicar en vos cierta tendencia á la gula y al acaparamiento; pero, esto es una conformacion general en los hombres y los que no las tienen forman las escepciones, bien raras por cierto. . . . Pero, á pesar de esto, no debemos desanimarnos, porque la frenología no es infalible: hay algunas veces conformaciones interiores que no se revelan por signos esternos y escapan al exámen superficial. Tratemos pues de averiguar por otros medios, que arte ó que ciencia se armoniza mejor con vuestras facultades y os conviene mas para llenar, con economía de tiempo y de trabajo, el objeto

que os proponeis. . . . ¿No habeis pensado en ello vos mismo alguna vez?. . . ¿No os sentís inclinado hácia algo?. . En tal caso decidlo; siempre es bueno dejar hablar á la naturaleza y guiarse por el instinto, principalmente en casos como este. Una vez que háyamos averiguado, de una manera ó de otra, la direccion hácia la cual tiende naturalmente vuestra inteligencia con preferencia, tendremos un punto de partida sólido; una base de accion que nos será muy útil. . . . Veámos D. Cándido: reflecionad.

—Hombre—dijo éste, despues de alguna reflexion y aparentando indiferencia, aunque, en realidad, estaba un tanto disgustado por el mal resultado obtenido en el exámen de su cráneo—Me parece que no me encuentro inclinacion ninguna determinada; ó, por lo menos, yo no la siento, no la noto; y nunca se me había ocurrido pensar en esto: pero, supongo que no será ello un obstáculo á mis miras. Con un poco de buena voluntad, creo que llegaremos á triunfar de las dificultades que se presentan. . . . Veamos qué seria bueno.

D. Cándido volvió á reflexionar, paseando sus miradas por el cuarto.

—¿Qué os parece de la música D. Nicomedes?—Ocurriósele decir, por fin, habiendo divisado el instrumento de cuerda que era la pesadilla de los inquilinos de la casa—Son muy bien vistos los músicos en la sociedad; reciben invitaciones de todas partes y son aplaudidos por la concurrencia....



X

LA MÚSICA

La música?—Contestó el sábio moviendo la cabeza á uno y otro lado en sentido negativo—Me parece poco aparente, en verdad. Es un arte muy esclusivo y que no nos conviene porque no requiere conocimientos de otra especie y debemos obtar por algo que nos ofrezca un campo de estudio mas vasto, mas variado. Al aprender la música, por decirlo así, no se aprende mas que la música y necesitais adquirir conocimientos de otro órden, nociones indispensables con los que no se relaciona en manera alguna el arte de Apolo. . . . Bien sé que un buen artista, un tenor, por ejemplo, que posee una voz notable,

es aclamado y aplaudido en todas partes, aunque, en otro sentido, como hombre, sea un palurdo; y, á nadie se le ocurre preguntar si sabe leer y escribir correctamente: pero, esto no nos atañe y, al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Por otra parte, para estudiar la música con provecho, es de todo punto indispensable tener lo que se llama una organizacion musical; cualidad que se revela en el sugeto que la tiene, cuando menos, por una inclinacion decidida hácia el arte; y, por lo que á vos toca, D. Cándido, segun lo que he podido observar, pareceis poco aficionado á la ópera, ni á los clásicos, ni á todas esas composiciones maestras que agradan y revelan al artista, y que son tales obras maestras, por ciertas delicadas bellezas que encierran y que solo son apreciables para un sentido refinado, especial, ó, por lo menos, suceptible de educarse musicalmente. Pero, sin aludir á nadie, enséñese la música á una persona que tenga un tímpano como una suela; á buen seguro que no obtendrá el premio en ningun conservatorio y sería obrar con muy poca cordura intentar enseñarle

siquiera: sería como sembrar trigo en un arenal de lo que resultaría la pérdida del trabajo y de la semilla. ¿Cuántos padres de familia hay que hacen sacrificios y gastan dinero que no les sobra para costear maestros á hijos que no tienen las disposiciones requeridas para poder adelantar de un modo satisfactorio, por no haberse ocupado de averiguar si tienen suficiente sentido artístico para que haya probabilidades de que esos sacrificios no queden estériles?.... Yo opino que, para evitar en lo posible esos errores perjudiciales, que hacen malgastar á muchos jóvenes el tiempo que podrian emplear con provecho en otros estudios, se necesitan reconocedores de oído á quienes poder consultar en casos como estos. No todos poseemos la misma sensibilidad auditiva. La terminacion del nervio acústico, se compone de un gran número de pequeños nérvios que pueden compararse á las cuerdas de un piano. Cada una de esas fibritas nerviosas vibra al recibir la impresion de un sonido determinado, es decir, al unísono de la nota con la cual se acuerda por su disposicion física; y, segun la

mas ó menos buena organizacion acústica de las personas, esos pequeños nérvios se hallan dotados de mas ó menos buena organizacion musical. Por lo tanto, está claro que el oído de un sugeto en que los nérvios de que hablamos no responden de una manera sin crónica y completa á las vibraciones de las notas por su falta de sensibilidad, ó porque esa sensibilidad no sea uniforme en todos ellos, se encuentra en malas condiciones de acústica musical. Hay ciertas personas que tienen el oido tan duro, cito estremos para vuestra mejor comprension, que no pueden oir los sonidos débiles sino cuando van acompañados de otros ruidos internos, que solos son capaces de poner en movimiento su sistema acústico general, dotando momentáneamente de sensibilidad á sus pequeños nervios y se citan algunos de estos casos muy curiosos. Hubo, entre otros muchos ejemplos de esta naturaleza, una señora que no podia oir lo que le hablaban, si no oía al mismo tiempo, el ruido del tambor y se veia en la necesidad de hacerse acompañar por una sirvienta, ya práctica, que se ponia á redoblar cada vez

que su ama entraba en conversacion. Otro individuo, no podía oir tampoco, sino cuando tocaban las campanas, y un oficial de zapatero era completamente sordo para todo lo que se le dijese, esceptuando los momentos en que algun otro batía la suela. Os digo todo esto, D. Cándido, para convenceros de que debemos usar de mucha prudencia al hacer nuestra eleccion á fin de no esponernos á tropezar contra dificultades insuperables, suscitadas por la naturaleza misma, lo cual nos haría perder un tiempo precioso. Hay, ademas, impedimentos de otro órden que se ierguen ante nosotros si entramos á considerar el caso práctico.... Supongamos, por ejemplo, que querais aprender el piano. Sin contar con las dificultades musicales, propiamente dichas, de que acabamos de hablar, tendreis las de la ejecucion; y, en cierto modo, tropezareis con vuestros mismos dedos; porque, á la fecha, vuestras falanges, debido á la inaccion en que han permanecido hasta ahora, respecto á ejercicios de piano, se encuentran endurecidas é incapaces de doblegarse á las exigencias de la ejecucion y, nunca

conseguiríais adquirir esa soltura y esa precision indispensables para llegar á ser un buen artista. Si pudiéramos atenuar el inconveniente engrasándolos, como se hace con los goznes oxidados, podríamos obtener algun resultado; pero, desgraciadamente, las articulaciones no se resblandecen sino á costa de ejercicios prolongados y de una práctica incesante, á contar desde la tierna edad, para que los músculos se hagan aptos á esa clase de trabajo, á medida que se desarrollan. . . . En fin, D. Cándido, estamos en un caso análogo al de los árboles de que hemos hecho mencion; pues, ya no estais en edad de dar principio á estudios de esta naturaleza; de lo cual espero estareis convencido vos mismo en vista de las esplicaciones que os he dado, y, creo haber esclarecido el punto suficientemente para poder repetir lo que he dicho antes; esto es; que el arte musical no responde en manera alguna á vuestros propósitos y debe ser descartado de nuestro programa. . . . Es preciso buscar otra cosa.

—Teneis razon, D. Nicomedes—dijo el rentista—No habia reflexionado en eso y

confieso que no siento disposicion para la música.... Es preciso buscar otra cosa.... Lo bueno es que no faltan.... ¿Decidme.... si aprendiese la poesía?.... ¿Qué os parece la poesía, D. Nicomedes?.... Me parece que, si yo hiciese versos, sería lo suficiente para darme realce en la sociedad.... Qué sorpresa para mis amigos!.... Qué envidia habia de causar!.... Qué gloria!....

XI

LA LITERATURA

En efecto—objetó D. Nicomedes en un tono sentimental que puso coto al entusiasmo repentino de Cándido—creo que no dejarían de admirarse vuestros amigos, de que, de un día para otro, os hubierais vuelto poeta; mas, desgraciadamente, no hemos de presenciar esas manifestaciones; porque, aun que me sea penoso decíroslo, existe una circunstancia enojosa y es la de que la poesía no se aprende.... Es una facultad innata en la persona; es, como suele decirse, un don del cielo que las musas distribuyen á su capricho con lamentable parcimonia, porque los verdaderos poetas son muy raros, por mas que muchos versis-

tas de tres al cuarto tengan las pretensiones de serlo. Estamos en un caso análogo al de la música. Si tuvierais dotes poéticas, ya lo habriais demostrado tiempo ha por una aficion marcada á las letras; y, segun me habeis dado á entender en anteriores conversaciones, nunca os han llamado mucho la atencion. Podriais, talvez, estudiando la retórica, la poética, daros cuenta de lo que son el ritmo y la rima, la cadencia y la intercadencia, la consonancia y la asonancia y todas las reglas de aplicacion; pero suponiendoos llegado á ese punto ¿qué habíais de aplicar si no sois poeta? qué adelantaríais con saber dar ciertas formas literarias á las ideas, si estas os faltan? . . . . Sería lo mismo que pretender edificar una casa sin piedras ni ladrillos y con solo el reboque! . . . Lo mismo que intentar hacer un puchero sin carne ni legumbres y con sola la olla! . . . La base de la poesía es la inspiracion que suministra al poeta las ideas á las cuales ha de dar forma. Las reglas no constituyen mas que el mecanismo, lo accesorio, lo segundario; y, sin aquellas no hay poesía, no hay poeta. ¿Y los sen-

timientos?... Y la penetracion?... Y el ingenio? Los teneis?.... Yo mismo que os hablo que, sin pedantería, creo no ser un cualquiera y me precio de saber algo, no soy poeta; lo confieso. No porque me falten conocimientos sobre las reglas del arte, ni ideas que espresar, á Dios gracias, sinó por la muy sencilla y buena razon de que no lo soy. Bien es verdad que nunca he intentado hacer versos, y, si mucho me apurasen, es probable que no quedaría la página en blanco; pero, no los hago, y basta. Conformémonos con las aptitudes que la naturaleza nos ha dado, que al que Dios le haya condenado á ser tonto en esta vida, mas le vale ser tonto á secas que tonto poeta.... Por otra parte, D. Cándido, y ya que se ofrece tratar la cuestion, ¿creeis acaso que el hacer versos se estima en mucho hoy dia?.... Salvo el caso de que su autor posea un talento escepcional que le coloque muy por encima de las innumerables medianías que pululan en el mundo de las letras, en que parece estar de la providencia que de todo ha de haber, los versos brindan poca gloria y poco provecho,

el público se encuentra cansado de tanta pamplina. . . . El Parnaso ya está lleno; los vates ya no caben en él. Solamente los gigantes literarios dotados de fuerzas estraordinarias, poetas hércules, pueden aspirar en adelante á franquear sus puertas, y yo opino que las musas deberían efectuar una escrupulosa barrida en el tal Parnaso y no con la paja de la escoba, sinó con el palo; pues, se me hace que ha de haber allí contrabando en abundancia Indigesta el ver tantos aspirantes á hombres de génio por el sólo mérito, no siempre lo es, de haber disimulado la insignificancia del pensamiento, la vulgaridad del fondo, bajo la altisonancia de las palabras y el aparato de las formas campanudas y huecas y que, á fuerza de uso, pasan á ser triviales ellas mismas. . . . y que formas algunas veces! . . . . cuando oigo leer ciertos versos, me hace el efecto de un carro que anda sobre un camino pedregoso: aquí un tropezon: allí una parada forzada. Es un pantano del que hay que salir á costa de grandes esfuerzos y martirizando las palabras que suelen dejar uno de sus miembros en la

lucha. Todo esto disuena y choca y, en esos momentos, se cree ver al poeta que suda la gota gorda apretando su pluma convulsivamente y torturando su cerebro y su imaginacion, á fin de domar un verso rebelde que se empeña en tener algunas sílabas mas que sus congéneres ó que no quiere estirarse lo suficiente para poderse alinear en buenas condiciones. Y advertid que entre esos malos versistas, figuran hombres que se han afanado toda su vida por hacer buenos versos sin haberlo podido conseguir, á pesar de su ejercicio incesante y de su empecinamiento por lograr su objeto. Ya veis que no es cosa fácil D. Cándido. Esto, sin perjuicio de que el hacer versos no basta para adquirir el título de poeta. La poesía no es rima, ni consonancia sino la espresion de sentimientos puros y elevados; es la poesía, en fin, y no otra cosa, y los versos no son indispensables para su manifestacion.

—Y aunque no fueran versos D. Nicomedes?—interrogó D. Cándido, despues de algunos instantes de silencio durante los cuales se convenció, sin duda de que care-

cía del ingenio y de la imaginacion que al decir del sábio eran indispensables.—¿No podría yo hacer algunas novelas ó algunos dramas como los que se publican todos los dias?....

—Hombre, D. Cándido—repuso éste—el que pretendais escribir obras, aunque no sean en versos, poco modifica la cuestion; por que, en suma, los versos no son mas que una de las formas literarias que se dá á los pensamientos que se quieren espresar; y, con poca diferencia, se exigen las mismas condiciones, las mismas dotes para hacer prosa que para hacer versos; y, aun es esto mucho decir; pues, el que escribe en prosa, necesita tener conocimientos mas vastos que el que escribe en versos. La razon de esto está en que, el que tiene disposicion natural para lo que podríamos llamar el mecanismo de la versificacion, puede revestir con formas agradables pensamientos y hechos vulgares y triviales cuya relacion se lee y oye con gusto, no por lo que tengan en sí de interesante, sino por los atractivos de la forma; por su rítmo y su armonía; y, en cierto modo, la

cuestion literaria degenera en una cuestion de oído. Es una especie de música literaria mas que otra cosa. Esto es, hablando en tésis general; porque, para el hombre de talento, todas las formas son buenas, así, como, por el contrario, parecen ser todas malas para quien carece de él; y sería algo difícil deslindar el género en que descuellan ciertos grandes escritores; pues se han manifestado igualmente aptos para ambos. Sin embargo, D. Cándido, para que os posesioneis mejor de las dificultades del arte, procedamos con órden. Suponed que estais resuelto á escribir en verso ó en prosa. Suponed que vais á dar principio á vuestros trabajos literarios. Es un ensayo que podemos hacer; pues, aunque no hayais hecho estudios en este sentido, podreis sin embargo juzgar de vuestra capacidad natural y entrever, por lo menos, si hay ó no posibilidad para vos de arribar á algun resultado, en vista de que, como os lo he dicho, esos estudios no os enseñarían mas que las reglas de correccion, por decirlo así, y su conocimiento no aumentaría en nada vuestra facundía. Lo primero que

necesitais para este ensayo, es un asunto de que tratar, una idea ó un hecho que os sirva de base y que debereis reproducir literariamente; y, para evitaros el trabajo de buscar, voy á suministraros algunos, por via de ejemplos. Comencemos por el género joco-crítico. . . . veamos; os bastaría ver á una persona con una nariz un poco larga, ó con un ojo tuerto, ó con una pierna mas larga que la otra, ó con cualquier otro defecto físico para hacerle una composicion epigramática y ridiculizarla?. . . . ¿os bastaría un incidente risible cualquiera para el mismo fin? Suponed, por ejemplo, que vienen caminando por la calle ese tuerto y aquel narigon que acabo de citar: que al llegar á una esquina, al mismo tiempo, tropiezan el uno con el otro por la precipitacion con que andan; por que tambien podeis suponer que andaban con precipitacion por una razon ó por otra; que ese encuentro se verifica de tal modo que la nariz del narigon viene á dar precisamente en la concavidad del ojo del tuerto; fatalidad que contribuye á aumentar el mal humor que les ha causado el tropiezo y hace que se

traben en palabras; pues, restregándose el uno el ojo y el otro la nariz, han llamado la atencion de los presentes sobre sus imperfecciones, provocando su risa y necesitan un desahogo... Ahora bien ¿Seríais capaz de relatar ese incidente por medio de unos cuantos renglones en prosa ó en versos con la gracia y el ingenio suficientes para provocar una hilaridad irresistible en el lector?...

—Creo que no—dijo D. Cándido; que no veia mas manera de relatar el incidente que la empleada por D. Nicomedes, y que no tenia la mas remota idea de los recursos que ofrece el arte de escribir.

—Pues, pasemos á otro género—continuó el sábio, que conocía de antemano las respuestas de su amigo—ahora se trata de describir una escena campestre que nos será suministrada por lo que suele observarse en los alrededores de una humilde choza, cuyos habitantes siembran y crian ganados y aves domésticas para ganar su vida. Prestad atencion. La escena tiene lugar á la caida de la tarde. Es la hora en que esas aves domésticas buscan acomodo

para pasar la noche, los unos en los árboles y enramadas circunvecinos y las otras en el gallinero. Aquí se oyen destemplados cacareos de gallinas que forcejean por encaramarse al lado del gallo, tratando de desalojar á las otras que, con anterioridad, se han posesionado de esa honorífica y envidiada colocacion; y, de vez en cuando, se perciben los cacareos mas roncos del gallo que resuenan, como una voz de mando y que, fastidiado por los empujones que le dán sus ambiciosas favoritas, reparte, á diestro y siniestro, algunos picotones con el fin de poner en órden á su plumoso serrallo. Allí, se ven unos bueyes que rumian, otros que se lamen, toritos que forcejean, cuerno contra cuerno y vacas que reciben impasibles de sus terneros, afanados por estraer la poca leche que les han dejado las ordeñadoras, tirones y cabezazos capaces de desfondar á un tonel. Mas allá, un muchachito, medio desnudo y sucio, se divierte en hacer chillar marranitos picaneándolos con una varilla á través de los palos del chiquero y sin cuidarse de los gruñidos de descontento que hace oir la marrana

que, no por serlo, deja de velar por sus hijos. A cierta distancia se vé á un campesino que arrea en direccion al corral, á una majada de ovejas que aturde con sus balidos, los cuales resuenan en todos los tonos posibles, desde el bajo profundo del carnero padre, hasta el tiple agudo del corderito. En fin, por todas partes reina la actividad campestre que precede al descanso de la noche; y, si quereis mas detalles y mas variedad para vuestra composicion, podreis hacer figurar en ella tambien á una mujer que prepara la comida en la cocina; á dos perros que se pelean por un resto que aquella les acaba de arrojar, y á dos hombres, en mangas de camisa, que fuman en pito sentados en un banco y que conjeturan sobre las cosechas venideras; con todo lo cual tendreis elementos bastantes. . . . ahora bien. ¿Creeis posible el que llegueis á ser capaz de describir literariamente esta escena, poetizándola de tal manera y con tal arte que, al leerla, por ejemplo, un rey se sienta inclinado á abdicar de su corona para convertirse en labriego, ó que un ministro tenga tentaciones

de abandonar su cartera para ir á guardar un rebaño?....

—Creo que no—contestó nuevamente el rentista despues de un momento—Me parece que no sabría como empezar.

—Ya lo veis—continuó el sábio—Si no sabríais por donde empezar, menos sabríais por donde concluir.... Sin embargo, hagamos una última prueba, no procedamos con lijereza.... Voy á daros ahora un asunto propio para una trajedia, escuchad: Suponed dos enamorados. Ella hermosa y rica; él de mucho talento; pero pobre. El padre de la jóven, hombre práctico y un tanto irrascible, no quiere oir hablar de casamiento entre ellos; por la precaria situacion financiera del galan y cierra á este la puerta de la casa, circunstancia que desespera á nuestros enamorados. No pudiendo vivir el uno sin el otro, consiguen, á fuerza de artimañas, entrar en correspondencia y convienen en una cita en el cuarto de la niña, al cual subiría el pretendiente, por medio de una escala de cuerda. Todo combinado así, llega por fin la hora tan deseada. El, palpitante y ansioso, sube de tres en

tres los escalones, llega al balcon y cae en los brazos de su amada..... Pero, oh! fatalidad!..... En este momento, vuelve el padre á su casa, tropieza con la escala y todo lo adivina. Entonces, ciego de ira, corre á la cocina y, á pesar de la resistencia de la maritornes que sospecha algo horrible, empuña una enorme cuchilla y sube á su vez por la escala de cuerda, siempre seguido de aquella que intenta detenerlo. Vano empeño! El terrible padre sube y cae como una bomba en el cuarto de su hija y sorprende á nuestros amantes en el momento mas ameno de su tierno coloquio:—Vil seductor! esclama precipitándose sobre el jóven; y, sin mas espera, de una feroz cuchillada, le tiende sin vida en la alfombra.—Padre! qué habeis hecho! Esclama ella entonces, loca de espanto y de dolor. Oh! no le sobreviviré!—Y arrancando la cuchilla de manos de su padre, con un movimiento inesperado, se lo hunde en el pecho, cayendo á su vez exánime sobre el cadáver de su amante. El padre queda por un momento inmóvil de horror ante cuadro tan espantoso: á pesar de haber sido el prota-

gonista del drama, no puede creer lo que vé; pero, dándose luego cuenta de la realidad, al ver los cadáveres tendidos y la sangre que brota de las heridas, horrorizado, enloquecido de terror y de desesperacion, corre á la ventana y se precipita por el balcon con el fin de suicidarse... Para colmo de desdichas, cae sobre la cabeza de la cocinera que habia quedado al pié de la escala sin saber á que atinar, y quedan ambos sin vida sobre las piedras. Total, cuatro muertos. Es decir, mueren todas las personas que figuran en el drama; hay emociones fuertes y escenas terribles, y, por lo tanto, el asunto se presta para un drama trájico; no falta mas que aumentar los detalles, insertar lugares comunes y presentarlo todo bajo una forma que, al mismo tiempo que les agrade y absorba, combinada con los acontecimientos que se producen, haga palpitar los corazones de los espectadores ó lectores, ya por la dulce emocion que ocasiona una escena de tierno amor, ó ya por el horror que inspira la sangre y la muerte. Y bien... En qué disposicion os encontrais para llevar á cabo esta empresa, D. Cándido? ...

—Me parece difícil—dijo éste en tono sentido. . . .¡Será posible que yo no tenga disposicion para la literatura!. . . . Yo creía que con un poco de estudio podria escribir versos ó alguna cosa. . . .

—El no tener disposicion para la literatura—prosiguió D. Nicomedes—no debe causaros estrañeza, D. Cándido; pues, no es dado á todo el mundo el tenerla y el estudio no basta muchas veces para suplirla ¿Cuántos hay que, á pesar de ser gramáticos consumados, buenos retóricos y poseer, así las reglas como las escepciones, en la punta de los dedos, no son capaces de escribir un artículo que despierte el interés ó que sea ameno por su estilo? Son prolijos, es verdad; pero, pesados, sin ingenio y sin originalidad. Y, aun, suelen verse hombres que han profundizado el idioma, verdaderos filólogos de la lengua, cuyas producciones carecen de atractivo y que, aunque no sean obras didácticas, tienen que leerse lo mismo que si se estudiase, haciendo un esfuerzo y esperimentando cierta sensacion de cansancio. Lo que escriben, lo hacen correctamente y sin olvidarse de ninguna de las

reglas; pero, sus composiciones carecen de ese encanto particular que cautiva y agrada al lector. Parece que su imaginacion y su inventiva se hubieran solidarizado con las álas de plomo de su ciencia filológica. Y, por el contrario, hay escritores apreciados, poseedores de un verdadero talento, artistas literarios, que escriben de oído, por decirlo así y que, á pesar de no tener los profundos conocimientos de aquellos, son mas estimados; particularidad que viene á corroborar lo que ya he dicho, y es que, si la persona carece de disposiciones naturales, nunca llegará á descollar, por mas que estudie y le sobre la capacidad de trabajo. El arte de escribir no es, al fin, mas que el arte mismo de pensar; porque, lo que se ha pensado, ó se piensa, es lo que se dice, ó lo que se escribe; y, el que piensa bien, concluye, temprano ó tarde, por escribir bien; aunque se halle en malas condiciones de instruccion literaria respecto de otros. Al cabo de cierto tiempo de impotencia en que se verifica una asimilacion de los pensamientos con el idioma, una elaboracion lenta, consigue por fin, dar á sus

ideas, la forma literaria imprescindible para su emision. Y, por el contrario, el que no piense bien, es decir, el que no raciocine con criterio, el que tenga la imaginacion embotada, la memoria muy frájil, carezca de ideas definidas, no tenga penetracion, ni sepa observar, no hará jamas un buen escritor, aunque sepa retórica. Ademas, para ser buen literato, D. Cándido es indispensable tener una idea siquiera sea remota de las ciencias, de las artes y de la industria; y esta precisamente, es la empresa que acometemos al tratar de intruiros. Es tambien, imprescindible conocer el corazon humano y sus pasiones; y, en el trascurso de vuestra existencia, poco os habeis preocupado de las emociones ajenas. En fin, D. Cándido, es preciso buscar otra cosa mas accesible para vos. No digo que, mas tarde, no podamos hacer algo en este sentido; pero por ahora, es necesario cambiar de rumbo.

—Bien—dijo D. Cándido, convencido sin duda de las razones del sábio—Cambiemos de rumbo. Gracias á Dios, me parece que las cosas que hay que aprender son muchas y alguna me ha de convenir. Tal

vez haya para elejir.... ¿qué aprenderé hombre? qué aprenderé?....

Don Cándido trató de recordar alguna de las palabras que había oído emplear para designar artes y ciencias; y despues de algunos instantes de reflección dijo al sabio:

—Y la astronomía D. Nicomedes, no sería conveniente?....

Don Nicomedes iba obteniendo muy buenos resultados con el plan que había principiado á poner en ejecucion; pues dejaba plenamente convencido á su amigo y le hacía desistir sucesivamente de sus ambiciosas aspiraciones, así es que se propuso continuar con ese sistema diciéndose:

—Continuaré demostrándole las dificultades é impedimentos de la misma manera que lo he venido haciendo hasta ahora; pues, cuantos mas cosas le diga, cuantas mas esplicaciones le dé, aunque á veces no me entienda, mas convencido quedará, y concluirá por hacerse cargo de lo ridículo de sus pretenciones, moderando su ambicion.

XII

LA ASTRONOMÍA

La astronomía? — contestó el sábio meneando nuevamente la cabeza en sentido negativo y á quien no dejaban de recrear las elecciones de aquel — tampoco D. Cándido, de ninguna manera. La astronomía no os conviene. . . . Es una ciencia de mucha profundidad, á la par que demasiado elevada para vuestros alcances; lo cual no debe sorprenderos; pues, la mayor parte de las personas, carecen de las condiciones requeridas para estudiarla con fundamento. Se precisa para ello, un espíritu paciente, contemplativo y mucha perseverancia, sin perjuicio de que, para el efecto, es indispensable emprenderla primero con las ma-

temáticas que son la base de la astronomía y á fé, que las tales matemáticas tienen pocos atractivos para las personas que no han nacido con cierta vocacion especial. Por otra parte, mi buen amigo, no creo que la astronomía pueda llenar debidamente el objeto que os proponeis, como pudiera hacerlo algun otro aprendizaje cualquiera; por cuanto os sería de mayor utilidad obtener conocimientos un poco mas terrestres y que se relacionen mas íntimamente con el mundo palpable en que vivimos, y susceptibles de una aplicacion mas inmediata y constante á las exigencias de vuestra posicion social, moral y aun materialmente. En efecto, ¿de qué os servirá conocer á fondo las fases de la luna, las respectivas distancias de los astros, sus magnitudes, el espacio que abarcan sus órbitas y las complicadas evoluciones que efectúan todos los cuerpos siderales, en centros sociales cuyos componentes, en su mayor parte, no saben estas cosas mas que muy superficialmente y que no se ocupan de ellos mas que por incidencia?. . . . Seguro estoy de que, si preguntaseis la razon por la cual hace mas

calor en verano que en invierno, muchos no sabrian decíroslo. A este propósito, y para que podais apreciar la importancia de lo que acabo de deciros voy á repetiros algunas palabras de Pascal, de ese gran génio que, por decirlo así, nació sabiendo las matemáticas, porque las aprendió solo, en una edad en que otros no la pueden aprender con maestros; cuyas palabras pueden servirnos de norma en el presente caso. Hélas aquí: "Yo había pasado mucho tiempo en el estudio de las ciencias abstractas; pero, el reducido número de personas con quienes se puede hablar de ellas, me había hecho perder esa tendencia. Cuando principié el estudio del hombre, observé que esas ciencias abstractas no le eran propias y que yo me apartaba mas de mi condicion en penetrándolas, que los otros en ignorándolas, y les he perdonado de no aplicarse á ellas. Pero, creí encontrar, al menos, muchos compañeros en el estudio del hombre, puesto que es el que le es propio, y he sido engañado. Hay menos aun que lo estudien que la geometría". Ya veis D. Cándido si tenemos que andar con

precaucion si no queremos trabajar inútilmente. Además, no habeis vislumbrado á buen seguro, las consecuencias fortuitas que habian de resultar, si emprendieseis un estudio semejante; pues, una vez que hubierais sentado plaza de astrónomo, ya no os llamarían la atencion la multitud de frívolos entretenimientos entre los cuales pasais agradablemente vuestra existencia y que contribuyen á hacer vuestra felicidad. . . . . Porque, no os figureis que esos puntos brillantes que fulguran en el cielo, en las noches despejadas, son guzanos de luz ó faroles chinescos, colocados ahí por algun bromista como para adornar algun salon de baile carnavalezco; no, esas luminarias que veis, son soles como el nuestro y planetas donde se manifiesta la vida al infinito y que tienen sus habitantes como nuestra tierra; la cual, comparada con algunos de esos mundos, ocupa un lugar completamente segundario en el órden de las creaciones del universo; una cosa así como una nuez ó una guinda entre naranjas, melones y calabazas. . . . Algunos de esos mundos inmensos, estan poblados de habitantes de

magnitudes y formas omnímodas. Para que podais haceros una idea de esos séres gigantezcos, basteos saber que una de sus manos abiertas, suponiendo que las tengan, sería para nosotros una plaza donde podríamos pasear á nuestras anchas y para esos séres vendríamos á ser lo que son para nosotros las diminutas hormigas; y, si pudiera llegar el caso de que hiciéramos uso contra ellos, de nuestros cañones modernos, que nos parecen tan mortíferos y terribles, veríamos sus proyectiles rebotar contra sus cuerpos sin hacerles el menor daño, como si se nos tirase á nosotros una bolilla con la mano. Por otra parte, los mundos invisibles son aun mas numerosos que los que pueden distinguir nuestros ojos y nuestros anteojos. En los espacios intermediarios de esos soles y de esos planetas se encuentran millones de asteroides que los recorren en todo sentido, como las moscas de nuestra atmósfera describiendo sus órbitas y gravitando como los de mayor magnitud. Esos mundos en miniatura tienen sus dias, sus noches y sus estaciones como los demás y, aunque algunos de ellos sean del

tamaño de una bola de billar, reciben el calórico de los soles, y por lo tanto la vida y, para distinguir sus habitantes, tendríamos que hacer uso del microscópio, sin éxito algunas veces, por su pequeñez estremada. Ya veis que todo esto constituye un estudio interesante y absorbente y no dudeis de que, una vez que vuestra inteligencia se hubiera posesionado, por medio de la observacion astronómica, de la inmensidad del universo y de la pluralidad de los mundos, hácia los cuales os trasportaría vuestra imaginacion, á pesar vuestro, esta tierra diminuta, que es nuestra pátria, os parecería un lugar de destierro, una mansion indigna de vos, una especie de presidio del cual no podríais evadiros.... Ah! sí, D. Cándido; podríais despediros para siempre del interesante juego del dominó al que dedicais tantas veladas.... Adios! tambien, á los juegos de prendas, fuegos artificiales y tertulias de confianza!.... Adios! bailes públicos, disfraces y paseos al campo!.... Ya, nada de esto bastaría para haceros dejar el telescopio y el compas... Todo, fuera de vuestros astros y de

vuestras nebulosas os parecería trivial é insulso, y os mantendríais vagando constantemente entre el sol y la luna, entre Sirio y Orion, inspeccionando los signos del Zodiaco, buscando cometas, y asediado de arrobamientos periódicos, sin dignaros bajar la vista hácia esta pobre tierra, que, para vos, ya no sería mas que un insignificante grano de polvo. Estaríais espuesto á perder la vista á fuerza de mirar los eclipses, el paso de Venus y las manchas del sol, y tratando de descubrir otros mundos, con vuestros anteojos, á riezgo de perderlos todos...

—Pues, basta, D. Nicomedes—interrumpió entonces con decision el rentista que se veía ya privado de todos aquellos goces que él tanto apreciaba; pues temía que si lo dejaba continuar, se realizára la prediccion del sábio y no quería, ni por asomo, trocar sus diversiones por el estudio de las maravillas celestes—Basta....ya estoy convencido, y tan convencido que mas no puedo serlo; porque yo no he de sacrificar nunca mis placeres á ciencia ninguna. En este mundo me encuentro bien

y, como decís, no quiero ir á buscar á otros á riezgo de perderlos todos. . . Además confieso que, si me dieran á elegir, al aspceto siempre igual que ofrecen la luna y las estrellas, preferiría en mucho una fantasmagoría teatral con fuegos de luz y brillantes decoraciones; ó bien un drama interesante en que aparecen reyes, guerreros y doncellas perseguidas. Allí si que se divierte uno; porque, al fin y al cabo, todas esas cosas se ven de una manera que parecen ciertas. . . Cuantas emociones siente uno! Cuantas veces me espeluzno cuando ocurre algun asesinato, un combate ó una gran desgracia!. . . . Cuantas veces me conmuevo al ver á una madre que reconoce á su hijo, ó á dos amantes desgraciados que concluyen por casarse despues de las trabas que le ponen los malvados!. . . Fuera de eso, algo se puede aprender tambien allí, D. Nicomedes. . . . Por ejemplo, cuando hay escenas de amor, sea dicho entre nosotros, yo no pierdo una sola palabra de las que se dicen, y me he fijado, así mismo, en que les agradan mucho á las mujeres los hombres que les hablan de cierta

manera y que saben hacerles la corte con cierto modito, y esto me puede ser útil... Por lo tanto, separemos tambien á la astronomía; no quiero nada con ella, ni mas anteojos que los que me sirven para mirar á las actrices y á las bailarinas!....¡qué me importa de las estrellas ni de la luna, habiendo faroles!...

Don Nicomedes reprimió una sonrisa. Estaba satisfecho del efecto de sus palabras. Contemplaba á D. Cándido y gozaba en estremo, esforzándose siempre para que sus impresiones jocosas y sus tentaciones de hilaridad, no se revelasen por manifestaciones esteriores y se encontraba cada vez mas dispuesto para continuar la especie de combate, que había empeñado contra las ilusiones de su amigo.

—Es lo mejor que podemos hacer le dijo—Separemos tambien á la astronomía y sigamos buscando.

—Ah! dijo el rentista despues de una pausa y golpeándose la frente ahora recuerdo que ayer he oído hablar de filosofia por unos señores á quienes todos pres-

taban atencion. Trataban de averiguar no sé que cosa; y recuerdo tambien que, despues de mucho hablar unos y otros con mucha animacion, concluyeron por disgustarse.... ¿Qué os parece de la filosofía D. Nicomedes?....

IV

LA FILOSOFIA

La filosofía dijisteis!?—esclamó el sábio irguiéndose cual si ese solo nombre de filosofía hubiera despertado en él instintos bélicos—Pues, era lo que nos faltaba y en mala hora se os ha ido á ocurrir semejante cosa. En verdad que, si estuviésemos en el caso de elejir entrambas ciencias, deberíamos optar por la astronomía que acabamos de desechar: por ahí podreis figuraros lo que podrá ser la tal filosofía. Ah! D. Cándido! desgraciado de vos si os convirtierais en filósofo y desechad cuanto antes esa idea; no intenteis descorrer el velo que os esconde la miserabilidad humana y su nebuloso destino. Si creeis ser algo en el mundo, se-

guid creyéndolo; no os aniquileis á vuestros propios ojos y por vuestra propia voluntad. ¿Para qué quereis pensar? Para qué quereis filosofar?.... Es acaso para estar posesionado incesantemente del porvenir que os aguarda y sentiros deslizar insensiblemente hácia la fosa?.... No hagais tal; esa despreocupacion, esa ignorancia de ciertas cosas, esa especie de inconsciencia relativa en que vivís, es la felicidad, D. Cándido, no la echeis por la ventana en un momento de imprevision por que ya no podríais volverla á encontrar; conservad intacta la paz de vuestra alma y no envidieis la suerte de los que la han perdido; y, para convenceros de que no exagero nada, voy á tratar de haceros entrever el estado moral á que os conduciría infaliblemente el estudio de la filosofía.... Despues me direis si persistís en quererla estudiar. Voy á haceros algunas preguntas.... ¿Decidme, D. Cándido, teneis por seguro de que existe un Dios en los cielos, que recompensará nuestras virtudes y buenas acciones dándonos cabida en el paraiso, juntitos á los ángeles y querubines despues de nuestra

muerte, y que, por el contrario, castigará nuestros crímenes y delitos relegándonos al infierno, donde se encuentran los diablos y toda la caterva de maléficos génios que nos torturarán hasta la consumacion de los siglos?....

—Pues no he de creer—dijo D. Cándido—Vaya una pregunta!.... Bien es verdad, lo confieso, que algunas veces descuido un poco mis deberes religiosos, porque, no todos los dias se encuentra uno de humor para ir á la iglesia; pero, soy buen cristiano, D. Nicomedes, y nunca me permitiría dudar de....

—Perfectamente—continuó el sábio—Prosigo....¿Abrigais tambien la conviccion de que existe el bien y el mal, el dia y la noche, lo alto y lo bajo, el uno y el dos y todas esas cosas, en fin, que sirven de base y principio á las concepciones de nuestra inteligencia y de punto de arranque á nuestros raciocionios; como así que lo que vemos, tocamos y sentimos cada dia; lo vemos, lo sentimos y lo tocamos verdaderamente, no es cierto?....

—Pero ¿os figurais acaso que he perdido

el juicio, D Nicomedes para no creer todo eso?. . . . Donde iríamos á parar!?. . . .

—Nada de eso, mi apreciable amigo, y, por creeros en el pleno goce de vuestra razon, es que os hago esas preguntas. Escuchadme con atencion. ¿Os pregunto pues, finalmente si estais en la completa seguridad de que existís en el mundo; de que Buenos Aires y Montevideo son dos ciudades distantes entre sí; de que cuando se camina se anda; de que yo soy yo y que no he sido ni seré otro; de que vuestras ideas no son un golpe de viento; de que, por arte y milagro de la metempsícosis ó de la seleccion natural, nunca habeis sido mono ni gallina, ni perro ni gato; de que vuestros abuelos no han sido hongos ni peces, y de que no sois pariente de las ranas: no es verdad que estais convencido de esto tambien?. . . .

—Pero, por Dios Santo!—esclamó el rentista algo alterado y que sentía su espíritu flaquear bajo el peso de un cúmulo de ideas que nunca habian cruzado por su mente—Y quién lo duda!?. . . .

—Quién lo duda, habeis dicho? Quién

lo duda?—prosiguió el sábio con calor; en tratándose de filosofía estaba, como suele decirse, en su caballo de batalla—Pero, los filósofos lo dudan, D. Cándido: dudan de todo eso y de mucho mas, puesto que dudan de todo y si, desgraciadamente, estudiaseis la filosofía dudarias vos tambien y no sabríais ya á qué ateneros respecto de nada. Pasaríais vuestra existencia sumido en los tenebrosos abismos de la idealogía pura, de la ética y de la metafísica; cuestionando sobre todas las razones y razonando sobre todas las cuestiones, *á priori* y *á posteriori*, con una acumulacion de axiomas, sofismas, proposioiones y silogismos de los cuales os sería imposible desenredaros por mas que procedierais sintética ó analíticamente, por mas que trataseis de deslindar la relatividad del absolutismo y el absolutismo de la relatividad, la hipótesis de la hipérbole, lo corpóreo de lo incorpóreo, lo objetivo de lo subjetivo y hundido, en fin, hasta los cabellos en lo ininteligible. Y todo esto para qué?.... Para obtener como resultado un *cero* grande como el universo, un cero infinito; porque,

el análisis de las cosas llevado al estremo, conduce á la nada y cuando se cava demasiado el cerebro las ideas se escapan.... Y, al fin, ¿qué son los filósofos?.... Son una especie de séres estraños á los demas, hombres que quieren ver lo que no ven y tocar lo que no tocan; rastreadores de misterios; tortugas en un laberinto sin salida!.... Aunque algunos de ellos suelen estar acordes para seguir una direccion igual, cada cual quiere tomar un sendero diferente y llega á enfurecerse cuando los otros no le siguen; los desprecia y considera insensatos y prosigue solitario por la vía que ha elejido hasta dar con su cabeza contra el obstáculo insuperable que se atraviesa en el camino: quiere alcanzar el infinito y queda agobiado en los estrechos límites de su yo. De ahí resulta que han armado una confusion de sistemas y de ideas que hace de todo punto imposible el saber quién está mas puesto en razon ni á qué atenerse. ¿Qué significa todo esto de materialismo, espiritualismo, panteismo, ateismo, deismo, dualismo, animismo, vitalismo y otros muchos ismos? ¿Sobre

qué bases sólidas puede descansar cualquiera de esos sistemas si hasta ahora no se ha conseguido demostrar la supremacía de ninguno de ellos de manera que no deje lugar á duda?. . . . Sin embargo, cada uno de ellos ha contado y cuenta numerosos partidarios que se complacen en evidenciarlos bajo formas variadas y que, so pretesto de aclararlos, los hacen mas confusos y complicados, aumentando los detalles. En la actualidad, parece que los sistemas filosóficos han sido reducidos á tres y, aunque se rechacen mutuamente, esto no es un obstáculo para que cada uno de ellos descanse en lo que se llama sus principios. Los mas dignos de atencion entre los filósofos son, sin contradicho, los sistemáticos, es decir, los que adoptan un sistema, lo preconizan y propagan sin cesar tratando de ganar prosélitos y de desacreditar á los demás, sin tener presente que son tan débiles como sus antagonistas. Siquiera esos sistemáticos no se aferrasen á sus ideas pretendiendo darles el carácter de verdades inconcusas, se ganaría mucho. Porque sí, en lugar de imponerse como

oráculos dotados de la infabilidad, ofrecieran su sistema como una simple opinion personal y tuvieran un poco mas presentes las objeciones de que son susceptibles, conocerían mas pronto sus errores; y. el tiempo que emplean inútilmente intentando convencer al género humano, valiéndose de todos los recursos de la elocuencia y tratando de infundir la persuacion por medio de una série de frases á menudo desprovistas de conexion entre sí, lo emplearían en buscar nuevos fundamentos, ensanchando la órbita de sus investigaciones por medio de una refleccion mas comprensiva, y se obtendría, como consecuencia, mayor utilidad en el sentido del progreso intelectual de la humanidad. Pero ¿qué resultado práctico han dado, qué puntos han esclarecido, qué problemas han resuelto, qué dudas han disipado, vuelvo á preguntar otra vez, todos esos millares de obras de filosofía que han venido atascando nuestras bibliotecas desde que se ha encontrado la posibilidad de dar una forma gráfica á las ideas por medio de la escritura? ....Ninguna. A la par que el número

de esas obras, ha aumentado la confusion; á la par que se han ido formando escuelas y sistemas, se han complicado los problemas y, aquí para entre nos, D. Cándido, no iban tan descaminados los reverendos padres de otros tiempos que mandaban quemar en la hoguera, á los filósofos, juntamente con sus libros; por que, lo que no sirve estorba; y, si ellos, por su parte, no hubieran tenido así mismo una filosofía que hacer predominar, tan mala como las otras, podría disculpárseles su crueldad. Estando; pues, demostrado, que todos esos sistemas carecen de fundamento y que no han servido mas que para trastornar las ideas de los hombres, ya bastante trastornadas de por sí, debería hacerse lo posible por aniquilar todas esas nociones falsas y esos pseudo principios; pues, hemos llegado á un punto tal, que ya no se sabe cuales son los cuerdos. ¿Quereis un ejemplo de raciocinio filosófico?... Propongámonos resolver filosóficamente una cuestion cualquiera y deduscamos; *verbi gracia*: ¿A qué ó á quién se debe la creacion del mundo? ..Hé aquí una cuestion comen-

tada y discutida desde que hubo filósofos en este planeta; pero que, no por ello, ha sido aclarada en lo mas mínimo. Tratemos pues nosotros de resolverla; prestad atencion y cuidad de no perder el hilo de las frases: Hecha, pues, la pregunta, contestemos á ella: La creacion del mundo debe depender indefectiblemente de una potencia consciente ó inconsciente con un fin determinado ó sin él, ó de la casualidad que se convierte en necesidad por la razon muy sencilla de que sucede lo que tiene que suceder necesariamente y la casualidad nada puede querer ni dejar de querer; luego, queda eliminada la casualidad y quedan las potencias consciente é inconsciente con un fin determinado ó sin él y la necesidad: examinemos esas causalidades. ¿Qué es la necesidad?...La necesidad no puede ser otra cosa mas que el conjunto de circunstancias y de cosas que den lugar á un hecho, sin que puedan darlo á otro. Esas circunstancias y esas cosas deben preceder al hecho indispensablemente para que éste pueda acaecer, toda vez que él depende de la reunion de

aquellas cosas y circunstancias. Luego, si preceden al hecho separadamente, resulta que, para que se reunan y lo produzcan, es necesario otra necesidad ó fuerza que forzosamente debe ser una de las dos potencias consciente ó inconsciente con un fin determinado ó sin él, cuyas dos potencias son las que nos quedan de las causalidades que hemos enumerado. Si tomamos la potencia inconsciente y sin fin determinado, que, como inconsciente, tiene que carecer de él, resulta que es idéntica á la necesidad y sujeta á las mismas eventualidades, y conversion; por lo que vendremos á caer en las mismas deducciones precedentes que nos conducirían otra vez á la misma potencia inconsciente, y sin fin determinado que nos ocupa, haciéndonos girar en un círculo vicioso y sin conclusion como todo círculo. Nos queda pues, la potencia consciente y con fin determinado. Esta potencia como causa primera y única, debe haber existido siempre, infaliblemente; porque, si hubiera sido creada, perteneceria á la creacion cuyo orígen estamos indagando, é infaliblemente tambien,

tiene que ser ó casual ó necesaria, es decir, inevitable ella misma, por la propia razon de su existencia. Casual no puede ser, puesto que la casualidad necesita algo anterior para que tenga lugar. Es, pues, necesaria, porque esta cualidad es la única que podemos aplicarle por la razon de ser la única que nos queda; y, esa necesidad que implica, nos vuelve á llevar otra vez, sin remedio, al conjunto de circunstancias y de cosas de que ya hemos hablado, indispensables para constituir una necesidad y las cuales nos reconducen á su vez, como lo hemos visto al tratar de la necesidad, á la potencia inconsciente y sin fin determinado de la cual se pasa á la otra potencia que, á su vez, nos vuelve nuevamente á la necesidad y así sucesivamente al infinito. . . . Por lo tanto, y, por mas, que háyamos raciocinado con lógica, no hemos adelantado un paso. . . . ¿Habeis sacado algo en limpio vos D. Cándido? . . .

Hombre. . . no sé que deciros, D. Nicomedes—contestó el rentista pasándose la mano por la frente—siento una especie de mareo y no tengo las ideas muy claras.

—Oh! es por falta de costumbre, D. Cándido. El espíritu tiene que acostumbrarse á sondear los abismos de lo inconocible. El que toma un vaso de vino por primera vez, se embriaga; pero, si sigue tomando, poco á poco el efecto disminuye hasta que se habitúa por completo. Una cosa análoga le pasa á todo néofito. El pensamiento puede ejercitarse y adquirir aptitudes para hundirse en el caos de las profundas ideas filosóficas, sin peligro de que la inteligencia se estravíe, lo mismo que el cuerpo puede adquirirlas para llevar á cabo esfuerzos físicos y actos de destreza sin inconveniente, gracias á ejercicios progresivos; y, una vez aquel en esas condiciones, puede jugar con las ideas mas intrincadas sin que se turbe ni confunda, lo mismo que lo hace el juglar con los cuchillos encendidos sin herirse ni quemarse. Pero, no perdamos de vista nuestra cuestion. Volvamos á discernir, si os parece, sobre la necesidad y las potencias consciente é inconsciente, con fin determinado ó sin él, tal vez nos sea posible arribar á alguna solucion. Si no lo hemos conseguido

antes será probablemente porque hemos omitido alguna particularidad esencial ó no hemos tenido presente alguna circuntancia imprescindible y nos hemos enredado por esta causa y....

—No, D. Nicomedes, deteneos!.... No prosigais que me vais á trastornar—interrumpió el rentista, cuyo semblante reflejaba claramente el principio de desequilibrio, que habian introducido en sus ideas los silogismos de su consejero.

—Hombre; de poco os trastornariais, D. Cándido.... ¿qué sería si os iniciase en otras cosas mas complicadas?.... No os lo decía yo que la filosofía era un verdadero caos, un laberinto del cual no se puede salir una vez entrado?.... Filósofos hubo, D. Cándido, que negaron su propia existencia y que recorrieron el mundo tratando de probarlo á los demas; siendo así que, al intentarlo, constituian ellos mismos un argumento bastante poderoso en oposicion á sus teorías. Otros no se atrevian á afirmar nada, ni aunque no afirmaban nada. Otros reputaban supérfluas é innecesarias todas las comodidades que consideramos indis-

pensables y arrojaban al mar su patrimonio; y otros, bajo el pretesto de ser naturales, efectuaban en público con la mayor desvergüenza los actos que mas disimulamos. En fin, D. Cándido, sería cosa interminable el relatar todas las originalidades dignas de mencion de los filósofos que han visto la luz en este bendito mundo; y, si mal no recuerdo, hubo uno de ellos que tanto investigaba y tan lejos llevaba la duda, que solía padecer hambre por entrar á averiguar si la sentía verdaderamente. Me parece, pues, que, sin mas averiguaciones por nuestra parte, debemos doblar la hoja sobre esta ciencia.

—Doblemos la hoja sobre esta ciencia, D. Nicomedes, doblemos la hoja ¡voto á Sanes!—dijo el rentista con resolucion; pues, el parecia monstruosa una ciencia que inducía á los hombres á tirar su patrimonio y á padecer hambre teniendo que comer—Y, líbreme Dios de caer en semejantes tentaciones y enredos. ¿Deben ser locos esos filósofos de que me hablais, D. Nicomedes; porque, de otra manera, no me esplico . . . .?

—Ah! nó, D. Cándido, no nos estralimi-

temos hasta ese punto interrumpió entonces el sábio con calor y como si se hubiese ofendido personalmente por las palabras de D. Cándido.

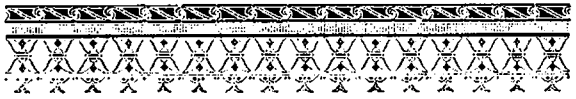
Aunque á su manera y con sus ideas, D. Nicomedes se consideraba como filósofo y tenía orgullo en serlo. Que él se permitiese criticar á los filósofos era cosa admisible; pero, que otro lo hiciese de una manera denigrante, sobre todo cuando ese otro era un ignorante como D. Cándido, no lo podía permitir.

—No, D. Cándido, prosiguió, pues, el sábio con tono de reprension - los filósofos no son locos, sino, por el contrario, el polo opuesto de ellos: distingamos. El hombre que filosofa es la antítesis del hombre que disparata. El primero representa la plenitud de la inteligencia humana en toda su actividad, y el segundo, lanegacion de todo raciocinio; y, si algunas veces se cree ver alguna semejanza entre ellos, por ciertas ideas que emiten, ya giren en la órbita de lo real y palpable ya pertenezcan al dominio de la pura imaginacion y de la fantasía, es porque lo inconexo de las unas y lo

profundo de las otras, produce á menudo el mismo efecto á los ojos del vulgo y los estremos se tocan: y el que no es filósofo, tiene cierta tendencia á calificar de la misma manera lo que es incapaz de comprender.... Si, D. Cándido, á pesar de que corran muchas veces en pos de utopías y verdades imaginarias, los filósofos tienen sus goces; sus pensamientos son un tesoro para ellos y para los demas, porque purifican y elevan á los hombres. Además el conjunto de las grandes ideas es el faro de salvacion que sirve de norte á la frágil nave de las sociedades humanas y que, á menudo, le hace evitar su caida en los tan numerosos pricipicios del mal que bordan el camino de las generaciones!.... Respetemos á los filósofos, D. Cándido!....

—Pues, cómo quiera que sea continuó el rentista—esta ciencia no me conviene; lo cual no me pesa, lo confieso; pues que, á despojarme de mis bienes y padecer hambre por entrar á dudar de que la sienta, prefiero no ser filósofo.... ¿Para qué tantas averiguaciones, D. Nicomedes, sobre una necesidad que pide el estómago á gri-

tos?. . . . En cuanto á mí, siempre que he tenido hambre he comido y así pienso hacerlo en adelante si Dios quiere; no solo he de comer, sino que me esmeraré en hacerlo bien. . . . Vaya, vaya, con las ciencias estas: yo me había formado otras ideas. . . . Pero, en fin, sigamos buscando, que buscando se encuentra. . . . Se me ocurre otra cosa: la física, ¿qué os parece de la física D. Nicomedes?. . . . no será aparente esta ciencia?.... De qué trata?. . . .



XIV

La Física.—El secreto del movimiento perpétuo

Don Nicomedes miró durante algunos instantes á D. Cándido, y, luego, tratando de dar á su fisonomía una espresion que quería significar que, por fin, habian encontrado lo que buscaban, esclamó golpeándose la frente:

—*Eureka!* D. Cándido, *Eureka!*.... á fé mia, creo que esta vez la hemos acertado y no se me había ocurrido indicaroslа....Ha sido una distraccion imperdonable de mi parte.... Sí; esto es lo que nos hace falta; porque la física, es la ciencia de las ciencias y, por medio de ella, puede saberse todo, porque todo lo abarca.

Aunque las apariencias nos engañen, en razon de nuestra propia ignorancia y por esa fatal inclinacion al error, que es una de las mas trascendentales debilidades humanas, todo es física en los hechos de la naturaleza y su heterogeneidad en cuanto á su clasificacion de morales y físicos es ilusoria. Todo fenómeno se produce por medio de una fuerza, de un movimiento; y, si no hay fuerza, si no hay movimiento, no hay nada, no sucede nada.... Por mas que como ya he dicho, se haya dividido, inconciente y arbitrariamente, en físicas y morales las cosas que percibimos y dicernimos, todo lo que nos afecta, en fin, de una manera ó de otra, donde no hay movimiento, no hay fenómeno, no hay sensacion, no hay pensamiento, no hay conciencia, no hay vida; es la muerte absoluta.... La química, por ejemplo, es la física molecular; es la mecánica de los átomos. El hecho de que, por un capricho tan perseverante como perjudicial, se repute fuera de ese órden á los fenómenos intelectuales y á todo aquello que se pretende que de él se aparta, proviene de meras abstracciones

del espíritu, sin fundamento científico y positivo, de meras observaciones engendradas por la imaginacion y que falsean el entendimiento y la percepcion, impiden la conciencia clara de las cosas y solo sirve para retardar el progreso de la humanidad, haciéndole malgastar sus esfuerzos; pues, el que se intente imponer como verdaderas, cosas que no lo son, ni se comprenden, ni pueden esplicarse, es como querer llenar el tonel de las Danaides . . . . . .
Os aseguro; pues, D. Cándido, que me llena de contento vuestra eleccion; porque, de esa manera, no solo tendreís en mi un profesor, sino tambien un émulo, un colaborador, un auxiliar en fin, que compartirá vuestros estudios y ambos esperimentaremos; por que soy tambien físico; y, si no me he dedicado especialmente á esa ciencia, es porque me han faltado los elementos necesarios. Pero, ya que la suerte me los depara, por una feliz coincidencia, me entregaré á ella en cuerpo y alma en vuestra compañía . . . ¡Qué brillante perpectiva se nos presenta D. Cándido! . . . En el fondo de nuestro laboratorio, manejaremos

las fuerzas de la naturaleza á nuestro antojo y, quien puede prever los descubrimientos que llevaremos á cabo?....Hasta el movimiento contínuo conseguiremos tal vez descubrir; pues, á este respecto, ya he ideado un esperimento que nos proporcionará la solucion de ese problema reputado insoluble...¿Quereis que os revele mi secreto sobre este punto?...Os lo diré; pero guardad reserva, no sea que otro se aproveche de él: escuchad...Para realizar el movimiento contínuo, basta tener una máquina neumática para poder obtener el vacío en el interior de la campana de vidrio donde se verificará el esperimento. En ese interior habremos colocado de antemano, un pequeño trompo hueco de hierro, al que habremos imprimido un movimiento de rotacion veloz, capaz de durar hasta despues que hayamos verificado la estraccion del aire de la campana. Hecho esto, el trompo girará en el vacío sin encontrar mas resistencia que se oponga á su rotacion que la del roce que habrá entre su estremidad inferior ó púa, y el plano sobre que descanse y le sirva de punto de apoyo. Ahora bien, para

evitar ese roce indispensable en esas condiciones, originado por la fuerza de gravedad, que será la única causa que impida que el trompo gire indefinidamente, sustraeremos al trompo á ese roce independizándolo de todo contacto que tienda á disminuir ó gastar la fuerza que le hace girar; lo cual conseguiremos haciéndole subir por medío de la atraccion magnética de un haz de imanes permanentes suficientemente enérgico, colocándolo á la distancia conveniente para que la neutralizacion de las fuerzas atrayentes de ese haz y de la gravedad terrestre, tenga lugar en el centro del espacio de la campana. Es decir, haremos coincidir el punto neutro de ambas atracciones en un lugar en que el trompo no toque ni roce con ningun cuerpo, y una vez realizadas esas condiciones indispensables, una vez que el trompo se vea libre de todo roce, girará continuamente en razon de su propia inercia; porque, así como los cuerpos no pueden entrar en movimiento, sin una fuerza inicial, no pueden tampoco volver al estado de reposo, sin que otra fuerza, sea choque, roce ó trabajo cualquie-

ra, gaste y aniquile la que tienen almacenada: y habremos resuelto el problema que ha hecho cavilar infructuosamente á tantos hombres: y tendremos en nuestro laboratorio un fac-símile de la gravitacion universal.... Ese pequeño trompo será la imágen de los cuerpos celestes en rotacion infinita; porque es seguro que, además de ese movimiento de rotacion sobre sí mismo, el trompo, sometido á la influencia de esas atracciones que se neutralizan, adquirirá otro movimiento de traslacion y describirá una pequeña órbita en el interior de la campana.... En fin, esta y otras muchas cosas podremos hacer, D. Cándido, y, entonces, cuando paseis por la calle, ó entreis en un salon, todos os saludarán con respeto y dirán: Hé ahí el físico: hé ahí á uno de los hombres de los cuales la humanidad se enorgullece y que pertenece á la gloriosa falange destinada á resolver todos los problemas!.... Es, pues, cosa resuelta, D. Cándido, estudiareis la física y debemos ocuparnos, desde ahora, de la adquisicion de los aparatos que nos sean indispensables y demás accesorios. Eso será lo de

menos; pues es mera cuestion de dinero. Compraremos máquinas de Atwood, para estudiar la fuerza de gravedad y la velocidad de la caída de los cuerpos; acrómetros, para la densidad de los líquidos; barómetros, para la presion atmosférica; máquinas neumáticas, para esperimentar en el vacío, demostrar que el aire es necesario á la combustion; que es uno de los medios indispensables para la propagacion del sonido, etc.; termómetros, para estudiar la temperatura; pilas termo eléctricas, para los fenómenos de trasformacion del calórico y modelos de motores á vapor, para darnos cuenta de su equivalente mecánico; fonógrafos, para la conservacion gráfica de la voz humana y su reproduccion; prismas, lentes y espejos multiformes, para estudiar los fenómenos de reflexion, refraccion y difusion de la luz, su descomposicion y recomposicion, su poder químico y el espectro solar; cámaras oscuras, cámaras claras, microscópios simples, compuestos y solares, anteojos telescópios, aparatos fotográficos, etc., etc. Y sobre todo, estudiaremos la electricidad, ese agente estraordi-

nario que parece destinado á abarcarlo todo pues, lo mismo que trasmite la palabra y la escritura á cientos y miles de leguas con la instantaneidad del rayo, puede suministrar indiferentemente, calórico, luz, ó fuerza motriz, segun la voluntad del hombre. . . . Ah! no, D. Cándido, no descuidaremos el estudio de la electricidad; y para el efecto, adquiriremos tambien los aparatos que nos sean necesarios: máquinas de Holtz y otras, electróforos, botellas de Leyden, condensadores, para estudiar la electricidad estática; bobinas de Rhumkorf, para la de induccion; tubos de Geissler para observar las descargas de la chispa eléctrica en los gaces rarificados y las maravillosas estratificaciones de la luz; pilas de todas clases para estudiar la electricidad dinámica, la galvanoplastía, los diferentes sistemas de telégrafos, micrófonos, fotófonos, teléfonos; máquinas magneto y dinamo eléctricas para la produccion de la luz, la trasmision á distancia de la fuerza motriz y otros muchos esperimentos; lámparas eléctricas de incandescencia, de arco voltáico, mixtas; acumuladores, motores eléctricos, voltáme-

tros, galvanómetros, barras imantadas, bobinas....

—Pero ¿Decidme, D. Nicomedes, interrumpió entónces D. Cándido que comenzaba á inquietarse por esa larga enumeracion de aparatos y que sabía perfectamente que, aunque el sábio hubiera hablado en plural al hablar de compras, toda adquisicion que se llevase á cabo, sería costeada única y esclusivamente por su bolsillo de rentista —Cuánto costaran, mas ó menos todos esos aparatos?....

—Oh! en cuanto á eso, perded cuidado— replicó D. Nicomedes maliciosamente, al abrigo de sus antiparras—que nos costaran todo lo menos que nos puedan costar; pues, comprándolos así, en cantidad, obtendremos rebajas considerables; sobre todo si los pagamos al contado. Hay uno de mis amigos cuyo comercio consiste en la introduccion y venta de aparatos de física, y seguro estoy de que nos los venderá por poco mas que al costo; así es que calculo que con unos cincuenta mil duros podremos.....

—Cincuenta mil duros!!—esclamó D. Cándido, dando un brinco en su silla—

Cincuenta mil duros!.... Pero, ¿os chanceais, D. Nicomedes?....

—Oh!—repuso éste; con la mayor naturalidad—sé perfectamente que, con esa suma, no podremos hacer esperimentos en gran escala, ni llevar á cabo estudios de cierta naturaleza.... No iremos, por ejemplo, á estudiar la presion y la temperatura del fondo del mar, ni de las altas regiones atmoféricas; porque, los globos y los buques son muy caros y necesitaríamos millones, fuera de que sería un tanto arriesgado para nosotros: pero, manteniéndonos en límites prudentes y, sin salir de nuestro laboratorio, creo que nuestros primeros gastos de instalacion no podrán esceder en mucho á la cantidad que os he señalado.... Despues, poquito á poco, iremos adquiriendo los que nos vayan haciendo mas falta, á medida que avancemos en nuestros estudios y á medida que se inventen y perfeccionen. Es necesario contentarse de lo estrictamente necesario para principiar, D. Cándido....

Este, miraba al sábio asombrado y no podia creer lo que oía. Era para él incom-

prensible, inaudito el que pudiera haber quien tuviera la idea siquiera de gastar cincuenta mil duros en aparatos de estudio, y dudaba, por momentos, de que aquel hablase sériamente; pero, viendo que no se departía de su actitud, que no era la de un hombre que se chancea, le dijo:

—Es que os equivocais, D. Nicomedes.... No es que me parecen poco los cincuenta mil duros, sino muchísimo; y, tan mucho me parecen, que no pienso gastarlos.... Ah! no!... ¿Cómo?.... gastar cincuenta mil duros en aparatos?.... La mayor parte de mi fortuna?.... Eso jamas lo haré, D. Nicomedes, no lo penseis.... Que se arruine el que quiera de ese modo; pero no he de ser yo, os lo aseguro.

D. Nicomedes, al oir esto y aunque lo preveía, permaneció un instante observando á D. Cándido, aparentando desengaño y como si le hubiera sorprendido en estremo el que este se negase á gastar los cincuenta mil duros que eran necesarios para el laboratorio.

—En fin—dijo despues—será como

querais, D. Cándido: y, en verdad, que debía haberlo previsto y no debo estrañarme de vuestra manera de ver y de vuestra resolucion á este respecto; pues, no hace mas que poner de relieve una vez mas la influencia funesta de las ideas egoístas de las actuales generaciones, y no os lo puedo echar en cara, porque no sois responsable de ello.... Y, digo esto—continuó aprovechando la ocasion para, de paso, denigrar la sociedad, cosa que nunca dejaba de hacer—porque, hablando en tésis general, hay dos categorías de séres humanos en esta tierra de bendicion, D. Cándido: la una, la constituyen los que hacen, inventan y producen; la otra, los que deshacen, gastan y consumen, es decir, los que se sacrifican y los que aprovechan.... Vos perteneceis á esta clase privilegiada, D. Cándido, y no quereis cambiar de condicion. Teneis dinero y quereis conservarlo y emplearlo solamente en las cosas que considerais de provecho propio, no queriendo sacrificarlo en áras del bien general. Sea enhorabuena.... Acostumbrado estoy ya á ver eso, en los años que llevo de ob-

servacion, y no persistiré en induciros á que sacrifiqueis vuestra fortuna; pues, no quisiera que creyeseis que deseo vuestra ruina. Tomemos las cosas como son, ya que no podemos cambiarlas; dejemos á la humanidad que se las arregle como pueda y busquemos otra cosa cuyo estudio no exija un capital de cincuenta mil duros.... Cómo ha de ser!.....

—Será mejor, D. Nicomedes, busquemos otra cosa—dijo el rentista con esfuerzo, cuyos afanes estudiosos se estaban entibiando mucho, sobre todo, al ver que el estudio que era precisamente el mas oportuno, iba á causar su ruina, y á quien no recreaban sobre manera tampoco las apreciaciones alusivas y un poco francas del sábio; pues llegaban á producirle cierta desazon y animosidad — Se me ocurre otra cosa, D. Nicomedes: la medicina.... Yo creo que bastaría que se supiese que estudio la medicina para que, desde luego, todo el mundo me tenga como hombre de capacidad. Esto lo digo, porque conozco á algunos que la han estudiado y son considerados y desempeñan un buen papel....

¿Qué os parece de la medicina, D. Nicomedes?.... Creo que nos vá á sacar de apuros; y, suerte es, porque, ya me venian tentaciones de echarlo todo á rodar y....

XV

LA MEDICINA Y SUS PELIGROS

No os precipiteis, D Cándido, no os precipiteis—observó entónces D. Nicomedes que acomodaba sus palabras á las exigencias del momento y que ya iba logrando su objeto al quitar á D. Cándido un poco de sus aspiraciones á la celebridad—Marchemos con tiento, y veamos si la medicina es á propósito.... Hum!.... Ya sabeis mi apreciable amigo, que, todo lo que yo os diga y aconseje, será para vuestro bien y estas son cosas que hay que meditar con calma, pues que han de influir directamente en vuestro porvenir y paréceme que estais tanto y mas interesado que yo en no comprometer con una lijereza

vuestra tranquilidad futura. Mas vale precaver que tener que reparar, D. Cándido; esta es la norma que debe seguirse en toda circunstancia.... Hum!.... La medicina.... Estoy investigando bajo que punto de vista podría sernos favorable y, á la verdad, cuanto mas busco, menos encuentro, es necesario confesarlo. Francamente, parece un apropósito, pero, el hecho es que caemos de mal en peor.... Y, vaya si caemos de mal en peor. En primer lugar la medicina es una de las ciencias cuyo estudio es de los mas árduos y que mayores dificultades ofrece, tanto en la parte práctica, propiamente dicho, como en la parte moral y llena de repugnancias y peligros Además, el hecho de no estudiarla mas que superficialmente, como teneis intenciones de hacerlo, vendría á empeorar la situacion en lugar de favorecerla, pues, es indudable que el resultado de esos estudios á medias, sería que sufriríais los inconvenientes que les son anejos sin alcanzar á aprovecharos de sus ventajas. Seguro estoy de que, cuando os hubíerais interiorizado en las complicaciones de la

estructura humana y que la anatomía os hubiera hecho palpar la averiabilidad del sistema orgánico de vuestros congéneres así como del vuestro propio y la fragilidad estrema de las innumerables fibras, venas y nervios, indispensables á la vida, que se encuentran en vuestro cuerpo, lo mismo que en el de los demas; seguro estoy, repito, de que ya no habríais de dar un paso sin temer que algo interior se os descompusiera de un momento para otro, acarreando vuestra destruccion; de que ya no os atreveríais á hacer el menor esfuerzo que pudiera comprometer vuestra seguridad, originando alguna avería irreparable y con el cuidado constante de que, á cada sístole y á cada díastole de vuestro corazon, no llegue á romperseos alguna arteria, ó que se os obstruya alguna vena, ú os sobrevenga algun otro accidente por el estilo. Tendríais la cabeza repleta de casos mortales de todo género, tomaríais remedios antes de tiempo, echando á perder vuestro estómago á fuerza de drogas, creeríais reconocer á la menor indisposicion los síntomas de una ó de varias enferme-

dades graves ó incurables y vuestra principal ocupacion sería tomaros el pulso continuamente tratando de prevenir peligros imaginarios que, á fuerza de serlo, se tornarían en reales Esto, en cuanto al estudio superficial; y, como en estas cosas, se sabe de donde se parte pero no se sabe hasta donde se llegará ¿quién os dice que, una vez lanzado en ese camino, no tomeis apego á la ciencia y sigais estudiando hasta llegar á ser médico hecho y derecho?. . . . ¿Quién os dice, y en este caso sería una verdadera fatalidad en vez de una suerte, que no abrigais una inclinacion decidida, una vocacion marcada por la ciencia médica y que, una vez en posesion de ella, una vez adquiridos vuestros títulos os haga ejercer la profesion por pura aficion y por el gusto de hacer esperimentos, ó por filantropía?. . . Casos análogos han ocurrido y y ocurren á menudo. Ahora bien, ¿quereis saber cual es la vida de un médico? Es digna de envidia á fé mia! Un médico es la víctima de todo el mundo, puesto que tiene que cargar con los males agenos; se vé obligado á ejercer su profesion entre

fiebres y gangrenas, amputando y cauterizando y sin respirar mas que emanaciones pestíferas y epidémicas. Donde hay un mal, donde ha ocurrido un accidente, donde hay peligro de contagio, á cualquier hora del dia y de la noche, venga el médico! Para él no hay fiestas, reposo ni asuetos; es un hombre que no se pertenece; y, ¿cuál es la recompensa?.... Cuando el enfermo llega á curar, dicen que ha sido obra de la naturaleza y que no ha tenido ninguna influencia la ciencia del facultativo; y, aun, suelen agregar que los remedios administrados han retardado la cura Si muere no hay la menor duda de que el médico le ha muerto; que es un matasanos, un asesino patentado. Y ¿os parece muy halagüeño é higiénico, cortar un brazo ó cerruchar una pierna, como lo hace un carpintero con un madero, ó descuartizar un cadáver humano en estado de putrefaccion?.... Además, la medicina tiene secretos terribles, D. Cándido, y el saber ciertas cosas que antes se ignoraban, bastan para cambiar completamente el estado moral de un hombre. Muy ufano y alegre podreis

estar cuando conoscais la infinidad de males que aquejan á la humanidad. Esto solo bastaría para enlutar vuestro corazon é introducir el tédio en vuestro ánimo. ¿Queréis que os dé una ligera idea de lo que somos y á lo que estamos espuestos? . . . . Sabed, pues, que el aire, las aguas y el suelo; se hallan infestados por innumerables animalículos invisibles é impalpables que se llaman comunmente microbios y que si podemos vivir como vivimos unos pocos años, por una espécie de milagro, es porque la naturaleza ha realizado en nosotros un verdadero filtro; y, es debido solamente á esas condiciones de filtro que los órganos vitales interiores de los séres organizados, tanto animales como vegetales, pueden preservarse de la invasion de esos parásitos. Es decir, preservarse de la descomposicion: porque, una vez que han conseguido introducirse en el organismo y, salvo el caso, demasiado raro, de que no encuentren en él medios adecuados á su existencia y reproduccion, pululan y se multiplican con una rapidez estraordinaria, secretan venenos, ó destruyen, absorvién-

dolos, los elementos vitales de los líquidos del organismo y el resultado inevitable que se manifiesta en el sér invadido, es la enfermedad y la muerte. De manera que, como he dicho, solo debemos nuestra conservacion á la circunstancia de que los sólidos, líquidos y gases que nuestro cuerpo necesita y consume para su alimentacion, se hallan filtrados por las mucosas, por la parte interna y por la epidermis por la parte esterna; y así no pueden penetrar en el organismo, que queda preservado por ese medio. Pero, ya echareis de ver que, por bueno que sea un filtro, ya que podemos considerarnos como tales respecto á los maléficos micróbios, no por esto se halla exento de avería, mucho menos, nuestra delicada y frágil organizacion, y comprendereis claramente que la mas pequeña cortadura, el menor desollon, la mas insignificante desorganizacion local de los tejidos, es una puerta abierta á la invacion de los micróbios, nuestros enemigos mortales. Ahora bien ¿sabeis como se llaman esos micróbios?... Se llaman el cólera, la fiebre amarilla, la viruela, el tífus, etc!...

D. Cándido, mientras escuchaba al sábio y sin darse cuenta de lo que hacía, se tapaba maquinalmente la boca con su pañuelo y respiraba todo lo menos que podía como para impedir la entrada en su cuerpo de los micróbios que su imaginacion espantada le hacía vislumbrar por millones en la atmósfera que le rodeaba y que solo esperaban el momento propicio para invadir su organismo; y, D. Nicomedes, que lo observaba, se reía interiormente de esas precauciones, como así de las diversas situaciones de ánimo en que había venido colocando á su amigo.

—Y, lo peor del caso—continuó, al verlo de esa manera y para acabar de convencerlo—es que la mayor parte de las precauciones que se toman contra esos enemigos, tanto mas terribles, cuanto que no se les puede ver ni tocar, son ineficaces; y, todo lo que anda y se mueve, puede servirles de vehículo; las moscas, las hormigas, los perros, los gatos, las gallinas, las flores, lo mismo que lo que se bebe y lo que se come.... ¿Y bien, D. Cándido, os parece risueño el cuadro? ¿Os parece

muy interesante y útil el saber cosas que os quitaran el sueño y la tranquilidad de espíritu por el conocimiento de peligros reales é inevitables de los cuales os acabo de hacer una pequeña reseña? . . . . Ah! Desechad, amigo, mio desechad ese deseo de aprender la medicina que, realizado, os sería fatal y bastarían esos temores y esas preocupaciones de que hemos hablado para haceros contraer una enfermedad, verdadera que pronto y en la flor de vuestra edad, os había de conducir al sepulcro . . . .

XVI

De cómo, una vez en su vida, D. Cándido dejó sin habla á D. Nicomedes

Don Nicomedes no pudo continuar, porque, en este punto, el rentista que estaba enjugando el sudor que bañaba su frente y miraba á aquel, entre espantado é irritado, le interrumpió levantándose bruscamente.

El recargo de trabajo que habia tenido que soportar su cerebro de neófito, ocasionado por el cúmulo de nociones, para él nuevas, que el sábio le había ido inculcando, una tras otra, con motivo de las apreciaciones que hacia sobre las cosas de que iban tratando, habían producido en su entendimiento un hacinamiento confuso que

le había abrumado, colocándole en una tension de espíritu que no podía durar por mas tiempo y fué una de las causas que dieron lugar á un desenlace prematuro que el sábio no habia previsto, y que dió á la separacion de ambos cierto carácter de rompimiento.

En primer lugar, D. Cándido, como todas las personas que, por falta de refleccion y de esperiencia, se forjan súbitas esperanzas, para luego verlas desvanecer con la misma prontitud, tenía marcada tendencia á pasar de un estremo á otro; y, en el presente caso, cuando vió que el terreno práctico de las cosas, era muy diferente del que le habian hecho entrever sus ilusiones, estas se convirtieron en amargo desencanto.

Al hacerse cargo de los sacrificios que era necesario hacer y de las fatales consecuencias inherentes á los estudios que intentaba emprender, se creyó al borde de un precipicio en el que iba á desaparecer todo cuanto tenía atractivos para él; y, aun, en el que podría perder la vida y encontrar el sepulcro, como se lo había hecho entrever el sábio, y su imaginacion se espantó.

Además, sentía cierto despecho, porque había patentizado la defraudacion de las risueñas esperanzas que ha poco abrigara y veía que le sería imposible, ó poco menos, el adquirir conocimientos y aptitudes, que le colocasen á la altura á que deseaba llegar con ahinco y le hicieran descollar y admirar en el mundo que frecuentaba.

La empresa que, pocas horas antes, le había parecido tan sencilla, se presentaba ahora como una montaña á cuya cima no se podía llegar sinó á costa de prolongados y grandes esfuerzos, de los que no se sentía capaz y costeando ese precipicio que D. Nicomedes, cumpliendo el programa que había formulado para restrinjir las aspiraciones de su futuro discípulo, le había hecho ver con lentes de aumento, y se desanimó por completo.

Tan bien había cumplido el sábio su programa; tanto había convencido á D. Cándido de lo exagerado de sus pretensiones, al querer llegar á ser hombre sobresaliente, que, no solo había retringido sus aspiraciones en ese sentido, sinó que las había cortado de raiz, y el rentista conoció que

estaba condenado á lo ser que había sido hasta entónces, por no haber aprovechado su juventud.

Por otra parte, á medida que se había ido dando cuenta del fracaso que iba á sufrir, del que ahora ya no dudaba, se sentía herido en su amor propio, en su orgullo de rentista acostumbrado á satisfacer sus gustos, y se había despertado en su ánimo cierto encono, cierta ojeriza, por decirlo así, hácia esas peligrosas é inaccesibles ciencias; y, aun, hácia D. Nicomedes que, para el caso, era su representante y su personificacion y le había zaherido haciéndole comprender su inferioridad; sentimientos que orijinaban á su vez, un vago deseo de venganza y le incitaba irresistiblemente á tomar una resolucion estrema, echándolo todo á rodar como él decía.

Pero ¿cómo vengarse?.... En su impotencia ¿qué hubiera podido hacer?..... ¿qué hubiera podido decir?....¿qué actitud hubiera podido asumir que le permitiera emprender una retirada honrosa?....

No podía aparentar indiferencia ó desprecio hácia lo que tanto anhelaba poco

antes; y, si lo hubiera hecho, era indudable que á las primeras palabras pronunciadas en ese sentido, D. Nicomedes no hubiera dejado de refutarlo indignado, aplastándole como á un vil gusano, bajo una avalancha de razones indiscutibles y contundentes, con lo que quedaría aun mas hundido

Erale, pues, necesario encontrar algo que oponer á ese adversario terrible; algo que, de un modo ó de otro, le proporcionase un pretesto para retirarse sin hacerlo como un hombre que huye sin encontrar una palabra para cubrir la retirada y evitarle el carácter de derrota; pero, no acertaba á encontrar nada aparente.

Hacía, pues, algunos momentos que esa situacion de ánimo, un tanto compleja, se había venido acentuando en D. Cándido, hasta llegar á producir una efervercencia que, de un momento á otro, tenía que ocasionar un desborde, cuando coincidió que, al llegar al punto en que D. Nicomedes hizo surgir ante su vista la imájen del sepulcro, como consecuencia probable del estudio de la medicina, cruzase una idea por la mente de aquel (estaba visto que

buenas ó malas, no carecía de ideas) que fué como un rayo de luz y le pareció sublime, y á la que se asió como á una tabla salvadora.

Y, con tanta mayor resolucion se asió á ella, cuanto que, ademas de que, á su modo de ver, le permitía salir de apuros, vejando al sábio como él deseaba, para desahogarse, respondía á ciertos deseos que desde aquella noche de carnaval (que no habrá olvidado el lector) no le habian abandonado y habian permanecido al estado latente; y, fué entónces cuando se levantó bruscamente interrumpiendo á D. Nicomedes.

—Con que, ¿al sepulcro; eh!?....—esclamó al levantarse sobrescitado y marchándose resueltamente—Pues, ni una palabra mas, D. Nicomedes, sobre esos estudios!.... Ya sé lo que haré, voto á Sanes!.... No me conviene ser sábio ni cosa que se le parezca y me voy á tomar el fresco.....

—Pero hombre!—esclamó á su vez D Nicomedes, haciendo una mueca involuntaria y tratando de retener á D. Cándido; pues, comprendió, aunque algo tarde, que

se le escapaba un discípulo productivo —aguardad un momento.... no os vayais así.... El repertorio científico no está agotado y podremos encontrar algo que sea adecuado: oidme!.... Se puede entresacar de una y otra parte lo que no sea nocivo y llene vuestras aspiraciones.... Todo lo que hemos tratado solo constituye una pequeña porcion de los ramos del saber humano y podríamos buscar aun un par de dias sin ver el fin de....

—Pues, tanto peor, D. Nicomedes, concluyó el rentista manifestándose inquebrantable en la nueva resolucion que había adoptado y que ya había traspasado el umbral de la puerta—Ya estoy fijado sobre el complemento que he de dar á mi ocupacion ¡voto á Sanes!.... El maestro que tendré, será un maestro de baile y desde mañana empezaré á tomar lecciones de *can-can!*.....

Y al pronunciar estas palabras, D. Cándido, impulsado tal vez por alguna reminiscencia y por la analogía que tenía con lo que iba diciendo, y tal vez inconcientemente, hizo con el brazo un principio de

gesto cancanezco que coincidió y se mezcló con el último saludo que dirigió al sábio.

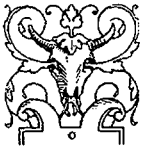
Este, al verlo partir de ese modo y cón esos ademanes, quedó anonadado y se dejó caer sobre su silla tapándose la cara con las manos.

La inesperada resolucion del rentista y su inconcebible actitud, habian hecho que D. Nicomedes, á su vez, se quedase corto y sin aliento para replicarle; pues, y como para que tan imprevisto desenlace le impresionase mas desagradablemente, lo que queria aprender D. Cándido era, para colmo de desgracia, una de las pocas cosas que no podia enseñarle!. . . .

La consulta había terminado de un modo fatal, y dejaban de oirse gradualmente, en el corredor, los pasos del rentista que se alejaba pisando firme y tosiendo fuerte, como para robustecer su actitud y dar á entender al sábio que sería inútil el que le volviese á llamar para hacerle cambiar de resolucion.

D. Nicomedes, una vez solo, quedó abis-

mado en amargas reflecciones; y, desde ese dia, tuvo un motivo mas de resentimiento y vituperio contra la imbecilidad humana y la sociedad que abrigaba en su seno hombres de las condiciones de D. Cándido!...



EDICIONES DE LA CASA

DR. J. A. WILDE—La Nueva Cartilla ó Introduccion al Silabario Argentino.
—El Silabario Argentino. Libro 2º cart.
—El id. id. id. 3º cart.
—Las Nociones de Higiene. Rúst.
—Compendio de Higiene pública y privada al alcance de todos. 1 tomo carton de 232 pág.

G. ASTETE—Catecismo de la Doctrina Cristiana.

HERRANZ Y QUIROZ—Elementos de gramática castellana. Rúst.

L. ALEMANY— id. id. id. dispuesta para uso de la juventud.

OBLIGACIONES (Tratado de las) del Hombre, para el uso de las Escuelas de la República Argentina.

DR. E. S. ZEBALLOS—Descripcion Amena de la República Argentina:
Tomo I—*Viaje al País de los Araucanos.*
Tomo II—*La Region del Trigo.*

Plano hidrográfico del Puerto Belgrano y Ciudad de Bahía Blanca, litografiado en cuatro colores $ m/n 4
Idem. montado en tela, barnizado y con varrillas $ m/n 5

JOSÉ I. GARMENDIA—Recuerdos de la Guerra del Paraguay: I parte. *Batalla del Sauce—Combate de Yatayti—Corá-Curupayti*—II parte. *Campaña del Pikiciry* que contiene los combates del Yacaré, Paso de Tebicuary, Puente de Surubi-y y Batallas de Ytororó, de Avahy, del 21 de Diciembre, del 27 de Diciembre y rendicion de Angostura—Con planos.

S. RANDALL—El cultivo de Ovejas de lana fina, vertido al castellano por RICARDO PILLADO. 1 tomo.

BIBLIOTECA COSMOPOLITA

TEOFILO GAUTIER—Jettatura y el Pabellon sobre el agua. 1 tomo.

JOSÉ I. GARMENDIA—Los Asaltos de Plewna. 2 tomos.

DR. E. S. ZEBALLOS—La Dinastía de los Piedra. 1 tomo. Edicion especial.

ENRIQUE ORTEGA—Vida Porteña. 1 tomo.

Por SAMUEL SMILES

EL CARACTER: Traduccion del General Edelmiro Mayer, 1 tomo.
En prensa—EL DEBER..... 1 TOMO
En preparacion—LA AYUDA-PROPIA..... 1 »
—EL AHORRO..... 1 »